

A.W. TOZER

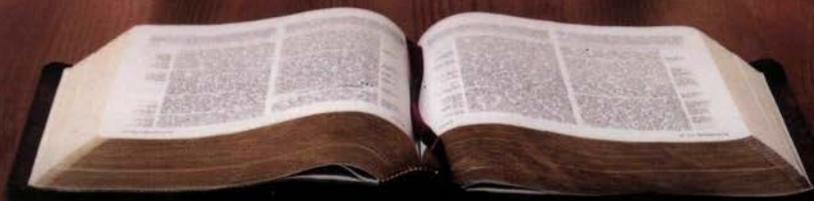
Compilado y editado por James L. Snyder



FE AUTÉNTICA



VOLVAMOS AL VERDADERO CRISTIANISMO



“EL REINO DE DIOS NO RADICA EN PALABRAS, SINO EN *PODER*”.

A. W. TOZER

Hasta el día de su muerte, A. W. Tozer jamás dejó de exhortar a la Iglesia para que caminase como aquellos que realmente pertenecen al reino de Dios. Aunque nunca rebajó su crítica contra lo que él llamaba «el iglesianismo», forjada en torno al espectáculo, creía que la Iglesia estaba lista para renovarse, y anhelaba verla regresar a lo que fue antes, a aquel modelo tipificado por la Iglesia primitiva llena del Espíritu Santo, humilde y amorosa.

Si se ha preguntado alguna vez por qué la Iglesia tiene poca influencia en el mundo y, de igual manera, cómo su vida personal podría constituir más claramente el testimonio poderoso que caracterizó a los primeros cristianos, las palabras de Tozer, severas y rotundas, le recordarán qué es lo que le falta, y le retarán para que renuncie a lo superficial de modo que pueda caminar hacia la fe auténtica.



A. W. TOZER fue ministro en la Alianza Cristiana y Misionera de 1919 a 1963, y fue editor de la revista *Alliance Witness* (hoy día *Alliance Life*) de 1950 a 1963. Durante su vida, Tozer escribió numerosos libros, siendo el más famoso de ellos *La búsqueda de Dios*. Además de sus obras, Tozer escribió numerosos ensayos publicados en las revistas cristianas más importantes de su época.

Vida cristiana / Crecimiento espiritual

P
PORTAVOZ

La editorial de su confianza

ISBN 978-0-8254-1814-3



9 780825 418143

FE AUTÉNTICA

VOLVAMOS AL VERDADERO
CRISTIANISMO



FE AUTÉNTICA

VOLVAMOS AL VERDADERO
CRISTIANISMO



A. W. TOZER



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Reclaiming Christianity* © 2009 por James L. Snyder y publicado por Regal, de Gospel Light, Ventura, California, U.S.A. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Fe auténtica* © 2011 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Traducción: Daniel Menezo

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1814-3

1 2 3 4 5 / 15 14 13 12 11

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

Introducción: Un profeta contempla la Iglesia	7
1. Cristo es Señor de su Iglesia	15
2. La autoridad relevante de la Palabra de Dios.....	29
3. Eso que se llama cristiandad	43
4. El ominoso movimiento ecuménico.....	59
5. El espíritu desalentador de los fariseos	71
6. Cuidado con el juego de palabras religioso	81
7. La naturaleza del reino de Dios: no solo en palabras.....	97
8. Las características de un cristiano carnal.....	109
9. El remanente: una doctrina alarmante	121
10. La sagrada obligación de juzgar	133
11. El recuerdo fascinante de las palabras muertas	145
12. Palabras de vida para la Iglesia actual	155
13. Cómo actúa Dios en su Iglesia.....	165
14. El ministerio de la noche.....	179
15. Cómo saber cuándo algo es de Dios.....	191



UN PROFETA CONTEMPLA LA IGLESIA

La Iglesia de Jesucristo no tiene a nadie que más la ame o que más ferozmente la critique que Aiden Wilson Tozer (1897-1963). Durante su vida muchos le consideraron un profeta, y escucharon lo que decía o leyeron con cierto grado de expectación lo que escribía. Algunos no estaban de acuerdo con él en todo, pero admitían que su voz era auténtica, y que en algún sentido en ella resonaba la voz de Dios. Sabían que cuando Tozer hablaba, escuchaban a alguien que conocía bien a Dios. La marca distintiva de su ministerio fue su énfasis sobre lo que él consideraba la decadencia del cristianismo.

La decadencia del cristianismo

La esencia del ministerio del Dr. Tozer radicaba en el llamado a la Iglesia para que retomase sus raíces. Estaba convencido de que la Iglesia cristiana estaba perdiendo terreno en este mundo, y que era necesario que alguien llamase a las personas para que volvieran a la fe auténtica en Jesucristo. Al comparar el cristianismo contemporáneo con el que hallamos en la Biblia, detectó un alejamiento claro de la espiritualidad auténtica reflejada en las Escrituras.

La crítica que hacía Tozer de la Iglesia nacía de un corazón que, por encima de todo, amaba a la Cabeza de esa Iglesia,

Jesucristo. No podemos escuchar las palabras de Tozer o leer sus libros sin quedarnos impresionados por su amor y su apreciación intensos de la segunda Persona de la Trinidad. Cualquiera cosa que pusiera en tela de juicio la Persona o la autoridad de Cristo, en el sentido que fuera, le hacía ponerse en pie de guerra. Aplicaba un solo criterio a todo lo existente dentro de la Iglesia: ¿exalta a Jesucristo?

Además, es imposible no darse cuenta, a través de los sermones y las obras del Dr. Tozer, de que sentía un tremendo amor por el Cuerpo de Cristo. Amaba a los cristianos de todos los tipos y grados de intensidad. Amaba a los cristianos versados en teología, así como a aquellos que eran simples creyentes en lo que llamaban «el Libro». Admiraba incluso a los cristianos con quienes discrepaba en determinados puntos. Nunca hizo de la doctrina una prueba definitiva de la comunión, sino que disfrutó de una amplia variedad de relaciones en muchas denominaciones. Durante el transcurso de una semana, podía predicar en una iglesia luterana, luego en otra bautista, una presbiteriana, una menonita o incluso en una pentecostal. El nombre del edificio no era importante para él, siempre que dentro encontrase a personas que formaran lo que él llamaba «la comunidad del corazón ardiente». Precisamente de ese gran amor por la Iglesia es de donde surgía su crítica.

En alguna ocasión había programado una predicación en lo que se llamaba «una iglesia de santidad». Se trataba de cierto tipo de celebración o de aniversario para la iglesia, y antes de que el Dr. Tozer predicase, llevaron a cabo todo tipo de actividades frívolas, como cortarse las corbatas unos a otros o improvisar actuaciones cómicas. Tozer se mantuvo sentado, aguardando pacientemente su turno «para batear», como reflexionó más tarde. Cuando al final llegó al púlpito, sus primeras palabras fueron: «¿Qué les ha sucedido, pueblo de la santidad?». Dejando

a un lado el sermón que había preparado, llevó a aquella congregación a una «leñera espiritual» en la que no habían estado en su vida.

Tozer creía que, cuando los creyentes se reunieran, debían cultivar la presencia de Cristo y honrar a Aquel que soportó la vergüenza y la indignidad de la cruz a causa de nuestros pecados. La Iglesia no era un lugar para hacer el tonto. Tales cosas eran síntomas de la decadencia espiritual de la Iglesia, y le preocupaban tremendamente.

En determinados momentos, la crítica de Tozer podía ser bastante penetrante. Por ejemplo, una vez criticó una traducción moderna de la Biblia diciendo: «Leer esa traducción me produjo la misma sensación que me daría afeitarme con un plátano». Cuando el traductor se enteró del comentario, nunca perdonó a Tozer. Éste también criticaba ferozmente las películas religiosas y las iglesias especializadas en contar el número de personas que asistían cada domingo, pero su crítica jamás nació de un corazón colmado de malicia o del deseo de hacerse un nombre. Su principal interés era exaltar a Cristo y reverenciar su presencia entre los creyentes reunidos. Por lo tanto, hubo momentos en que sus críticas agudas ofendieron a algunas personas.

Durante la última década de su ministerio, Tozer sintió una carga especial por la renovación radical dentro de la Iglesia evangélica. En ocasiones decía que la Iglesia estaba sumida «en el cautiverio babilónico», y muchas otras veces dijo que le parecía que la Iglesia estaba contagiándose de la moral y los valores del mundo que la rodeaba. A menudo decía: «Tenemos una necesidad desesperada de renovarnos».

Quizá lo que más le preocupaba era que la Iglesia, tal como él la veía, no era esa comunidad elevada, santa, llena del Espíritu, bautizada en el fuego, temerosa de Dios, humilde, llena de gracia y amante que los padres de la Iglesia conocieron en

las generaciones anteriores. «A menos que pasemos por una reforma», opinaba Tozer, «todos nuestros libros, escuelas y revistas no son más que la actividad de las bacterias en una Iglesia moribunda».

Para ser justos, hay que decir que no era el cristianismo el que estaba cambiando, sino sus líderes. Él creía que estaban demasiado involucrados en el mundo. A menudo adoptaban para el ministerio el patrón del mundo empresarial de Madison Avenue, y menospreciaban el ejemplo de los santos que habían vivido antes que ellos. La psicología popular se había vuelto más importante que la enseñanza clara de la Biblia. «Tradicición» se había convertido en una palabra malsonante, y ¡ay del ministro de culto al que se tachaba de «tradicional»! A Tozer le daba la sensación de que el cristianismo estaba en manos de aquellos que querían parecerse más al mundo que a Cristo.

En cierta ocasión, Tozer tuvo la oportunidad de hablar en una reunión para líderes de Juventud para Cristo, que también se retransmitía por la emisora de radio Moody. Decidió aprovechar aquella oportunidad para hablar a la Iglesia evangélica mundial y, usando sus propias palabras, «clavar sus trece tesis en la puerta de la Iglesia evangélica». Durante el sermón, manifestó sus pensamientos sobre la Reforma que, según él creía, debía tener lugar dentro de la Iglesia evangélica.

Entre las cosas que dijo en aquel sermón sostuvo que el camino de la cruz es difícil. Aquella era una consideración importante por su parte, porque sentía que había muchas personas que intentaban presentar la vida cristiana como algo sencillo, cuando las Escrituras evidenciaban lo difícil que era seguir a Jesucristo. Según su forma de pensar, un cristiano sin cruz era impensable, y creía que había demasiados líderes que ofrecían un tipo de cristianismo barato, fácil, y que no enfatizaba la carga de la cruz sobre las personas. Sin duda ése no era el cristianismo

de los padres de la Iglesia, los reformadores o los revivalistas del pasado.

Tozer también enfatizaba la verdad bíblica de que no puede existir un Salvador que no sea Señor. Sus comentarios rechazaban la idea de que una persona puede aceptar a Jesucristo como Salvador sin aceptarle como Señor de su vida. Este concepto, según Tozer, era una gran falacia dentro de la Iglesia evangélica. Enfatizaba lo máximo posible el hecho de que Jesús es *tanto* Salvador como Señor. No puede haber un Cristo dividido. Proclamar un Cristo de esta naturaleza supone destruir el fundamento de la Iglesia.

Tozer criticaba a aquellas iglesias que adoptaban los métodos del mundo para alcanzar los objetivos y el propósito de Dios. Señalaba tres cosas que consideraba diametralmente opuestas a la obra del Espíritu Santo en la iglesia local: (1) los métodos de las grandes empresas; (2) los métodos del mundo del espectáculo; y (3) los métodos de los publicistas de Madison Avenue. Junto con esto, sostenía que el espíritu del evangelismo moderno parecía ser ajeno al del Nuevo Testamento. Costara lo que costase, creía que la Iglesia debía recuperar los principios del Nuevo Testamento.

También recalca que cuando Cristo salva a una persona, lo hace para convertirla en adorador y en obrero. Tozer dijo una vez: «A menos que seamos adoradores, no seremos más que ratoncitos amaestrados que se mueven en círculo, sin llegar a ninguna parte».

Un llamamiento a la fe auténtica

El mensaje de Tozer siempre fue coherente. Veía a la cristiandad sumida en la confusión y en la decadencia, y fuera donde fuese proclamaba un llamado de atención para que los cristianos

renunciases al mundo y, una vez más, tomaran sus cruces y siguieran a Cristo. Lo que ocupaba buena parte de su predicación y de sus obras literarias era el hecho de que creía que la Iglesia necesitaba que la restaurasen al patrón del Nuevo Testamento. A menudo decía: «Nos hemos vendido a los métodos, las filosofías, los puntos de vista y los instrumentos carnales, y hemos perdido la gloria de Dios que habitaba entre nosotros. Somos una generación hambrienta, que nunca ve la gloria de Dios».

Cuando hablaba de este «cautiverio babilónico», en el que estaba sujeta la Iglesia, siempre enfatizaba dos puntos: (1) los creyentes necesitan sentir el deseo de la gloria de Dios; y (2) necesitan sentir el deseo de experimentar su presencia en la adoración reverente. Tozer dijo: «En los días que vivimos hemos perdido la gloria de Dios, y nuestro Dios es una deidad sin importancia, indigna de que doblemos nuestras rodillas ante Él». Intentó subrayar que el Dios verdadero, el Padre de Jesucristo, el Dios de Abraham, es altísimo y sus faldas llenan el templo (véase Is. 6:1).

Tozer veía la necesidad de restaurar de nuevo en la Iglesia la idea elevada de quién es realmente Dios. Su pasión siempre radicó en introducir en esta generación de cristianos las excelencias de aquel a quien llamaron Cristo. Por lo que a él respectaba, el intento de incluir a Dios en un nivel humano era totalmente anatema. La Iglesia precisaba recuperar la adoración reverente, aquella que es digna de Dios. Él quería ver una vez más los cultos eclesiales en los que la presencia de Dios era tan inspiradora que uno no podía hablar en voz alta; donde la predicación de Dios era tan elevada y motivadora que los asistentes regresaban a sus casas en silencio, incapaces de decir ni una palabra.

En *Fe auténtica: Volvamos al verdadero cristianismo*, Tozer habla sobre estos temas y muchos otros que tienen que ver con la Iglesia de Jesucristo, especialmente la Iglesia evangélica. Nos advierte de que necesitamos ser conscientes de lo que él llamaba «el juego

religioso de palabras»: la creencia que compartimos muchos de que si leemos algo en la Biblia, debe ser verdad automáticamente en nuestras vidas. En uno de los capítulos, expone la idea de que muchas de las palabras buenas y poderosas que se usaron en el pasado han perdido su significado, o que muchos de los líderes actuales han alterado el sentido de esos términos. Afirma que ahora son palabras «muertas», que perjudican la propia esencia del cristianismo. Entonces ofrece lo que él llama palabras «vivas» para los cristianos de la actualidad, y ora para que la generación presente de seguidores de Cristo se sienta inflamada por el verdadero significado de la fe auténtica.

Tozer nos llama a cada uno de nosotros a que examinemos de verdad nuestros corazones, y que dejemos simplemente de jugar a la religión, para poder experimentar todo lo que Dios tiene para nosotros. Dios nos dará todo lo que ha prometido, pero no nos dará nada que *no* haya prometido. A la luz de esto, necesitamos escudriñar las Escrituras para ver lo que ha prometido realmente Dios. Entonces, cada uno de nosotros podrá acceder a la experiencia de esa promesa en nuestros propios corazones y vidas, porque la vida cristiana no es automática, sino una vida de disciplina, de negación de uno mismo y de sacrificio.

Es posible que, a medida que vaya leyendo *Fe auténtica: Volvamos al verdadero cristianismo*, no siempre esté de acuerdo con todo lo que dice Tozer —en realidad, él no hubiera querido eso—, pero su fe se enfrentará a un reto. Tengo la esperanza de que ese desafío le guíe a su Biblia, y le induzca luego a caer de rodillas.

CRISTO ES SEÑOR DE SU IGLESIA

*Y Jesús se acercó y les habló diciendo:
Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.*

MATEO 28:18

*Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel,
que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis,
Dios le ha hecho Señor y Cristo.*

HECHOS 2:36

Antes de considerar el tema de la Iglesia con detalle, debemos establecer claramente el fundamento de la autoridad de la misma. Si la Iglesia se hubiera limitado a evolucionar con el paso del tiempo, y su doctrina y su práctica no fueran más que el resultado de esa evolución, en lugar de ser una institución establecida por Cristo con un propósito, tendríamos entre manos un asunto diferente. Sin embargo, ése no es el caso. Dentro de la Iglesia existe una autoridad absoluta, y esa autoridad es Jesucristo. Este Cristo es el Señor de su Iglesia, y será el Señor de este mundo. ¿Cómo ejerce Cristo su señorío sobre la iglesia local? La respuesta a esta pregunta resuelve una miríada de pequeños problemas que hoy día constituyen una plaga para la Iglesia evangélica.

Una de las maneras en que Cristo ejerció esa autoridad fue inspirando a sus apóstoles a escribir cartas —tal y como les movía a hacerlo el Espíritu Santo— a las diversas iglesias. En las epístolas de Pablo, el apóstol instruyó a los nuevos creyentes en la doctrina y expuso unos requerimientos autorizados para corregir cualquier creencia incorrecta que tuvieran los creyentes. Esas nuevas iglesias, nacidas del crudo paganismo y bautizadas en el Cuerpo de Cristo, necesitaban instrucción desesperadamente. Nada en su cultura las había capacitado para ser lo que Cristo les había llamado a ser. Salieron del paganismo, y sus dioses habían sido los de los paganos. Aunque casi no sabían nada de Dios ni de Cristo, creían a Cristo, ahora como Señor de la Iglesia, por medio de los hombres que, como Pablo, escribieron a esas iglesias exponiendo la verdad de Cristo.

Principios bíblicos atemporales

A algunos cristianos les entra el pánico en cuanto surge algún problema en su iglesia. Alguien se ofende, y los santos, entrañables y sensibles, levantan las manos al cielo y salen corriendo mientras gimen: «¿No es terrible?». Pero los problemas en la Iglesia no son nada nuevo, y en realidad no hay problemas nuevos. Los hombres de Dios que escribieron las epístolas tuvieron que tratar con personas que se ofendían. Escribieron cartas inspiradas por el Espíritu Santo para abordar esos problemas en un momento concreto de la historia, pero al hacerlo los resolvieron para todos nosotros, tantas generaciones después. Establecieron principios aplicables universalmente, porque hay tantos problemas en la Iglesia como personas hay.

Es evidente que algunos cristianos están preocupados. No son optimistas, sino pesimistas, y cuando se convierten siguen reteniendo ese pesimismo. Una persona entra en el reino de Dios

con su temperamento. Si usted es inteligente, conservará su inteligencia en el reino, y si es una persona melancólica, seguirá siéndolo. La idea es que el temperamento no es un pecado, sino solo la manera de ser de una persona; y cuando ese individuo se convierte, el Señor tiene que librarle de lo que esté mal en su temperamento.

Nuestro Señor es el mismo hoy que ayer. Su Iglesia también es la misma que fue ayer, de modo que Él hace hoy las mismas cosas que hacía antes de que se cerrase el canon del Nuevo Testamento en los dos primeros siglos. En la época de Pablo, en Roma vivían miles y miles de personas, y en Corinto, Galacia, Tesalónica y Éfeso vivían decenas de miles. Hablamos de cientos de miles de personas, y sin embargo las epístolas dicen: «Pablo, a los romanos». ¿Por qué escribió Pablo a los romanos o a los corintios? No se dirigía a las masas, en absoluto, sino al pequeño grupo minoritario que vivía en Roma o en Corinto. Escribía a aquellos que habían creído en el Señor Jesucristo.

Pablo dirigió sus epístolas a un grupo peculiar dentro de la comunidad urbana: un grupo minoritario identificado como «la iglesia», que llamaban Señor a Jesucristo y oraban a Él considerándolo su Dios. De esta manera, Jesús se dirigió a sus propios seguidores: la comunidad cristiana dentro de una ciudad local, o una iglesia local. Hoy sigue haciendo lo mismo. Aplica las epístolas inspiradas a las circunstancias a las que nos enfrentamos todos los días. Las epístolas son para las personas que han escuchado acerca de este Hijo de la virgen que vino de Dios y murió por los hombres, que resucitó al tercer día, que abrió el reino de los cielos a los creyentes, y que ahora está sentado a la diestra de Dios. Fueron escritas para personas que han oído hablar de Él y se han reunido, han creído y adoran juntas.

Cuando los apóstoles escribieron sus cartas, lo hicieron desde la autoridad de la inspiración divina. Por consiguiente, las

epístolas no aconsejan, sino que ordenan. Por tanto, esas prescripciones —estas órdenes de Jesucristo, Cabeza de la Iglesia— nos llegan dentro de la Iglesia. Para los que vivimos hoy son un llamado a nuestro primer amor. No tenemos otro mandamiento ni autoridad.

Las epístolas se dirigían a aquellos cristianos descuidados que necesitaban enseñanza, advertencias y amonestaciones. A esos cristianos había que corregirlos, porque algunos de ellos andaban equivocados. Por ejemplo, algunos tenían ideas erróneas sobre la resurrección de los muertos, de modo que Pablo escribió 1 Corintios 15 y les instruyó sobre el tema. Algunos otros pensaban que el Señor ya había vuelto, de modo que Pablo escribió 1 Tesalonicenses y corrigió aquellas creencias equivocadas.

Incluso un hombre lleno del Espíritu Santo puede permitir que las inquietudes de esta vida apaguen su vida espiritual, haciéndole olvidar su vida de oración y mermando su vida espiritual. Nada de lo que Dios pueda hacer por usted ahora puede convertirlo en inalterable, de modo que usted sea siempre bueno. Tiene que caminar con Dios sobre una base diaria y constante. Éste es el tema que abordan las epístolas.

Abordando la carnalidad

Puede resultar difícil imaginar que existieran cristianos carnales aun en la época de los apóstoles. Un cristiano carnal tiene en él la semilla de Dios, pero también se aferra a los pecados de la lujuria, los celos y muchas otras cosas de su antigua vida. Esos elementos malignos se describen como «carnales», del antiguo vocablo latino que significa «carne». El hombre carnal, aunque ha nacido de nuevo, tiene una parte tan grande de la antigua naturaleza carnal que no lleva una vida muy buena. Por lo tanto, el Espíritu Santo, a través de los apóstoles, escribió a hombres

como éstos. Tenían que ser libertados de los pecados de la carne. Lo que era aplicable a ellos también lo es para nosotros hoy.

En la Iglesia primitiva, también había personas contenciosas, rebeldes y divisivas, y hoy día su número no ha disminuido. El Señor les escribió a ellos y a nosotros, por medio de sus apóstoles, para enderezarnos. El Espíritu Santo obró por medio de Pablo para echar unos cimientos teológicos. Dijo a los creyentes cómo estaban las cosas, de modo que se sintieran motivados a escuchar la exhortación posterior.

Es sorprendente cuántos cristianos viven por debajo de las expectativas que tiene la Biblia para sus vidas. Son personas tristes. Se levantan por la mañana y piensan por un momento que todo lo que sabían y pensaban tener en Cristo, y todo lo que pensaban que Dios había hecho por ellas, era un error. Quizá más adelante encontrarán el camino correcto, pero durante un tiempo están desanimadas. Hay personas así, de modo que el Señor tiene que estimularlas. Algunos cristianos vienen al mundo como robustos «bebés» cristianos, y otros son delgados y anémicos, y pasan por muchas experiencias duras. Por lo tanto, el Espíritu Santo tiene algo que decir a todas las personas.

El Espíritu Santo, por medio de las Escrituras, comunica a las personas lo que pueden y lo que no pueden tener. Y si somos fieles para decirles qué creemos y qué puede ofrecerles Dios, vendrán a nosotros y nos preguntarán: «¿Cómo puedo tener lo que usted tiene?».

El misterio de la reconciliación

Esto es lo que las Escrituras dicen que hemos de exponer a la gente. «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2 Co. 5:17). La palabra «criatura» es la más idónea en este caso.

Él o ella es una nueva criatura, una nueva creación, y todas las cosas son de Dios, quien nos ha reconciliado consigo mismo por medio de Jesucristo.

¿Qué es la reconciliación? La reconciliación tiene lugar cuando dos enemigos hacen las paces por medio del amor. Dios, que es enemigo del pecado, y el hombre, que es enemigo de Dios, fueron reconciliados en Jesucristo. Y cuando Jesús, que es Dios y hombre, murió en la cruz por la humanidad, reunió a los dos por medio del misterio de la reconciliación.

Observemos que no fue el hombre quien se reconcilió él solo con Dios, sino Dios quien se reconcilió con el hombre. Por medio de ese acto nos ha otorgado el ministerio de la reconciliación, «que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación» (2 Co. 5:19).

Tengamos en cuenta que Dios no dijo: «Serán reconciliados si se *sienten* reconciliados». Dijo: «Si algún hombre está en Cristo, nueva criatura es»; *ha sido* reconciliado. Y si usted experimenta la reconciliación, sentirá el deseo de salir ahí fuera y contarlo a otros. Esto es la esencia de la evangelización. Hoy día podríamos llamarlo «evangelismo profundo».

Aquí tenemos otra admonición del Espíritu Santo por medio del apóstol Pablo: «Con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados» (Col. 1:12-14).

Dios nos ha hecho dignos de ser partícipes de la herencia de los santos en la luz. No hay nadie, ni apóstol Pablo ni Francisco de Asís, ni ningún santo en ninguna parte, que tenga más derecho que nosotros. «Si algún hombre está en Cristo, nueva criatura es»; *ha sido* reconciliado, y Dios le ha hecho participante

de la herencia de los santos en luz, «el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo». Ésta sí que es una traslación en la que creo: la traslación que nos saca del reino de las tinieblas.

Cuando usted escucha las cosas terribles que hacen los hombres, ¿se pregunta por qué? Es porque se hallan sometidos al poder de las tinieblas. Pero cuando conocen al hijo de la virgen, aquel hombre misterioso y maravilloso que vino del mundo superior y nos reconcilió con Dios, y creen, son liberados de esa oscuridad, y trasladados al reino de Su amado Hijo.

Eso es lo que sucedió cuando usted se convirtió. Fue hecho digno de participar de la herencia. No era digno, pero Dios le dignificó; y cuando Dios dignifica algo, es digno. Usted ha sido perdonado, de modo que actúe en consecuencia. «Lo que Dios limpió, no lo llares tú común» (Hch. 11:9). Si Dios le limpia de algo, no beneficiará usted a nadie si se arrastra por el suelo como un perro apaleado. De manera que póngase en pie y dé gracias a Dios por haberle hecho digno de ser uno de sus hijos, libertado del poder de las tinieblas y redimido por medio de su sangre.

Elegidos y bendecidos

En Efesios 1:3, Pablo escribe: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo». Algunas personas piensan que un «lugar celestial» es una iglesia, pero la palabra «lugares» en el versículo 3 no debería figurar en la traducción al español. En realidad, el término griego para «celestial» es plural; significa «los celestiales» en el reino del Espíritu y de las cosas celestiales. Así, lo que dice Pablo es que Dios nos ha bendecido con toda bendición espiritual en “los celestiales”. Es algo que ya ha hecho. Nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los

lugares celestiales, en Cristo, igual que «nos escogió en él antes de la fundación del mundo» (v. 4).

Dios es eterno, y ya ha vivido todos nuestros días. Está al final de los tiempos tanto como al principio, porque el tiempo es meramente un pequeño incidente en el seno de Dios. Dios contiene el tiempo, y ya ha vivido todos los mañanas. Antes de que el tiempo existiera, Dios le vio, supo quién sería usted y qué nombre llevaría. Supo cuál sería su estatura, si sería hombre o mujer, si se casaría o permanecería soltero o soltera. Sabía si sería estadounidense, alemán o japonés. Lo sabía todo de usted, y sonriendo puso su mano sobre usted.

Usted dirá: «¡Oh!, ¿pero por qué no lo supe antes?».

Eso es un misterio, pero hay algo que sé: usted nunca habría llegado a Dios si Él no se hubiera vuelto a usted. Nunca se ufane, sacando pecho y diciendo: «Yo busqué al Señor». Usted buscó al Señor después de que Él le pusiera en un arduo camino, le incitara y le motivara. Él es el iniciador, no usted.

Usted no hizo más que responder, y el Señor tuvo que ponerse a su espalda y empujarle. De esta forma todos los miembros del pueblo de Dios llegaron a Él, de modo que no se sienta mal al respecto. Y Él le eligió antes de la fundación del mundo. Dios sabía su nombre y el mío antes de que existiera un mar o una montaña, antes de que hubiera estrellas o planetas.

Aceptos en el Amado

Una vez más, por medio del apóstol Pablo, se nos amonesta: «para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos» (Ef. 1:4). ¿Qué quiere decir «predestinado»? Bien, pues «pre» significa «antes», y «destinar» significa «elegir un destino físico o vital». De antemano, Dios decidió su destino. ¿Y cuál es el des-

tino del cristiano? Es que Jesucristo le haga para sí mismo. ¿Y por qué lo hizo? «Según el puro afecto de su voluntad». Dios quiso hacerlo. Dios dijo: «Si yo quise hacer esto, no tienes que preocuparte. ¿Qué interés tienes? Quise hacerlo».

Todo radica en el puro afecto de la voluntad de Dios, y es para «alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado» (v. 6). Nadie puede acercarse directamente a Dios y ser aceptado. Un cristiano es aquel que cree la verdad de que solo existe una puerta, y que ésta es el propio Hijo de Dios. Solo somos aceptos en el Amado. Por eso no puedo estar de acuerdo con esos poetas naturalistas, esos poetas religiosos y todas esas personas extrañas que nos enseñan cómo podemos acercarnos a Dios en cualquier lugar y de cualquier manera. «El cristianismo no contiene nada único», aseveran. Según ellos, Dios ha hablado con los griegos, con Platón, con los musulmanes por medio de Mahoma y con los budistas por medio de Buda. Que cada uno crea lo que quiera.

Eso no es el cristianismo, ni tampoco es lo que enseña la Biblia. Todo aquel que crea que sigue siendo cristiano y enseñe tales cosas ha intentado comprender cosas que superan sus capacidades, y debe comenzar desde cero. El hecho simple es que solo hay un camino: «nadie viene al Padre, sino por mí» (Jn. 14:6). Usted no puede salir del túnel y llegar al cielo. Tiene que entrar por la única puerta que existe, Jesucristo el Señor. Pero gracias a Dios, esa puerta es tan ancha como usted lo precise.

El Espíritu también nos anima en Romanos 5:1: «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo». Esta paz no es aquello que todo el mundo persigue, tomando pastillas para alcanzarla. Nunca la encontrará dentro de un frasco. Dios no dijo: «Justificados por la gracia, tendrá paz en su corazón». Él dijo que tendría «paz para con Dios».

El hombre condenado a muerte no está en paz con su estado. Cuando un magistrado tiene a un hombre tembloroso delante de él y le dice: «Siento tener que hacer esto, pero el testimonio de los testigos y las leyes de este país me exigen decirle que permanecerá en tal o cual prisión hasta tal o cual fecha, tras lo cual se le colgará del cuello hasta que muera». Cuando sus familiares lo oyen no pueden contener un grito, y el acusado palidece, e intenta sonreír a su abogado mientras se lo llevan. No tiene paz en su corazón, pero no es eso lo que quiero decir.

De modo que existía hostilidad entre Dios y el hombre. Este último había pecado, transgrediendo las leyes de Dios e incurriendo en la muerte, y el alma que pecare morirá. No había paz entre el hombre y su Dios. Entonces vino Jesús, quien abrió el reino de los cielos a todos los que creyesen, y por lo tanto ahora, siendo justificados por la fe, tenemos paz con Dios. El alto tribunal de los cielos ya no está furioso con nosotros, ya no dice que debemos morir, sino que declara que viviremos.

El resultado de la tribulación

Ahora bien, no creo que Dios no le conceda también la paz en el corazón. No quiero dejar esa impresión, porque no es de lo que estamos hablando en estos momentos. Por medio de la fe tenemos acceso a esta gracia, y «nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia» (Ro. 5:3).

Decimos: «¡Oh, Señor, dame paciencia!». Dios no nos da paciencia como cuando vamos a la tienda y compramos una lata de alubias. Nos otorga paciencia dejándonos experimentar la tribulación. Esto no le gusta a nadie. Decimos: «Señor, ¡ojalá pudiera hacerlo de otra manera!». Pero después de todo Dios

sabe hacer las cosas. Si pone la tribulación delante de usted y le dice que le dará paciencia haciéndole pasar por algunos problemas en el camino, ¿no lo aceptará usted?

Usted dice: «Señor, quiero que todos mis caminos estén asfaltados». El Señor dice: «Lo siento, no puedo complacerte. De vez en cuando permitiré que pases por algunos baches, pero que seas paciente». A usted no le gustan los baches, pero sí la paciencia, y si la quiere tendrá que pasar por los primeros. Y ¿qué es la paciencia sino experiencia?

El Espíritu Santo ofrece un mensaje para los cristianos jóvenes, asustados o heridos: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo... Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro» (Ro. 8:35-36, 38-39).

¡Libres de verdad!

Muy bien, cristiano, si es usted nacido de nuevo y ama de verdad a Cristo, ¿entiende en qué posición le coloca esto? ¿Se da cuenta de que es una nueva creación en el universo, algo distinto entre los otros humanos? Es una persona privilegiada y honrada, es rico y, por medio de Dios, es maravilloso. Por consiguiente, debería darle gracias sin cesar.

Esa sensación profunda e interna de derrota solo puede curarse mediante una liberación también interior. Cuando el Señor libera a un hombre, éste es libre; y hasta que no sea liberado, no podemos liberarle con cánticos, con razonamientos, con predicaciones ni de ninguna otra manera conocida por los

mortales. Sin embargo la Iglesia invierte millones de dólares cada año en material religioso, para intentar liberar a las personas. Un simple acto del Espíritu Santo liberará a un hombre; le dará libertad para siempre, una libertad completa. Y podrá acercarse a Dios con toda confianza.

Cuando yo era joven, me perdí en una especie de laberinto interior. Llevaba una pesada carga, y me sentía atado y desdichado. Un día, mientras caminaba por una calle al oeste de Akron, Ohio, por fin dije “ya basta”. Supe que Dios no estaba furioso conmigo, y que era el diablo quien me estaba acusando. De repente me detuve, di un pisotón en tierra y, mirando hacia el cielo a través de los árboles, le dije a Dios: «Señor, no soporto más esta situación». Y no la tuve que soportar más. Justo entonces me convertí en un hombre libre. Aquella angustia particular me abandonó. Dios me liberó, porque Él sabía que lo necesario era tener fe. Yo no estaba enojado con el Señor, sino con el diablo. Y no era el Señor quien me tenía atado, sino el viejo diablo.

Creo que el pueblo de Dios podría ser más feliz, con lo cual se convertirían más almas. «Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente. Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos, y los pecadores se convertirán a ti» (Sal. 51:12-13). Siempre sucede que una iglesia que es feliz desde dentro no ha tenido que pagar un céntimo para encontrar la felicidad. Ésta ya se encontraba allí. Ésta es una característica de la Iglesia del Nuevo Testamento.

En una iglesia es posible llegar a un punto muerto, como esos atascos que se producen en un río. Se cruzan un par de troncos, alguien se ofende y la obra de Dios no puede continuar. Pero el Espíritu Santo es maravillosamente capaz de encontrar esos atascos, disolviéndolos. El predicador no lo sabe; es tan inocente como un niño recién nacido. Pero el Espíritu Santo sí, de modo que encuentra a esa persona. Y si logra que el individuo

que tiene el problema cooperere, éste desaparece y la bendición de Dios desciende.

Jesucristo ejerce una autoridad completa sobre las Escrituras, redactadas por unos hombres inspirados por el Espíritu Santo. Todos los problemas en la Iglesia, desde el día de Pentecostés hasta ahora mismo, están resueltos en ese libro maravilloso al que llamamos la Palabra de Dios. Si pretendemos volver al cristianismo del Nuevo Testamento, debemos recuperar la fe de aquella época.

LA AUTORIDAD RELEVANTE DE LA PALABRA DE DIOS

Y: Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permaneces; y todos ellos se envejecerán como una vestidura, y como un vestido los envolverás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán.

HEBREOS 1:10-12

En la Iglesia, la autoridad suprema reside en Dios y solo en Él. Esto es lo que declaran enfáticamente el Antiguo y el Nuevo Testamento, y ha sido la creencia unánime de los cristianos a lo largo de los siglos. No ha cambiado nada para que neguemos esto en grado alguno.

Dios posee la autoridad suprema por diversos motivos. Posee la autoridad suprema debido a su eternidad. *Dios era* antes que toda otra autoridad.

No estoy diciendo que no haya autoridades; sé bien que las hay. Pero Dios existía antes que todas ellas. Los señores, los reyes, los emperadores y los soberanos absolutos tienen cierto grado de autoridad, pero ésta es tardía y la han tomado prestada de Dios, y por consiguiente es transitoria. Y todo lo que es evanescente no puede ser definitivo.

Existe también otro grado de autoridad, la de los profetas, apóstoles, papas y obispos y sabios religiosos. Si son buenos, han tomado prestada su autoridad; si no lo son, la han usurpado. Es cierto que tienen autoridad; nadie lo puede dudar.

Los obispos tienen autoridad. Pueden decir «No haga tal y tal cosa», y el humilde predicador no osa hacerla. Luego hay papas, apóstoles y profetas. Ahora digo de nuevo que, si realmente fueron buenas personas, tomaron prestada de Dios su autoridad, y si eran malos hombres la usurparon de Él. Por lo tanto, de cualquiera de las maneras su autoridad procedía de Dios. Pero todos tuvieron que renunciar a su autoridad y morir.

Esto es lo más curioso del caso, que aquellos que lo admiten no viven como si fueran a morir. Pero todos somos niños pequeños a los que la Madre Naturaleza meterá en la cama un día u otro. El pequeñín está muy animado, y quiere mantenerse despierto, pero su madre le dice: «No, tienes que ir a la cama».

Y el niño dice: «¡Oh, solo media hora, mamá!».

«No, ya es la hora. En realidad, ya pasa de la hora». Y añade: «Ya te he preparado la cama, está todo listo, así que ahora te acuestas».

Al niño no le gusta, y sigue jugando hasta que se le cierran los ojitos de cansancio. Por último, tiene que olvidarse de sus protestas e ir dando tumbos a la cama. Lo mismo sucede con la Madre Naturaleza. Tiene muchos niños; algunos de ellos son gente sencilla, como usted o como yo, sin características distintivas o particulares. Por supuesto, también hay algunos señalados por la grandeza. Llevan sobre sus hombros o en su frente la prueba de que tienen cierta autoridad, y ahí los tenemos: el rey con su corona, el presidente con su constitución, el obispo con su mitra, el cardenal con su solideo escarlata, todos jugando con sus juguetes. Todos quieren seguir jugando con ellos, pero

la Madre Naturaleza no tiene en cuenta lo importantes que son cuando les dice: «Ahora, a la cama».

El papa dice: «No, quiero quedarme despierto un poco más, mamá; quiero pronunciar unos cuantos discursos absurdos».

La Madre Naturaleza dice: «No, vete a la cama».

Y el obispo dice: «No, quiero seguir levantado y mover a mis hombrecitos. Estoy jugando con mis muñecos. Quiero seguir despierto y manipularlos un poco más».

La Madre Naturaleza contesta: «Ya has movido todos los muñecos que vas a manipular. Ahora, a dormir».

Todos tienen que hacerlo, y yo sostengo que todo aquello que no podemos conservar no es definitivo. Usted podrá disfrutarlo durante un poco, pero nunca por mucho tiempo. Todos nos sometemos al destino final del hombre, que es la muerte.

Frente a la autoridad transitoria, pasajera, relativa y provisional de los profetas, los apóstoles, los reyes, los papas, los emperadores, los obispos y los presidentes, y todos los demás, se yerguen estas tremendas palabras: «Y: Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permaneces; y todos ellos se envejecerán como una vestidura, y como un vestido los envolverás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán» (He. 1:10-12). Antes que el mundo fuese, Dios era; y cuando los mundos se hayan consumido, Dios seguirá ostentando la autoridad suprema.

Dios puede compartir con su pueblo algunos de sus atributos: el amor, la misericordia, la compasión, la piedad, la santidad y la justicia. Pero existen otros atributos tan divinos que Dios no puede compartirlos. La existencia por sí sola, la soberanía, la omnisciencia y la sabiduría absoluta, declaran que Dios posee toda la autoridad que existe.

Una vez vi una tira cómica en una revista religiosa en la que se representaba a Martín Lutero en pie, con gran dignidad, diciendo: «No puedo hacer otra cosa; aquí me planto». Luego se veía a toda una hueste de pequeñas criaturas que corrían hacia Roma, diciendo: «Allá vamos». Lutero decía «aquí me planto» y ellos «allá vamos». Y, mientras avanzaban, pisoteaban las 95 tesis. Puedo decirle que resulta difícil ponerse en pie y decir «aquí me planto», pero es fácil seguir a la multitud. Lo único que debe hacer es mantener a la vista la santa espalda del pastor justo por delante de usted. No le pierda de vista, pero no preste atención a dónde se dirige.

El Dios todopoderoso es soberano porque no debe su existencia a nadie. Es soberano; es omnisciente y existe de forma absoluta. Sería estupendo que los protestantes recordásemos esto en nuestros tiempos.

Cómo expresa Dios su autoridad

La Biblia es un vehículo de la autoridad divina. Este libro se conoce como «el libro de»: el libro del Señor, la Buena Palabra de Dios, las Sagradas Escrituras, la Ley del Señor, la Palabra de Cristo, los Oráculos de Dios, la Palabra de Vida y la Palabra de Verdad. Éstas son descripciones de la Palabra mediante la cual Dios expresa su autoridad. Y se nos dice que esta Palabra ha salido de la boca de Dios, es indestructible y eterna.

En la Palabra tenemos algo único. Este Libro del Señor, la Palabra de Dios expresada, es esa cosa única que debería escribirse siempre en mayúsculas. Es distinta de los otros libros, dado que los supera y los trasciende. No hace concesiones, tiene autoridad, es sobrecogedora y eterna. Además, por medio de esta Palabra, Dios ejerce su autoridad suprema, la que Él mismo se ha concedido, porque nunca ha abrogado su autoridad sobre los

hombres. El Señor nunca se arrodilló ante nadie que tocara su hombro con una espada y dijera: «Levántate, Dios soberano». No hay nadie que pueda conferir la soberanía al Dios soberano.

«La palabra que he hablado», dijo Jesús, «ella le juzgará en el día postrero» (Jn. 12:48). Por tanto, no es de extrañar que el profeta diga: «¡Tierra, tierra, tierra! Oye palabra de Jehová» (Jer. 22:29). Lo que tenemos aquí es la palabra manifiesta de Dios, y es por medio de ella que Él ejerce su autoridad. Él mismo se expresa en ella. La naturaleza de Dios consiste en expresarse. De modo que se manifiesta, y lo que dice nace de la mente de un Creador infinito, llegando a la mente de una criatura finita.

Algunas personas son tan extremadamente intelectuales que la idea de que Dios habla a los hombres les molesta. Pero a mí no me molesta en absoluto. Creo que el Dios infinito puede hablar al hombre finito. No creo que exista un puente que no pueda cruzarse cuando el Creador infinito decide que va a emitir su Palabra de autoridad al hombre finito. Puede hacerlo, y en su Palabra expresada radica la autoridad soberana *con el poder de la vida y de la muerte*. Ésta no es una expresión desmesurada. Las Escrituras declaran que es así, que el evangelio es la Palabra de vida, y que llegará el día en que se pondrán los puntos sobre las «íes», y no habrá ni una sola jota ni una tilde de la Palabra poderosa de Dios que no se cumpla.

Hay una expresión hermosa que no está extraída de las sagradas Escrituras, sino de algo muy cercano a ellas. Mantiene la misma relación con ese objeto santo, inspirado y único que un libro devocional mantiene con el Nuevo Testamento. Me refiero al libro de la *Sabiduría de Salomón*. Allí dice lo siguiente sobre la Palabra de Dios: «Cuando un silencio apacible envolvía todas las cosas, y la noche había llegado a la mitad de su rápida carrera, tu Palabra omnipotente se lanzó desde el cielo, desde el trono real, como un guerrero implacable, en medio del país condenado

al exterminio. Empuñando como una espada afilada tu decreto irrevocable, se detuvo y sembró la muerte por doquier: a la vez que tocaba el cielo, avanzaba sobre la tierra» (Sabiduría 18:14-16).

Cuando lo leí, señalé las palabras «tu Palabra omnipotente se lanzó desde el cielo», porque expresa la manera en que la Palabra descendió hasta los hombres desde aquel trono real que nunca fue construido, dado que siempre estuvo allí. Es el trono en el que se sienta el Dios Todopoderoso. Y esa Palabra desciende como un guerrero devastador que se mueve por una tierra arrasada.

Por eso no me gusta ver cómo los hombres manipulan la Palabra de Dios. Por eso me desagrada ver a editores, anotadores y traductores que, de forma irreverente y descuidada, y en ocasiones por dinero, elaboran nuevas versiones. Esta Palabra todopoderosa bajó desde el trono real, y debo tener cuidado con ella, porque es la voluntad única de Dios que me ha sido revelada. Es Dios que expresa su autoridad soberana por medio de unas palabras impresas a las que puedo acceder.

Se nos dice que esas palabras son vivas, dinámicas y creativas. Cuando Dios habló, fue hecho; y cuando ordenó, sucedió, y la Creación nació de su Palabra. Por eso nunca debemos pensar que Dios se puso de rodillas y trabajó en una porción de arcilla, como un alfarero. Es una ilustración hermosa, pero la verdad es que Dios, en los primeros capítulos de Génesis, habló. «Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz... Después dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde... Y fue así» (Gn. 1:3, 11). Y todo lo que dijo Dios, sucedió. Llegará un día en que veremos que todas las palabras que Dios pronuncie hallarán cumplimiento. Esa Palabra todopoderosa que descendió del cielo desde su trono celestial es un guerrero temible, lleno de vitalidad, y es dinámica con un poder creador. Y Dios, por medio de la verdad, crea nuevos hombres. Llegará el día cuando Jesucristo llamará a todas las naciones delante de Él, y lo hará mediante su Palabra.

La vida y la muerte en la Palabra

La Palabra de Dios nos insufla terror, pero es también nuestra esperanza. La Palabra de Dios mata y vivifica. Si la abordamos con fe, humildad y obediencia, da vida y limpia, alimenta y defiende. Si la cerramos con incredulidad, la ignoramos o nos resistimos a ella, nos acusará delante del Dios que la dio, porque es la Palabra viva de Dios. No osemos resistirla ni discutirla.

Algunas personas creen una parte de la Palabra pero no otra. Dicen: «Si me inspira, es inspirada; si no me inspira, no es más que un conjunto de viejas historias y tradiciones». Creo que la Biblia es un mensaje único de Dios —la Palabra pronunciada por el Dios vivo—, y cuando abordamos su significado y sabemos lo que Dios nos está diciendo, tiene poder para matar a quienes se le resisten, y para dar vida a quienes la creen. «Jehová desnudó su santo brazo ante los ojos de todas las naciones... ¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?» (Is. 52:10; 53:1). La incredulidad paralizará el brazo de aquel que está lleno de ella. Mientras que ese mismo brazo, lejos de estar paralizado, obra para la salvación de los hombres.

¿Dónde podemos ver este impresionante poder de la Palabra de Dios? Hace años, unos misioneros acudieron a una montaña con forma de pirámide en Irian Jaya donde vivía una cultura anclada en la Edad de Piedra. Durante mucho tiempo pensaron que sus habitantes no se convertirían jamás; pensaban que ninguna de aquellas personas ni siquiera conocía la Palabra de Dios ni tampoco sabía que existía un Dios.

Cuando los misioneros llegaron a aquel lugar, dijeron: «Venimos a predicarles de Dios, su Creador». Los nativos contestaron: «Nosotros no fuimos creados. Salimos del río». Según su tradición, salieron de las aguas del río. Sin embargo, estaban

demasiado ocupados matándose unos a otros como para sentarse a reflexionar sobre quién hizo el río.

El misionero se puso a trabajar con un idioma que nunca antes se había puesto por escrito. Aquellos individuos carecían de gramática y de léxico, diccionario o lista de términos. Pacientemente, el misionero se sentó con ellos hora tras hora, poniéndose la mano en la oreja para captar cuidadosamente la diversidad de los sonidos, y luego anotando cada palabra. Así es cómo consiguieron las palabras «dinero» y «Dios»: escuchando a los nativos.

Entonces, por fin, comenzaron a predicar el evangelio de Jesús. Después de aquellos miles de años, transmitieron la Palabra soberana de Dios en el lenguaje gutural de aquellos nativos casi infrahumanos, la tribu Dani. Gracias a la predicación de la Palabra de Dios, los Dani han creído en Jesucristo, se están convirtiendo y caminan en la luz lo mejor que pueden. En lugar de las canciones repulsivas del pasado, que hablaban de sexo, ahora cantan lo mejor que saben. No sabían nada de música. Cantaban imitando simplemente lo que oían, y ahora entonan los cánticos de Sion y escuchan la Palabra poderosa de Dios. La Palabra es un mensaje poderoso, algo único, que contiene poder. Y cuando creo en ella y me relaciono con ella y dejo que ella lo haga conmigo, sucede algo: el Dios eterno realiza una obra eterna.

La Palabra de Dios, con autoridad, resuena como advertencia y como invitación.

Una palabra de advertencia

Acuda a su Biblia y verá cómo Dios da advertencias como: «el alma que pecare, esa morirá» (Ez. 18:4), y «los malos serán trasladados al Seol, todas las gentes que se olvidan de Dios» (Sal. 9:17). O también: «aquella persona será cortada de en medio de

su pueblo» (Éx. 31:14), o «el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios» (Jn. 3:3). Y «antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente» (Lc. 13:3); y «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre» (Mt. 7:21). O «ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Dios» (Ef. 5:5). Éstas son las terribles palabras de Dios. Transmite este mensaje único de una forma totalmente autoritaria.

Nadie se atreve a intervenir y decir: «Vamos a explicar esto a la luz de lo que dijo Platón». Me da lo mismo lo que dijera Platón. He leído a Platón de vez en cuando, pero me es indiferente lo que diga cuando Dios dice: «el alma que pecare, esa morirá». Que Platón se arrodille ante la autoridad de la Palabra de Dios. Dios ha expresado su autoridad por medio de su Palabra; que no venga ningún papa a decir: «Explicaremos esta cuestión a la luz de lo que dijo el Padre tal o cual». Que el padre en cuestión guarde silencio. Pronto tendrá la boca llena de polvo. Y que todo el mundo cierre la boca cuando habla el Dios Todopoderoso. «¡Tierra, tierra, tierra! Oye palabra de Jehová» (Jer. 22:29). «Oíd, cielos, y escucha tú, tierra; porque habla Jehová» (Is. 1:2).

Una palabra de invitación

En la Palabra de Dios hallamos también una hermosa invitación. No es el resultado de que un grupo de personas religiosas se reúna, tenga una reunión de junta y decida que van a decir algo así. No, lo dijo el Dios Todopoderoso. Hizo esta invitación desde el cielo; bajó como un hombre fuerte por la noche, y llenó la Tierra con el sonido de su voz.

Y Dios dice: «Si os volvéis a mí, tendré misericordia de vosotros». Y la Palabra del Señor dice: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mt. 11:28).

Y la Palabra del Señor dice: «que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo» (Ro. 10:9). Y dice: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios» (Ef. 2:8), y «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1 Jn. 1:9). Aquí tenemos la voz dotada de autoridad que no necesita modificaciones, interrupciones ni explicaciones; solo es necesario que se propague.

En cierta ocasión invitaron a Charles H. Spurgeon, el predicador londinense, a dar una serie de diez sermones defendiendo la Biblia. Él contestó por telegrama: «No acudiré, la Biblia no necesita defensa». Liberémosla y, como un león, se defenderá sola. Eso es lo que yo creo, y creo que la Palabra de Dios no necesita defensa. Solo tenemos que predicarla.

Ahora estamos en pie, librando una batalla en la retaguardia frente a los neoortodoxos, los liberales y el Consejo Mundial de Iglesias, así como contra la idea de una Iglesia monolítica cuya cúspide sea el papa. Ahora estamos en pie, pero yo no hago caso a ninguno de esos frentes. El gran Dios Todopoderoso ha hablado: que el mundo guarde silencio y escuche, porque Dios lo ha dicho y Él cumplirá todas sus advertencias y sus invitaciones.

En el libro de Lucas encontramos un pasaje terrible: «y murió también el rico, y fue sepultado. Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormento, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno» (Lc. 16:22-23). El rico que había vivido suntuosamente había dejado de hacerlo bruscamente, y ahora estaba en el infierno rogando por una gota de agua para su lengua reseca. Se convirtió en evangelista, y dijo: «Abraham, si no me ayudas, te ruego que ayudes a mis cinco hermanos; porque en mi casa tengo cinco hermanos que no son creyentes, y si envías a Lázaro quizás él pueda salvarlos... quizá se arrepientan».

Abraham respondió: «No, él no puede ir hasta allí».

El rico suplicó como un evangelista y dijo: «Por favor, Abraham, ¿no le enviarás a mis cinco hermanos? Yo no les presté atención cuando estaba vivo, pero ahora quiero que les ayudes. Por favor, envíale, porque si alguien se levanta de entre los muertos, le escucharán».

«Si no escuchan la Palabra», respondió Abraham, «tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos» (véase Lc. 16:26-31).

Si usted tiene en su corazón el deseo de resistirse a este mensaje único, esta voz manifiesta del Dios Todopoderoso, esta autoridad que ordena e invita, entonces aunque en un cementerio se levantasen todos los muertos —remontándose hasta los Padres de la Iglesia— y empezaran a predicar, su corazón seguiría siendo duro. Porque las Escrituras nos dicen: «Si no escuchan la Palabra, no escucharán tampoco a los muertos resucitados».

Algunas personas me preguntan qué deben leer. La mayor parte de la Biblia está escrita en género masculino, y muchas mujeres dicen que se refiere a toda la humanidad, y eso quiere decir los hombres. Pero tengo un texto para las mujeres en el capítulo 54 de Isaías: «Porque tu marido es tu Hacedor; Jehová de los ejércitos es su nombre; y tu Redentor, el Santo de Israel; Dios de toda la tierra será llamado. Porque como a mujer abandonada y triste de espíritu te llamó Jehová, y como a la esposa de la juventud que es repudiada, dijo el Dios tuyo. Por un breve momento te abandoné, pero te recogeré con grandes misericordias» (Is. 54:5-7).

En todos los parlamentos del mundo, a pesar de su sabiduría, no pueden decir nada que haya significado tanto para la raza humana como estas palabras. Todas las sesiones del Congreso de los Estados Unidos celebradas en el transcurso de un siglo no pueden añadir nada a lo que dicen estas palabras. «Por

un breve momento te abandoné, pero te recogeré con grandes misericordias. Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento; pero con misericordia eterna tendré compasión de ti, dijo Jehová tu Redentor» (Is. 54:7-8). Ahí está todo. Ahí está su esperanza, su escondedero, su roca, su futuro, su gloria.

Dios habla con autoridad. Nadie tiene derecho a plantarse y decir: «Eso no me lo creo».

El pacto redentor de Dios

La Palabra del Dios vivo sigue resonando por todo el mundo, destruyendo aquello que no redime. Y en aquel día terrible cuando Dios conmocione todo lo que pueda ser conmovido, esa Palabra viva, vibrante, terrible, sobrecogedora, poderosa y eterna destruirá todo lo que no pueda redimir. Yo, por mi parte, quiero estar en el bando de los redimidos.

Muchas veces me arrodillo leyendo este capítulo 54 de Isaías, y dejo que su mensaje único hable a mi corazón. Escucho su Palabra —una voz que va directamente a la profundidad de mi ser— que dice: «Porque esto me será como en los días de Noé, cuando juré que nunca más las aguas de Noé pasarían sobre la tierra; así he jurado que no me enojaré contra ti, ni te reñiré» (v. 9). El gran Dios que no tenía por qué jurar nada juró por su Nombre que no estaría airado contra mí ni me reprendería. Y en mi propia habitación, escribí mi nombre en el pasaje y lo repetí con mis tres nombres: Aiden Wilson Tozer. «Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará» (v. 10).

Nadie puede arrebatar la bondad de Dios al pueblo que le busca; no pueden abrogar el pacto de la gracia salvadora de Dios de aquel hombre que confía en Él cuando el monte se mueve. Las montañas son removidas, pero Dios dijo que su misericordia no

desaparecería, porque la misericordia de Dios permanece eterna por todas las generaciones. Éstas son las palabras de Dios.

Creo que su autoridad es importante para mí en el día de hoy. No acudo a sacerdotes, pastores, obispos ni doctores. Acudo a Dios y a su Hijo, Jesucristo.

Oh Dios, Tu Verbo Santo

William W. How (1823-1897)

¡Oh Dios! Tu Verbo santo
Del cielo descendió,
Verdad inalterable
Que disipa el error.
Te loamos por el Libro
Que rige nuestra fe,
Y brilla en las edades,
Guiando nuestro pie.

La iglesia ha recibido
De Cristo el santo don,
Y de esa luz, cual astro,
Esparce su fulgor:
Es ella arquilla de oro,
De joyas sin igual;
Es cuadro bien trazado
De Ti, Verbo eternal.

Cual la bandera flota
Delante de su Dios,
Y brilla como estrella
Del mundo en la extensión;
Es el compás y norma

FE AUTÉNTICA

De cielo, tierra y mar,
Y a todos con su gracia
A Cristo ha de guiar.

Señor, haz que la iglesia,
De tu luz resplandor,
Mantenga en las naciones
Tu celestial fulgor.
Levanta mensajeros
Que anuncien tu verdad,
Y muchos logren verte
Allá en la eternidad. Amén.

ESO QUE SE LLAMA CRISTIANDAD

Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.

JUAN 8:31-32

Hemos establecido ya la autoridad de la Iglesia, y el motivo de su existencia; ahora debemos considerar la Iglesia en sus términos más generales. La palabra «iglesia» significa muchas cosas, dependiendo de las personas; eso que llamamos cristiandad se compone de creyentes de todo el mundo.

Se nos dice que los judíos que vivían en los tiempos de Jesús eran creyentes. Pero la conversación que Jesús tuvo con ellos indica que estaban muy alejados del camino recto. El motivo es el siguiente: eran descendientes biológicos de Abraham, y estaban orgullosos de ello. Y nuestro Señor no se lo negó. Les dijo: «sé que sois descendientes de Abraham» (Jn. 8:37). El error de ellos no estribaba en creer que eran descendientes en la carne de Abraham, sino que eran automáticamente sus descendientes espirituales. Y nuestro Señor intentó explicárselo. No creo que lo entendieran. Les dijo: «Si fueseis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais» (v. 39).

Cristo no consideraba que el interior del hombre y su conducta externa dependieran de la descendencia física. Apartó

a los fariseos del pacto y les dijo: «Ustedes no son verdaderos hijos de Abraham, no lo son en absoluto, solo son simiente de Abraham. Ustedes son sus descendientes, pero no sus hijos, porque Abraham era un hombre humilde, obediente, que tenía fe y amor, y ustedes no son nada de esto. Me odian porque les digo la verdad; quieren matarme no por un pecado, sino por predicarles la verdad, y eso Abraham no lo hizo». Aquí no me quiero centrar en Abraham y en los judíos, sino en eso que llamamos cristiandad. Además de las sectas, está compuesta por católicos romanos, ortodoxos griegos, protestantes liberales y evangélicos.

La palabra «evangélico» debe figurar en minúsculas. No me refiero a la Iglesia evangélica, como denominación. Me refiero a nosotros y a otros como nosotros. La cristiandad también la componemos nosotros, evangélicos que creemos en la Biblia, los pentecostales de diversas ramas e intensidades de celo, los creyentes de la santidad, los de la vida más profunda, los seguidores de la vida victoriosa y mis queridos fundamentalistas calvinistas.

Los evangélicos somos un poco culpables de un error que no es tan trágico como el de los fariseos, pero que a pesar de todo es un error. Suponemos, y con bastante orgullo aunque sin pruebas, que somos los descendientes directos de los apóstoles.

Los judíos de la época de Jesús también suponían esto. Todo aquello de lo que no esté usted seguro, y que tenga que autoconvencerse con argumentos, es pecado. Pero cuando está tan seguro de algo que ni siquiera lo menciona, aún es peor. Y hasta que nuestro Señor les presionó, los fariseos ni siquiera lo mencionaron. Daban por hecho que eran descendientes de Abraham, y que tenían lo que él tuvo.

Nosotros, los evangélicos, descartamos a los católicos romanos sin dudarlo; excluimos a los ortodoxos griegos y a los protestantes liberales. Sin embargo, cuando se trata de etiquetar a los evangélicos que creen en la Biblia, nos incluimos. Imagina-

mos y creemos que descendemos, en una sucesión espiritual, de los apóstoles, de nuestro Señor y de sus apóstoles, y de la Iglesia primitiva.

Del mismo modo que los judíos eran descendientes físicos de Abraham, y nadie lo discutía, los evangélicos descendemos de los apóstoles en lo relativo a su credo. Creemos lo mismo que Pablo, lo mismo que creían Pedro, Juan y el escritor del libro de Hebreos y el de Hechos. Nosotros, los evangélicos, creemos lo mismo que ellos. No lo dudamos en absoluto; creemos en la Palabra de Dios.

Somos descendientes de los apóstoles en cuanto al credo. Nadie pondrá esto en tela de juicio. El error estriba en suponer que, por el mero hecho de esa descendencia, seamos sus sucesores espirituales. Los fariseos cometieron ese error, y el Señor los corrigió y, con gran calma, los dejó fuera del pacto de Abraham. Es totalmente posible que nosotros también estemos suponiendo demasiado. Dado que creemos lo que creía Pablo, suponemos que tenemos todo lo que tenía él. Como creemos lo que creía Pedro, somos todo lo que fue Pedro. Como estamos conformes con su credo, suponemos que también somos idénticos espiritualmente.

No nos atrevamos a hacerlo. Pienso la letra de ese himno breve que dice «teniendo a la vista los valores eternos». Esto es lo que intento hacer, y por consiguiente no quiero dar nada por hecho. Por eso no me gustan esos predicadores que me dan palmaditas, que me tranquilizan y me hacen sentir bien, tanto si soy bueno como si no. Si no soy bueno, no quiero sentirme bien. Ésa es una trampa espantosa. Si no soy bueno, quiero ser consciente de ello. Quiero conocer la verdad sobre mi persona.

Si respaldamos nuestra pretensión de ser descendientes de los apóstoles, tenemos que demostrar que «esto» que somos es «aquello» que ellos fueron. Jesús refutó las afirmaciones y

suposiciones de los judíos, diciendo: «Esto no es lo que hizo Abraham». Les dijo: «Esto que tenéis no es lo que tuvo Abraham». Esto no es «aquello», y «Abraham no lo hacía»; Jesús los excluyó.

Las características de la genuina identificación espiritual

Solo existe una verdadera sucesión espiritual de los apóstoles: los Padres de la Iglesia del Nuevo Testamento. La prueba de esta sucesión espiritual es la identificación con ellos. Si podemos señalarmos y decir «esto», y señalar a la Iglesia del Nuevo Testamento y decir «es aquello», y demostrarlo, entonces deberíamos ser las personas más felices del mundo; y tenemos motivos para ser felices. Si puedo señalar una iglesia evangélica y decir: «Esto es aquello», y luego señalar a Pablo y a los demás como el «aquello», entonces es que tenemos el «esto». Si son ustedes iguales, entonces nuestras afirmaciones no están equivocadas. Pero, ¿qué pasa si hay una diferencia, como la había entre los judíos y Abraham? Jesús les dijo: «Abraham no era como ustedes. Pretenden ser descendientes espirituales de Abraham, afirman que son sus sucesores espirituales, pero van por un camino y Abraham iba por otro».

Quiero ofrecer algunas indicaciones necesarias para demostrar que «esto» es «aquello», y que somos la descendencia espiritual de los apóstoles, y que lo que tenemos hoy entre nosotros es realmente la Iglesia neotestamentaria.

¿Cuáles son las características que identifican nuestra relación con la Iglesia primitiva?

La actitud hacia el credo doctrinal

La primera característica distintiva es la *identificación con el credo*: la prueba de identificación con el credo de la Iglesia primitiva.

Debemos creer lo que ellos creían, y pensar que es posible ser un buen cristiano sin abandonar la verdad. No deberíamos descartar nada, sino, como hicieron ellos, creer la Biblia en su totalidad.

Nunca he reflexionado lo bastante ni he recibido la educación suficiente como para poner en duda mi creencia en la totalidad de las Escrituras. Ellas me alegran, igual que hay otras personas a las que les preocupan. Las leo —generalmente en la versión *King James*, aunque tengo 25 o 30 versiones más— y las creo.

Cualquier hombre de buena voluntad puede demostrar que la postura doctrinal de la Iglesia evangélica hoy es idéntica a la que adoptaron los Padres de la Iglesia. De hecho, la Iglesia evangélica descende, en cuanto a su credo, de aquellos que vivieron el día de Pentecostés.

Ésta es la primera prueba.

La actitud hacia la moral

El segundo rasgo distintivo de identificación es la *identidad del calibre moral*. Los estándares morales de la Iglesia evangélica actual deben ser los mismos que los de la Iglesia apostólica. Después de todo, no ha cambiado nada, y el hombre, a pesar de todo su progreso, sigue siendo un hombre nada más.

La Iglesia evangélica debería tener un grado moral tan elevado que los pecadores lo tomaran como referencia. En lugar de eso, hemos recortado nuestra moral, aguándola y diluyéndola. Vemos a personas que nos enseñan que no debemos considerarnos más santos que otros, sino que deberíamos decir: «Somos iguales que ustedes, con la diferencia de que tenemos un Salvador».

Esto sería como dos moribundos que estuvieran en la misma habitación del hospital, y uno le dijera al otro: «Tengo lo que usted tiene, pero la única diferencia es que yo dispongo de un médico y usted no».

A un moribundo no le puede interesar otro hombre que está tan bien por el mero hecho de tener un médico. Si el médico no puede curar a aquel enfermo, ¿de qué sirve tener médico? Sería lo mismo que si jugara al golf.

Si me acerco a un pecador y le digo: «Soy exactamente igual que usted, con la diferencia de que yo tengo un Salvador», pero hago las mismas cosas que hace él o ella —cuento los mismos chistes lascivos que él y desperdicio mi tiempo igual que él, dedicándome a sus mismas actividades—, y le digo «Tengo un Salvador, y usted debería tenerlo», ¿no tendrá derecho a preguntarme qué tipo de Salvador tengo? ¿De qué le sirve a un hombre decir «Yo tengo médico» si está agonizando en una cama? ¿De qué le sirve a un hombre decir «Tengo un Salvador» si vive en la iniquidad?

La Iglesia de Jesucristo en la época apostólica tenía un estándar moral muy elevado. Si una iglesia no tiene un grado de moral cuya altura pueda compararse con el de la Iglesia del Nuevo Testamento, entonces ha transgredido la ley de la sucesión espiritual, y aunque es posible que descienda de los apóstoles en el sentido doctrinal y lineal, moralmente ha interrumpido su sucesión, violándola.

La actitud hacia Dios

El siguiente punto de identificación es nuestra *actitud hacia Dios*. La Iglesia primitiva creía en el Dios trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo. No solo creían en Él según un credo, sino que Él lo era todo para ellos. Dios ocupaba el centro de sus vidas; se reunían en su nombre, le adoraban, le obedecían, y el Señor era todo para ellos.

Tristemente, en algunas iglesias Dios ya no es necesario. Algunas iglesias afirman creer en Dios, pero a modo de doctrina han organizado las cosas de tal manera que Dios ya no les hace falta para tener éxito. Para la iglesia media, Dios es deseable e incluso puede que resulte útil, pero no es necesario. La mayoría

de iglesias puede avanzar sin Dios; simplemente le conceden un lugar por amabilidad, como a un invitado. Dicen: «Hoy está con nosotros nuestro querido huésped», pero pronto lo olvidan en medio de todas sus majaderías. Eso no es una iglesia apostólica.

Yo oro a menudo —y quiero creer en consonancia con mi oración— pidiendo que Dios me coloque en una posición en la que Él deba ayudarme, porque si no, me vendré abajo. Quiero ocupar un lugar en el que deba tener a Dios en todo lo que hago.

Me gusta estar en un lugar en que Dios me resulte indispensable. Me gustaría estar donde estuvo Elías cuando se burlaba de los profetas de Baal (véase 1 R. 18:16-38). Aquellos profetas se habían lacerado durante todo el día y estaban furiosos, y Baal no les había escuchado. Elías les pinchaba diciendo: «El dios de ustedes está dormido, está cazando o quizás esté charlando con alguien». Les dijo: «Baal los oirá, Baal los escuchará dentro de un rato». Cuando les enfureció tanto que cayeron en un estado de frustración y de amargura, llegó el momento de que él presentara su ofrenda.

Si Dios no hubiera ayudado a Elías, los profetas de Baal lo habrían despedazado miembro a miembro. No era una cuestión de «Padre, te damos las gracias. Tú estás aquí, con nosotros. Amén». No, Elías dijo: «Dios, demuéstrales que estás aquí». Se lo demostró a las claras, y el fuego descendió y lo consumió todo, llegando incluso a secar el agua.

No siempre es deseable permanecer en todo momento en el monte, y la verdad es que no me gusta estar rodeado por el enemigo, pero sí quiero estar en el lugar donde necesito a Dios. Para disfrutar de un linaje directo y de una sucesión espiritual debo vivir con cierto grado de peligro.

A los apóstoles o a la Iglesia apostólica nunca se les ocurrió que podrían encumbrar a un personaje importante y olvidarse de Dios. Siguieron a Cristo. Amaban al Señor, y Él añadía cada

día a la Iglesia los que habían de ser salvos. Manifestaban su espiritualidad mediante su actitud hacia Dios, y solo podremos demostrar la nuestra si tenemos una actitud semejante hacia Él.

La actitud hacia el Espíritu Santo

El siguiente rasgo identificador es nuestra *actitud hacia el Espíritu Santo*. A la tercera Persona de la Trinidad se le ha faltado al respeto de una manera muy grave. Algunos han declarado que sus dones ya cesaron, lo cual significa, por consiguiente, el final del Espíritu Santo.

Creo en los dones del Espíritu, y creo que todos deberían figurar en la Iglesia. No solo creo que deberían estar todos en la Iglesia, sino también que todos forman parte de la verdadera Iglesia de Cristo. Sin embargo, dijimos que al Espíritu Santo se le había insultado gravemente. Algunos dicen que los dones del Espíritu cesaron con la muerte de los apóstoles. No sé por qué eligieron ese momento arbitrario, porque no conocemos la fecha en que vivió el último apóstol, de manera que no sabemos cuándo dejó de tener poder sobre nosotros el Espíritu Santo.

Por lo tanto, el Espíritu Santo entra en la bendición y en el versículo tres del himno número nueve. Aparte de eso, el Espíritu Santo no es necesario para la Iglesia; lo hemos dispuesto todo de tal manera que no precisamos de Él. Ha quedado sustituido por lo que llamamos programación y actividad social.

La Iglesia neotestamentaria nació del fuego, y si queremos que «esto» sea «aquello», tendremos que nacer del mismo fuego. Ni todos los libros que tenemos ni las sutilezas del credo que podamos citar demostrarán nada.

El poder del Espíritu Santo es tan necesario para los sucesores de los apóstoles como lo es para usted respirar. Usted tiene que respirar para vivir, y para la vida necesita también al Espíritu Santo. Si no tiene al Espíritu, si no habita en usted con poder,

podemos ser descendientes de los apóstoles en la fe, pero solo en ella; no somos sus hijos.

La doctrina del Espíritu Santo ha caído en descrédito. A muchas personas les preocupa, y en nuestras escuelas ofrecen tres o cuatro teorías e invitan a cada uno a elegir la que quiera. El hombre que carece de la convicción suficiente sobre el Espíritu Santo como para optar por una sola teoría, es mejor que se dedique a plantar maíz; no debería subir al púlpito jamás. Si dispone de media docena de teorías posibles que pudieran ser ciertas, pero es demasiado ambiguo y caritativo como para insistir en una sola, debería estar en otro lugar.

Si alguna vez recibe usted al Espíritu Santo, su temor desaparecerá, sustituido por la certidumbre, y podrá enseñar la Palabra de Dios con una seguridad profética. Si queremos afirmar que somos los sucesores espirituales de la Iglesia apostólica, debemos mantener la misma relación con el Espíritu Santo que la que tuvo ella.

La actitud hacia la carne

El siguiente rasgo identificador es nuestra *actitud hacia la carne*. La Iglesia del Nuevo Testamento repudiaba la carne. El término «carne» no se refiere a su cuerpo mortal, porque Dios no tiene nada contra su cuerpo. Su «carne» es su personalidad, su ego.

La Iglesia del Nuevo Testamento testificaba que sus miembros eran bautizados en la muerte de Cristo. Cuando Él resucitó, ellos resucitaron; y cuando ellos resucitaron, lo hicieron en Él, y la vieja carne quedó muerta, y fueron nuevas criaturas en Cristo Jesús. Eso es lo que enseñaban. Pablo enseñó que cuando los creyentes eran bautizados, eso es lo que sucedía. Lo viejo desaparecía, y adquirirían una vida nueva en Cristo Jesús el Señor.

Decimos que somos los sucesores espirituales de los apóstoles y de la Iglesia apostólica porque creemos lo mismo que

ellos. Sin embargo, la actitud que tenemos hacia la carne, ¿es la misma que la de ellos? Muchas iglesias incorporan la carne en su programa, y consiguen de alguna manera glorificarla e incluso escribir libros para demostrar que debería estar allí.

Toman la carne que Dios ha condenado y le devuelven la vida. La alimentan, volviéndola atractiva y suave; la educan, atribuyéndole apelativos hermosos. Entonces la Iglesia la adopta, la introduce en el grupo de líderes y con ella hace ujieres y diáconos. Hoy día las iglesias se organizan en torno a la carne, y tienen los valores y los estándares propios de ella. No obstante, los primeros cristianos creían que era precisamente la carne la que abandonaban en las aguas del bautismo. Es esa carne que la Iglesia primitiva sostenía que murió con Cristo cuando Él murió en la cruz.

No soy un anciano amargado con el mundo. Amo a todo el mundo. No se trata de que sea más viejo que hace 20 años; es, simplemente, la verdad bíblica directa. La creía entonces y la creo ahora; y espero seguir creyendo, cuando venga a buscarme el carro de fuego. El pueblo de Dios y el mundo tienen estándares diferentes. La carne no tiene lugar, en absoluto, en el reino de Dios. Deberíamos expulsarla; por el poder del Espíritu y el poder de la sangre, deberíamos librarnos del viejo hombre con todos sus actos. Debemos rechazarlo como nos libraríamos de un abrigo viejo, y vestirnos del nuevo hombre, que en Cristo Jesús es renovado para justicia y verdadera santidad.

La actitud hacia el mundo

Otra señal de nuestra identidad con la Iglesia apostólica es nuestra *actitud hacia el mundo*. La Iglesia apostólica huía del mundo. Aquellos primeros cristianos eran crucificados al mundo, y éste los aborrecía. Ellos recordaban lo que dijo Jesús: «Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros» (Jn. 15:18). Escucharon decir al apóstol Juan: «Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él» (1 Jn. 2:15).

Tenemos bastantes cosas desagradables que decir sobre los liberales, porque rechazan determinados pasajes de las Escrituras. El otro día estuve leyendo un libro que explicaba cuáles de los Evangelios eran válidos, y qué pasajes fueron escritos por buenas personas pero que no tenían mucho conocimiento. Aún creo que la Biblia es la Palabra de Dios, incluyendo 1 Juan 2:15, que ya no es un pasaje popular; la gente no quiere oírlo. Hemos adoptado al mundo, nos hemos conformado a él y nos hemos identificado con él. Por supuesto, hemos de excluir las facetas más graves, como el asalto a bancos y la drogadicción; son cosas que no hacemos, pero lo cierto es que el pecador medio tampoco las practica.

Nos felicitamos porque vivimos con tanta limpieza como las personas cultas que van a la ópera; somos tan decentes como el ateo que no cree en Dios y como el científico que cree que Dios es energía. Deberíamos apartarnos por completo de tales cosas, pero la verdad es que hemos vendido nuestra alma al mundo.

La Iglesia evangélica moderna se ha rendido al mundo, lo excusa, lo explica, lo adopta y lo imita. Cada vez son más los predicadores jóvenes que imitan a los hombres de este mundo con un grado muy superior de esfuerzo que el que aplican a imitar a los santos de Dios. No les interesan los hombres santos ni tampoco imitarles, sino que se vuelcan en imitar al mundo y aceptarlo por entero.

Podríamos decir que la Iglesia que ha aceptado el mundo ya ha sido conquistada. Por lo general, el mundo conquista a la Iglesia antes de que ésta haya convencido al mundo. Esa Iglesia no es sucesora de los apóstoles, aunque disponga de un credo extraído de las epístolas de Pablo, e incluso si se aferra a las doctrinas de la fe. Cristo dice: «Sé que son simiente de los apóstoles, pero no son sus hijos». En los círculos evangélicos tenemos una moral más liberal que bíblica.

La actitud hacia la adoración

La última característica de la identidad con la Iglesia apostólica es nuestra *identidad en la adoración*. Nuestro Señor Jesucristo situó el reino de Dios en nuestro interior. Dios está dentro de usted, y algunos nos han dicho que eso significaba que el reino estaba entre nosotros. Pero no significa nada de eso. Quiere decir que el reino de Dios está dentro de su pecho. Más tarde Pablo dijo: «Cristo en vosotros, la esperanza de gloria» (Col. 1:27). Además, Jesús dijo: «Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren» (Jn. 4:24). Tenemos una adoración interna; el centro y la esencia del cristianismo radican en el corazón.

En nuestras iglesias hemos exteriorizado la adoración. Jesús la situó en nuestros corazones, y nosotros la hemos ubicado en salas laterales. Jesús la puso en nuestro corazón, pero nosotros la hemos metido en la cabina de proyección. El cristiano medio ya no puede practicar su religión, del mismo modo que un sacerdote católico no puede hacerlo sin su frasquito de óleo santo y su rosario. Si usted no puede practicar la adoración sin tener otra cosa en sus manos que la Biblia, es que no ha obtenido la victoria. Nadie puede reclamar su descendencia de la Iglesia apostólica si tiene que respaldar su cristianismo con un montón de artilugios, gastándose en ellos millones de dólares.

La mayoría de iglesias y de pastores son adictos a los artilugios, y serían tan incapaces de dirigir su iglesia sin disponer de todos los trastos que caben en un furgón como lo serían de escalar un rayo de luna. Lo hemos dispuesto de este modo, y así es cómo se enseña en los institutos bíblicos.

Antes, un muchacho sentado en un extremo de un tronco y William Tennent en el otro formaban un instituto. Antes, un hombre de Dios rodeado de un pequeño grupo de personas formaba una iglesia. Esto ya no pasa, y decimos, piadosamente, que somos los descendientes directos de los apóstoles. «Nosotros no

somos nacidos de fornicación; un padre tenemos, que es Dios» (Jn. 8:41). Jesús dijo pacientemente: «Sé que comparten ustedes el mismo credo, pero Abraham no hizo estas cosas».

Tenemos que identificarnos con la adoración de la Iglesia apostólica. Esta adoración brilla por su ausencia en la iglesia media actual.

Celebramos montones de reuniones religiosas, pero solo una vez entre muchísimas Dios está con nosotros. Yo estaría dispuesto a caminar con el barro hasta las rodillas para llegar a un grupo en el que nadie se jactase de nada, en el que solo Dios estuviera presente. La Iglesia primitiva oraba hablando con Dios. Cuando cantaban, hablaban con Dios y cantaban acerca de Él. Hoy día tenemos programación —horrible, odiosa palabra, «programación»—, pero Dios está ausente.

La Iglesia primitiva estaba formada por adoradores; y cuando un incrédulo se reunía con ellos, decía: «Es cierto que Dios está entre estas personas». No tenía que ver con la personalidad del orador; es posible que ni siquiera tuvieran uno. Lo que les hacía postrarse y adorar era la presencia del Señor. Me uniré a cualquier grupo al que pueda acudir y con el que pasar diez minutos, saliendo luego relajado y diciendo: «He estado donde estaba Dios». En los tiempos apostólicos los creyentes eran así.

Decimos que creemos lo mismo que los apóstoles, pero me pregunto si somos unánimes con ellos en la sucesión de la adoración espiritual. Lo dudo.

La verdadera Iglesia

Existe el gran peligro de que asumamos demasiado, y que estemos absolutamente convencidos de que somos los sucesores espirituales directos de los apóstoles, y que la piedad vaya menguando con nosotros. Recordemos que Israel tuvo milagros

durante su historia, pero todos esos milagros no bastaron para mantenerlos lejos del juicio de Dios. Y las mismas personas que eran descendientes físicos de la obra milagrosa de Dios fueron esparcidas hasta los confines del mundo.

Dios quiere que seamos los sucesores espirituales de los apóstoles. Quiere que seamos descendientes morales de la Iglesia primitiva, y que otorguemos al Espíritu Santo el mismo lugar en la Iglesia que ella le concede en el libro de Hechos. Quiere que hagamos de Jesucristo la figura central de nuestra iglesia; no que afirmemos que ya lo hacemos, sino que lo hagamos de verdad. Y si no es así, entonces solo conseguimos engañarnos a nosotros mismos. No quiero que nadie me engañe, ni tampoco engañar a otros.

Quiero saber si soy heredero espiritual de los apóstoles o no; y si no es así, deseo hacer algo al respecto. «Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra» (1 Cr. 7:14).

Quiero que mi pequeña obra sea de oro sólido durante todo el camino. Deseo saber de corazón que soy descendencia de los apóstoles; no tan grande como ellos, pero tan auténtico y tan espiritual como fueron ellos. Creo que eso es posible para todos nosotros.

No creo que haya una iglesia en Estados Unidos que tenga la misma intensidad de devoción espiritual que tuvieron los creyentes del libro de Hechos. Si existe una iglesia en este mundo que tenga la misma pureza de vida, la misma intensidad de adoración y la misma libertad en el Espíritu Santo, así como el mismo calibre moral que apreciamos en el libro de Hechos y en las epístolas, esa iglesia es sucesora de los apóstoles. Si nuestras iglesias carecen de estas señales distintivas, ningún alarde des-

controlado de la imaginación puede inducirnos a sostener que somos sucesores y descendientes de la Iglesia apostólica. El linaje físico no basta, del mismo modo que la descendencia según la carne no fue suficiente para Israel.

Usted debe ser lo que fueron los apóstoles, y aceptar lo que la Iglesia primitiva consideraba su estándar, y entonces los suyos tenderán a ser como usted. Luego, con gozo en nuestro corazón, sabremos que descendemos de los apóstoles.

De la Iglesia el fundamento

Samuel J. Stone (1839-1900)

El único fundamento
de la Iglesia es su Señor;
con el agua y su Palabra
la hizo nueva creación.
Él bajó desde los cielos
y cual novio la buscó;
con su sangre en el madero
su vida por ella dio.

De todo pueblo y nación,
en un cuerpo reunidos,
su fuero de salvación:
un Señor, una fe, un bautismo.
Un solo Nombre bendice,
toma sagrado alimento,
tiene una esperanza firme,
recibe dones sin cuento.

Mas ella en el mundo tiene
una unión con el Dios Trino,

que dulce amor, tierno, ofrece
a felices redimidos.
¡Oh, dichosos son los santos!
Señor, concédenos hoy tu gracia
para que, humildes y mansos,
entremos en tu morada.

En pruebas y sufrimientos,
de la guerra la algarada,
aguarda el cumplimiento
de una paz ya consumada;
hasta que visión gloriosa
se presente a su mirada,
y la Iglesia victoriosa
reciba la calma anhelada.

Si con pasmo desdeñoso
los hombres la ven oprimida
por los cismas ominosos
y las duras herejías,
en su vigilia, los santos
claman por que llegue el alba.
Y pronto de la noche el llanto
será himno en la mañana.

EL OMINOSO MOVIMIENTO ECUMÉNICO

*Todos los que habían creído estaban juntos,
y tenían en común todas las cosas.*

HECHOS 2:44

Una de las doctrinas más amadas de las Escrituras, en mi opinión, es la unidad de la Iglesia de Cristo, no solo los unos con los otros, sino también con Cristo.

Actualmente existe un movimiento, que lleva ya un tiempo funcionando, que pretende amalgamar la Iglesia en una organización. La palabra «ecuménico» significa, sencillamente, «universal», es decir, algo que está por todo el mundo. Eso es todo lo que significa, pero se ha adaptado para decir que por toda la Tierra, donde haya cristianos, éstos forman parte de una organización. No es una referencia a toda la Iglesia. Si existe un concilio ecuménico, no quiere decir que en él estén presentes todas las iglesias, sino que todas están representadas o que están allí los representantes de la Iglesia al completo.

También están aquellos —aunque no dirían que éste es su motivo— que quieren reunirse como cristianos que piensan lo mismo que ellos, lo cual está bien. Recientemente se han producido bastantes fusiones, y algunas de ellas son correctas. Todos son creyentes, se reúnen y, en vez de tener dos sedes y dos revistas oficiales, tienen solo una. Esto es algo deseable.

Luego, entre los protestantes se ha dado un movimiento que tiene determinados objetivos. En una de las metas no creo en absoluto, porque pienso que ya se ha alcanzado. Nuestro Señor, cuando oró «para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste» (Jn. 17:21), quería que su Iglesia fuera una, y oró en este sentido. Ahora el movimiento ecuménico dice: «Usted debe asociarse a nuestra organización para la unificación de los creyentes, de modo que pueda cumplirse la oración de Jesús de que “todos sean uno”».

Algunos piensan que los cristianos deben unirse y cumplir la oración de Cristo, aunque para ello tengan que sacrificar la verdad. Todo empezó en Ámsterdam en 1948, durante ese gran movimiento universal llamado el Consejo Mundial de Iglesias. Yo no tengo por costumbre predicar contra nada. Estoy a favor del 99% de las cosas y en contra del 1%. Este Consejo resulta ser una de las cosas de las que estoy en contra. Allí se reunieron los anglicanos, los ortodoxos orientales, los protestantes y los católicos. Al Consejo Mundial de Iglesias han acudido denominaciones o, al menos, sectores de denominaciones, hasta que se ha convertido en un vasto e inconexo pulpo repartido por el mundo.

La cristiandad no es la Iglesia

Me gustaría decir que si hacen falta 1900 años para que se cumpla la oración de Jesucristo por la unidad de su Iglesia, y si a lo largo de todos estos siglos no ha recibido respuesta, y la Iglesia aún no está unida, entonces mi fe en el Señor padecerá un golpe tremendo. El hecho sencillo es que la oración de Jesús fue respondida dramáticamente en el derramamiento del fuego en Pentecostés, cuando todos los creyentes fueron bautizados por el Espíritu Santo en un solo cuerpo.

Una cosa que deberíamos recordar es que la unidad de la Iglesia cristiana en el Espíritu es una cosa, pero la unión de todos los grupos cristianos es otra muy diferente. Deberíamos recordar la doctrina de la apostasía que hallamos en las Escrituras. «Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas» (2 Ti. 4:3-4).

Hay mucho más en el pasaje que nos dice que llegaría un momento en que los hombres se amarían a sí mismos y, teniendo la apariencia de santidad, negarían el poder divino; y nos dijo que nos apartásemos de los tales.

Existe una diferencia fundamental entre la cristiandad y la Iglesia. Lo que intenta hacer el movimiento ecuménico actual es solidificar la cristiandad —todos los que militan en el bando cristiano de las cosas, en el sentido que sea—, y reunirlos en un enorme organismo. Eso es la cristiandad. Pero en las Escrituras hay una gran diferencia entre la cristiandad y la Iglesia. La Biblia enseña que la cristiandad apostatará y renunciará a su fe, complaciéndose en su propia justicia y negando el poder de Dios, y que no estará preparada en absoluto para la venida del Señor Jesucristo. Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la Tierra? Eso es la cristiandad. Pero la Iglesia es algo distinto.

Lo que yo deseo es la Iglesia hermosa de Cristo sobre la que leemos en Efesios:

Un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos. Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo. Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hom-

bres. Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo. Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Ef. 4:5-13).

El perfeccionamiento de esta unidad tiene lugar cuando cualquiera es bautizado por el Espíritu para entrar en el cuerpo de Cristo. El perfeccionamiento de ese cuerpo, hasta que toda la Iglesia preciosa sea llevada a la presencia de Cristo, es la obra del Espíritu Santo a través de las Escrituras, los pastores y maestros y los guerreros de oración de este mundo. Mientras tanto, existe un gran cuerpo llamado cristiandad, compuesto de cristianos de todo tipo, color y especie, repartidos por todo el mundo. Esto no está incluido aquí, y el Espíritu Santo nunca pretendió que lo estuviera.

La protección de la Iglesia frente a la cristiandad

¿Qué podemos hacer para protegernos de este tipo de cosas en la Iglesia? El factor primario que debemos tener en mente es el de no aceptar nada que cuestione la veracidad de la Biblia. Cualquier movimiento, iglesia o grupo que, en cualquier lugar, cuestione la verdad de la Biblia es un grupo al que usted, como creyente, no se puede afiliar. Si este grupo permite la entrada

de toda esa superstición asociada con los huesos santos, el agua bendita y la Madre de Dios y de toda la humanidad, lo más prudente es marcharse sin hacer ruido.

Nunca he abandonado nada ni tampoco lo he escindido. Por tanto, no busco la paja en el ojo ajeno, ni soy un cazador de brujas. Y tampoco obligo a nadie a decir «*shibolet*» (véase Jue. 12) con el mismo tono de voz que yo empleo. Si tiene acento irlandés y dice *shibolet* de una manera diferente, que lo diga. Si ama al Señor, es mi hermano. Pero si tiene mucha labia y me cuenta que es ridículo pensar que Dios inspiró las Escrituras, no puedo tener comunión con él.

El decimoséptimo capítulo de Apocalipsis habla de ese gran misterio, Babilonia, la gran madre de todas las ramera, la abominación del mundo. Esa ramera tiene hijos. No solo es prostituta, sino que es la madre de otras ramera, que no son otra cosa que las iglesias apóstatas que se apropian del nombre del Señor pero que no viven de acuerdo con su verdad.

No soy un profeta lo bastante bueno como para saber qué rumbo tomarán las cosas. Pero sí que sé que hoy día, en los círculos evangélicos, estoy escuchando cosas extrañas. Veo cómo la gente se replantea las cosas. Nos replanteamos la inspiración, la deidad de Cristo, el pecado, y la moral, e intentamos identificar esta última con las idiosincrasias o los hábitos y costumbres de ciertas culturas. Hemos acudido a la antropología, y hemos descubierto que lo que es pecado en un país no lo es necesariamente en otro, y que, por lo tanto, los cristianos tenemos que aceptar todo lo que suceda en él. Nos replanteamos las cosas. Volvemos a preguntarnos si Dios creó los cielos y la tierra, y al hombre a su semejanza.

Hoy día los evangélicos se replantean cosas que los creyentes de la generación anterior daban por hechas. Por lo tanto, no sé qué dirección seguiremos a partir de ahora. Pero creo que

deberíamos obedecer la Palabra de Dios y apartarnos de todos aquellos que, de alguna manera, la nieguen.

Puedo decirles esto: mientras yo viva, habrá un protestante libre. No sé lo que harán otros, dijo el viejo político, pero en cuanto a mí, «denme la libertad o denme la muerte». Y en cuanto a mí, no sé qué puedan hacer los demás. Pero mientras yo viva, habrá un protestante libre. Puede que esté en la cárcel, pero seré libre. Un hombre que cree en Dios por medio de Jesucristo el Señor sabe dónde está, y nadie le puede lavar el cerebro con palabras persuasivas. Es un protestante libre, aunque esté cargado de cadenas.

Se nos pide que nos sometamos a ese movimiento que nos uniría a todos formando una iglesia enorme, vasta, extendida, con todos los cristianos. Algunos beben, otros bailan, otros viven perversamente, otros se vuelven locos por el dinero, algunos nunca van a la iglesia excepto una vez al año, en alguna de las festividades. Algunos dudan de la Palabra de Dios, otros la niegan, y otros se burlan de ella. Algunos hacen apuestas o van a las carreras de caballos; otros tienen la mente sucia y cuentan chistes impropios, y sin embargo pertenecen a las diversas iglesias. Y quieren que yo me una a todo ese caos. Unirse a ellos sería rendirse, y rendirse equivale a morir.

Yo no puedo tener mucha influencia en la Iglesia evangélica. Pero me gustaría decir a la Iglesia que hay un breve poema humorístico de Cosmo Monkhouse (1840-1901) que deberían recordar:

En Níger una joven resuelta
 en tigre fue a dar una vuelta.
 Volvieron al centro
 con la niña adentro
 y una amplia sonrisa en la fiera.

Me da lo mismo si esto me hace popular o impopular. Pero existe una diferencia entre el movimiento ecuménico, que unificaría en una enorme organización a todas las personas que afirman ser cristianas, y la verdadera Iglesia, que es un organismo vivo nacido del Espíritu, lavado en la sangre de Cristo y unido a su cuerpo mediante una obra misteriosa del Espíritu Santo que se llama regeneración.

Entre tanto, quiero que sepa que yo estoy a favor de la Iglesia, y no de la enorme Iglesia mundial. Yo defiendo la Iglesia que Jesucristo compró con su sangre.

Unidos por el Espíritu Santo

¿Por qué se reunió la Iglesia primitiva, esa hermosa multitud de creyentes? Lo hicieron por diversas razones. Se amalgamaron debido al antagonismo de los de fuera, y también gracias al magnetismo de los de dentro.

Era un conjunto de cristianos que vivían limpiamente, con santidad. Puesto que se atrevieron a plantarse y a defender las cuestiones que son importantes, es lógico que los antagonismos externos les cohesionaran. Pero eso no era suficiente. Debían aglomerarse mediante un magnetismo interno. Es decir, que ellos (y nosotros) debían unirse gracias al Espíritu Santo.

Amo al pueblo de Dios. Soy un hombre nervioso, y en ocasiones no puedo pasar mucho tiempo con otros. La presión del trabajo intenso hace que siempre esté nervioso, por lo cual no digo que siempre me guste sentarme y hablar cinco horas con cada persona; pero amo al pueblo de Dios. Amo a las mujeres ancianas y cansadas; amo al joven recién convertido, con su mirada chispeante. Amo al pueblo de Dios. Si están en Cristo los amo, y ese magnetismo me atraería a la Iglesia de Cristo. No piense que a lo largo de los años no haya dicho: «Muy bien, voy a dejar

de predicar». Pero, como dijo David: «Se enardeció mi corazón dentro de mí; en mi meditación se encendió fuego» (Sal. 39:3), y volví a retomar la predicación.

Las ovejas no son animales solitarios. Trabajan juntas, viven y se alimentan juntas, y se acuestan juntas en los verdes prados junto a las aguas tranquilas. La única ocasión en que una oveja vaga sola es cuando se ha perdido o está enferma. Una oveja enferma no va con el rebaño; y cuando encuentro a un cristiano que es así de individualista, que nunca va a la iglesia, es un cristiano enfermo. Por tanto, si usted es una oveja sana, acudirá donde está el rebaño. Si se pregunta dónde está el Pastor, me agrada poder decírselo: el Pastor está junto al rebaño.

Si alguno de ustedes se pregunta dónde está el rebaño, le diré que se encuentra donde esté el Pastor. Por lo tanto, el Pastor y el rebaño siempre están juntos, y yo, por mi parte, no tengo ni el valor ni la inclinación de ir por mi cuenta e intentar vivir mi vida cristiana a solas. Necesito a otros; necesito a las otras ovejas que son del redil, y también a las que no son de este aprisco pero se dirigen hacia él.

La comunión de los santos

Un cristiano no vive bien solo, y los cristianos deben permanecer juntos para prestarse ayuda mutua. Si usted cree que no necesita a la Iglesia, esto es una prueba de que la necesita. Si no necesitara a la Iglesia, probablemente pensaría que sí la necesitaba. Es lo mismo que cuando un hombre dice que no está enfermo pero es evidente que sí lo está. Porque el hombre que está enfermo y no sabe que lo está, y no quiere admitirlo, no irá a ninguna parte en busca de ayuda.

Existe la comunión de los santos y el cultivo de las amistades eternas. Usted puede despedirse de personas junto a su tumba,

y volver a reunirse con ellas con un apretón de manos cálido e inmortal a la diestra de Dios. Podrá conocerlos, reconocerlos y ver quiénes son realmente y quiénes fueron. Por lo tanto, nos necesitamos mutuamente.

La comunión de los santos... No la estoy exagerando. No quiero exagerar nada de nada, a menos que sea posible exagerar a Cristo. No quiero predicar todas las veces sobre la comunión de los santos, pero a pesar de ello creo en ella. Creo en la comunión de los santos de Dios en este mundo, y también en la comunión de los santos de Dios que han partido de esta Tierra. Usted me dirá: «Entonces cree en la comunicación con los espíritus, con las personas que ya han partido». Pero yo no he hablado de comunicación, sino de comunión. Hay una diferencia. No creo que sea posible comunicarse con los santos en los cielos, pero sí que es posible tener comunión con ellos.

Supongamos que un joven y una joven se enamoraron, y él tuvo que dejarla y marcharse lejos, a otra provincia, a otro estado. Le dijo: «Mira, estaremos muy, muy lejos el uno del otro, pero te diré lo que vas a hacer».

Consultó el calendario y le dijo: «En determinada hora de determinada noche, la luna estará llena, y ocupará una posición concreta en una hora precisa de una noche específica. No podré estar contigo, pero sal al jardín y contempla la luna; yo haré lo mismo y también la contemplaré, y estaré mirando lo mismo que tú, y veremos lo mismo, y pensaremos el uno en el otro».

Puede que esto sea un poco romántico, pero tiene su importancia. Miramos a Jesús y ellos también le miran, y aunque ellos están allá lejos y nosotros aquí, somos la Iglesia militante y ellos la Iglesia triunfante, pero nos reunimos en la misma Persona. No nos comunicamos unos con otros, del mismo modo que el joven y su novia no se llaman a voces de un jardín a otro, porque están muy distantes. Creo que es totalmente posible tener comunión

entre los santos, que es una unidad de apreciación, de amor, de adoración, de devoción, y más que eso, una unión en el Espíritu Santo, que hace que todo el pueblo de Dios en este mundo sea uno.

No sé si me llevaré al cielo mi sentido del humor o no. No me impresionan esos artículos que demuestran que Dios tiene sentido del humor. Pero creo que quizá conserve el mío en el mundo venidero, y creo que me voy a reír mucho, al menos con cierto grado de dignidad celestial, cuando vea la mirada atónita en el rostro de algunas personas que no pensaban que llegaría hasta allí.

«¡Vaya!», exclamarán, sorprendidas, «¡pero si no pertenecías a nuestra denominación!».

«No, no pertenecía a ella, pero aquí estoy».

Esa mirada de asombro me complacerá. Creo que me reiré, porque pienso que todo el pueblo de Dios llegará al cielo sin ningún esfuerzo, mediante la sangre del pacto eterno. Tenemos la comunión, de manera que quiero tener comunión con el pueblo de Dios.

Cerca del Pastor siempre estamos seguros. Que una oveja se aleje del Pastor es un suicidio; de modo que si usted permanece cerca del Pastor, no solo estará cerca de Él, sino también de los demás creyentes. ¿No resulta razonable? Todos se apiñan en torno al Pastor, de modo que se acercan unos a otros.

Me duele que en nuestras iglesias haya tan poco indicio de la presencia del Pastor. Decimos que está allí, pero no sentimos que lo esté. No tenemos la sensación de que esté. No menospreciamos los sentimientos, porque forman parte de nuestra constitución humana; y cuando Él entra en la presencia de su pueblo conscientemente, ellos no pueden por menos que percibirlo.

Creo que lo más maravilloso sería que cada uno de nosotros fuera tan consciente de Cristo y tan amante de la Iglesia que limpiáramos nuestras vidas, purificásemos nuestros corazones, laváramos nuestras manos y perdonáramos a nuestros

enemigos, amándoles. Entonces nos concentraríamos en Él, y oraríamos, predicaríamos, ofrendaríamos y adoraríamos en la presencia muy consciente del amor del Hijo de Dios. Creo que eso sería lo más hermoso de este amplio mundo.

No me importa decir que, si supiera que hay algún lugar en este planeta en el que un grupo de creyentes disfrutase este fenómeno de una forma tan intensa y maravillosa como deberíamos hacerlo, creo que intentaría encontrarlos y, si me aceptaran, pasaría el resto de mi vida con ellos. Cuando el Señor está en medio de una comunidad, la compañía es dulce.

El Rey de amor es mi pastor

Henry W. Baker (1821-1877)

El Rey de amor es mi pastor;
su gracia me sostiene;
nada me falta, suyo soy,
y mío es Él por siempre.

Mi alma guía con amor
por aguas de reposo;
me alimenta mi Señor
con pastos deleitosos.

A veces cual un necio vil
me fui de sus senderos,
mas con afán Él fue tras mí;
sus brazos me envolvieron.

Cuando en el negro valle esté,
ni un mal, Señor, yo temo,
pues tu cayado y vara fiel
me infundirán aliento.

Tú siempre mesa me tendrás
y unción en la cabeza;
mi corazón rebosa ya,
¡cuán fiel es tu promesa!

De tu misericordia el bien
tendré toda la vida;
y en tu casa moraré,
Señor, por largos días.

EL ESPÍRITU DESALENTADOR DE LOS FARISEOS

Aconteció un día de reposo, que habiendo entrado para comer en casa de un gobernante, que era fariseo, éstos le acechaban. Y he aquí estaba delante de él un hombre hidrópico. Entonces Jesús habló a los intérpretes de la ley y a los fariseos, diciendo: ¿Es lícito sanar en el día de reposo? Mas ellos callaron. Y él, tomándole, le sanó, y le despidió. Y dirigiéndose a ellos, dijo: ¿Quién de vosotros, si su asno o su buey cae en algún pozo, no lo sacará inmediatamente, aunque sea en día de reposo? Y no le podían replicar a estas cosas.

LUCAS 14:1-6

En este breve pasaje tenemos un drama sacado de la vida real, un ejemplo de redención y, como en otras escenas, a los religiosos que se justificaban así mismos, al pobre necesitado y al Señor de la gloria. Las circunstancias se parecen: vemos a un hombre señalado por la muerte.

Lucas, el escritor de este relato, era un médico que estudió en las mejores escuelas de su época; y cuando Lucas dice que un hombre tiene una enfermedad, menciona cuál es. Este hombre padecía una disfunción llamada hidropesía, que provoca la muerte. Y allí al lado, endurecidos hasta la médula, estaban los expertos en citar textos, los santurriones, a quienes no les importaba y que no podían ayudarle.

Éste es el pensamiento más duro de soportar: ver a los ortodoxos de la época que podían citar las Escrituras, y lo hacían bien. No eran sectarios ni fanáticos, ni líderes religiosos descontrolados, desorganizados o no autorizados. Se sentaban en la cátedra de Moisés; enseñaban las Escrituras; eran ortodoxos; podían enseñar documentos para demostrar que tenían razón. Pero tenían un corazón duro y eran arrogantes. ¿Puede ser que un hombre sea ortodoxo —tenga un credo sólido y sea fiel a su denominación, leal a la Iglesia de sus padres— y aún así sea cruel, intolerante y malvado?

Como contraste para estos fariseos, en el relato tenemos al poderoso Hijo de Dios, presente y tolerante con su ceguera y su crueldad. No es que les diera la razón, en ningún sentido; iba a morir por ellos, pero nunca les respaldaría. Pero a pesar de ello era tolerante, y anhelaba ayudar al hombre condenado a muerte; aquel hombre que tenía la enfermedad de los edemas, que impide que el cuerpo se libere de los contenidos líquidos sobrantes, acumulándolos en las células hasta que el cuerpo se va inflamando, y al final el pobre corazón no puede asimilarlo y muere.

En la historia del leproso encontramos una imagen precisa del conflicto entre Jesús y los líderes religiosos de su tiempo. ¿Podría ser que nosotros, a la hora de contemplar el mundo e intentar identificarnos a nosotros y a nuestra época, hayamos situado la batalla donde no está? ¿No podría ser que hayamos localizado el conflicto donde no está? ¿No habremos mirado a los apostadores, a los que van a las carreras de caballos, considerándolos el enemigo (aunque ciertamente no son amigos de Dios)? ¿No habremos mirado a los pequeños traficantes y a los comerciantes de marihuana diciendo: «Ahí está el enemigo»? Hemos observado al hombre de negocios estadounidense, tan explotado, con su actitud descuidada hacia Dios y su amor por el mundo y hemos dicho: «El secularismo es el enemigo». ¿No

podría ser que veamos la batalla donde no está y el conflicto donde Dios no lo encuentra? ¿No podría ser que el conflicto no radicara en una prostituta, un apostador o el hombre de negocios mundano, sino en los religiosos? ¿Y no podría ser que el problema con el mundo fuera el tipo de religión que tenemos?

Creo que el choque con Jesús, en este pasaje, no pudo ser con el pecador, porque Él vino a morir por los pecadores. El conflicto lo tuvo con un grupo que entendía bien los dogmas religiosos; podían observar la necesidad sin inmutarse, mirar a los hombres y no sentir ni un estremecimiento o compasión. Hablaban de su respetabilidad, se felicitaban una vez al día por ser tan fieles al credo, y a pesar de ello no tenían corazón para los pobres, amor por la prostituta y compasión para el ignorante. Ésta es una descripción de los expertos religiosos de la época de Jesús, pero también de nosotros mismos.

En esta historia vemos la confusión y la oposición a la bondad. Parece que la única mano firme era la que pronto se vería taladrada por un clavo, y el único corazón puro sería aquel que pronto dejaría de latir en una cruz. Y la única cabeza clara era aquella que pronto se inclinaría desfallecida, y la única voz importante aquella que pronto se sumiría en el silencio de la muerte.

Si un hombre hubiera escrito los Evangelios —pongamos que William Shakespeare o Eugene O'Neill—, la historia del evangelio hubiera sido radicalmente distinta. Hubieran situado al príncipe en los salones y los palacios, y le hubieran hecho andar entre los grandes. Le habrían rodeado de los personajes importantes del momento. Sus compañeros hubieran sido potentados y reyes. Pero, ¡qué dulcemente sencillo era el Dios-Hombre!; aunque moraba en toda eternidad, había descendido y se sujetó a la salida y a la puesta del sol.

Ésta era la diferencia entre los fariseos y Cristo. Para Cristo, el pecado no era contagioso. El pecado era una enfermedad del

alma, y Jesús sabía que un corazón puro no necesitaba protección. Los fariseos pensaban que el pecado era contagioso, e infeccioso por contacto, de modo que negaban la entrada a sus casas a aquellas personas ordinarias, aquellas prostitutas de los barrios bajos, los publicanos y recaudadores de impuestos, las masas que transitaban por las calles de la ciudad. Los marginaban a todos. Pero ellos, los fariseos, eran la élite, los elegidos, los religiosos, los amigos de Dios, los escogidos. O eso pensaban ellos.

No podemos mantener la pureza de la religión a base de aislarla, alejándola de la multitud. Los pobres de nuestros días, la pobre Iglesia del siglo, tuvo que sellar su dosis de pureza, lamentablemente escasa, y llevar a un monasterio su pequeña porción de santidad, alejándola del mercado para mantenerla impecable. La condición humana, pobre y lastimosa, tuvo que vestirse con ropas negras y esconderse en una cueva para mantenerse puro.

Incluso en los círculos protestantes tenemos que vestir al clero con una túnica, de modo que no pierda su santidad en el camino al púlpito. Y algunas de las sectas más estrictas se han aislado completamente del mundo.

En Indiana, Ohio y Pennsylvania, los Amish, una secta religiosa, no se suben a un automóvil; conducen carros de caballos. Supongo que la probabilidad de desarrollar una fuga moral y perder la espiritualidad es menor si está uno detrás de un caballo que si se desplaza velozmente sujetando un volante. ¡Qué tontería!

La fuente de la espiritualidad fluye hacia fuera. Una fuente no se puede contaminar, porque la fuente que lleva alguien dentro fluye hacia fuera. Todo contagio o infección procedente del exterior queda renovado automáticamente por el flujo hacia fuera. Si procediera del mundo, podría traer consigo su contaminación; pero como fluye del interior, no queda afectada por el mundo.

Los religiosos observaron a aquel Jesús radical, al que consideraban sospechoso. Lo vigilaban con sus mentes inquisidoras.

Recuerde que ahora no es Cristo quien se enfrenta a un juicio. Entonces eran ellos quienes debían aprobarle. Ahora Dios le ha ensalzado hasta su diestra, y el mensaje ahora es una oferta de vida. El Hijo de Dios ya no está sometido a los jueces vigilantes de este mundo, dado que el Espíritu Santo ha venido y ha confirmado su deidad, declarando que es el Hijo de Dios con poder mediante la resurrección de entre los muertos. Jesús estuvo ante los religiosos de su tiempo, que le observaban; pero ha resucitado más allá del poder de ellos, y se le ha declarado Hijo de Dios con poder, mediante la resurrección de entre los muertos.

Los malvados fariseos tenían el poder de arrestar a alguien de inmediato; y si Jesús hubiera hecho lo más mínimo que considerasen ilícito, se habrían lanzado contra Él como una manada de lobos hambrientos y le hubieran metido en la cárcel en menos de una hora. Sin embargo, Él les sobrepasaba. Estaba en medio de ellos, y ellos, con su silencio, admitían que no encontraban culpa alguna en su Persona.

Entonces Él se volvió hacia ellos y les dijo: «Quiero hacerles una pregunta, ya que son teólogos: ¿es legal hacer el bien en el día de reposo?». Aquella pregunta contenía todo un mundo de acusaciones. Mediante esa pregunta, les estaba diciendo: «Sé que ustedes son fariseos, y sé que son estrictos con la ley. Sé que llevan a sus hijos al templo cuando tienen ocho días de vida para circuncidarlos, y vuelven a llevarlos cuando cumplen los 12 años, para confirmarlos. Sé lo que hacen con ellos y sé qué son ustedes. Sé que son religiosos, y conozco sus corazones fríos y duros. No les importan nada los ciegos y los pobres que yerran de un lado para otro».

Entonces, para frotar con sal las heridas de aquellos religiosos temblorosos y agitados, les dijo: «¿Quién de vosotros, si su asno o su buey cae en algún pozo, no lo sacará inmediatamente, aunque sea en día de reposo?» (Lc. 14:5). Todos sabían

que lo harían. Habían manipulado la ley de tal manera que les permitía ahorrar dinero el día de reposo, pero sus corazones no lograban creer que se podía salvar una vida humana. Él sabía todo eso; lo grabó a fuego en sus mentes, y se miraron unos a otros hasta que no pudieron soportarlo más, y entonces bajaron la vista y guardaron silencio.

T. DeWitt Talmage (1832-1902) contó la siguiente anécdota. Un universalista acudió a determinado vecindario, con la intención de fundar una iglesia de su credo. De modo que se puso a investigar la zona y preguntó si en los alrededores vivía algún universalista, y le dijeron: «Sí, antes vivía uno».

Aquel hombre fue a visitarle, y le dijo que tenía intención de fundar una iglesia de esa denominación en la zona, preguntándole si él le respaldaría.

El hombre le dijo: «Es cierto que soy universalista, pero soy ligeramente distinto a usted. Usted cree en la salvación universal de todas las personas, pero yo he rodado bastante por este mundo; he vivido muchos años, y me han traicionado, engañado, explotado y herido hasta el punto en que he llegado a creer en la condenación universal de todo el mundo».

Me dan miedo esas personas respetables, santas, independientes, que tienen dinero, se visten bien, reciben una buena educación, hablan bien y leen buenos libros, pero no les importa en absoluto esa humanidad que les rodea por todas partes. Les son indiferentes los pobres y los angustiados. Me da miedo la santidad distante, esas mujeres encantadoras que no prestan atención a las mujeres que las necesitan. Esos hombres respetables con dinero, que se mantienen alejados de un hombre que les necesita desesperadamente.

Jesús sanó al hombre marcado por muerte, y le dejó marchar. No sé qué le hizo, pero se acercó a aquel hombre que tenía los ojos saltones, las células anegadas de agua, las piernas pesa-

das e hinchadas. Si aquel hombre lograba ponerse en pie, era con mucho esfuerzo. Quizá ya no podía ni sostenerse en pie. Era simplemente un cuerpo voluminoso tumbado en el suelo. No conocían ninguna manera de ayudarle, pero Cristo sí.

Cristo se compadeció de las ovejas que no tenían pastor. Apartó a Eliseo del arado, a Pedro de la pesca, a Pablo del tribunal supremo, a Agustín de la religión perversa. Tomó a John Bunyan, John Newton, Charles Finney y Billy Sunday. Los cautivó a todos, de esa manera que solo Él conoce.

A menudo la gente se me acerca y me dice: «Sr. Tozer, le he oído hablar, he leído sus libros. Ahora, dígame cómo se hace». Ese mero hecho ya les descalifica.

Existe un punto en que ningún predicador puede ayudarle, y donde un trabajador personal resulta inútil. Hay un momento en que el alma ve un abismo negro, y Dios salta a esa sima tenebrosa.

Todo aquel que limite esta obra a una mera sanación física está a un millón de kilómetros de la verdad. A veces Cristo sana físicamente, y tras la muerte nos libera. Dio a aquel hombre moribundo la ayuda que necesitaba. Eso es la conversión. No sé cómo lo hace; solo sé que lo hace, y solo puedo señalar y decir: «Él es la Persona a la que acudir». Después de eso, usted debe avanzar por su cuenta, y Él le asistirá.

Hay una postura muy extendida, de la que he oído hablar hace poco, que dice: «La religión no es más que un cambio de cárcel». Usted está en una prisión, y entonces se hace religioso y cambia la cárcel del mundo por la religiosa. No es más que un traslado de una cárcel a otra. Si alguien le dice «Yo estaba en la prisión del mundo y ahora estoy en la de Cristo», avergüéncese. Sacuda su mano para ver si pende de ella una cadena. Mueva un poco los pies, a ver si va sujeto a una bola y una cadena. Alce la vista, a ver si ve barrotes de acero. Mire al suelo, a ver si está hecho de losas. Salga por ahí a ver si alguien le detiene diciéndole

«¿Quién anda allí?». Usted es tan libre como un ave que vuela y canta en el diáfano cielo azul.

La mejor respuesta para el comentario de que la religión es un cambio de cárcel es preguntar a las personas que conocen a Dios si es así o no. La única libertad que he conocido en todos mis años de vida es la libertad que me da Jesucristo. Y si renunciase a Él y me apartara de todo lo que creo, sería la víctima de mi suerte y de mi orgullo, mi temperamento y mi actitud resentida, mi disposición a odiar y mi miedo. Estaría rodeado de unos barrotes que no podría aserrar ni en mil años. Pero cuando él me encontró, también me dijo: «Ahora, camina».

El cristiano es el ser más libre del mundo. Es libre para ser bueno y generoso; libre para ser libre; libre del miedo y libre de la venganza. Es libre.

El significado de la palabra «redención» es triple. Significa comprar en el mercado, comprar algo del mercado y liberar. Jesús compró al hombre con su propia sangre, porque más tarde moriría por él. Le sacó del mercado; ya no estaba en venta. No llevaba ninguna etiqueta que dijese que estaba rebajado o estropeado. No había ninguna etiqueta que dijese: «Oferta del día». Usted no lleva ninguna etiqueta, ni con precio ni sin él. Hubo un tiempo en que llevaba una etiqueta con un precio que nadie podía pagar.

Los serafines no tenían suficiente fuego, y la pureza de los querubines no bastaba. Los ángeles y los principados, las potestades y los santos no tenían el oro y la plata suficiente. Usted no fue redimido con cosas corruptibles, sino con la sangre del Cordero de Dios, quien sin mancha y sin contaminación fue a la muerte. Ése fue el precio. Nadie podía pagarlo, pero Él lo hizo. Podía tomar a aquel hombre, convertirlo y dejarle libre, porque pagó el precio por él, potencialmente y en la realidad.

¿Ha sido capturado por el Señor Jesucristo? ¿Ha sido convertido y liberado? Si no es así, puede que usted sea la víctima. Tal

vez solo sea el miembro de una iglesia, un miembro formal de una iglesia, rodeado de aquellos que le hacen sentirse bien aun cuando usted no lo está.

No me pida que le revele el truco, porque no existe. Usted va a Jesucristo tal como usted es: cansado, trabajado y triste. En Él encontrará un lugar de reposo, y le alegrará. Venga con su ceguera, y Él le dará la vista. Venga con su sordera, y le hará oír. Venga con sus cadenas, y Él le dará libertad.

Gracias a Dios por el Hombre Fuerte que caminó entre ellos. Aquellos expertos en los textos sagrados, aquellos fariseos, hubieran arrastrado aquel gran cuerpo cansado, lo hubiesen metido en un agujero y habrían pronunciado algunas palabras en hebreo; se hubieran lavado las manos, marchándose luego y diciendo: «Ya está todo hecho». Eso es todo lo que tenían; eran los líderes religiosos de su tiempo, pero lo único que podían ofrecer era una tumba. Pero Jesucristo desplazó esa tumba a muchos años en el futuro, y dio a aquel hombre una vida larga y feliz. Aquel hombre pudo vivir con el dulce conocimiento de que el Mesías había venido y le había liberado.

¿Elegirá una religión o a Cristo? ¿Qué será, el *iglesianismo* o Jesucristo? ¿El orgullo o la humildad en Jesucristo? Por lo tanto, humillémonos bajo la mano poderosa de Dios. Jesús no caminará con los orgullosos y los despectivos; por lo tanto, humíllese para caminar con Dios.

¡Oh, amor profundo!

Latín, siglo XV

Traducción de Benjamin Webb (1819-1885)

¡Oh, qué amor profundo, tan ancho y tan alto,
que toma el corazón con dulce asalto!

¡Que Dios, de Dios el Hijo, por su amor
se hiciera carne por salvar al pecador!

No envió ángel alguno a nuestro mundo,
que habitase lugar alto o profundo;
Él en persona tomó nuestro vestido,
para venir a vivir en un mundo perdido.

Por nuestro bien bautizado, soportó
ayuno santo, también hambre padeció;
le fue conocida la aguda tentación,
y en nuestro beneficio derrotó al tentador.

Cual tierno Maestro, por nosotros rogaba,
por quien todos los días sus manos trabajaban;
con palabras, señales y acciones sin fin
siempre por nosotros, nunca para sí.

Por nosotros fue a malvados vendido,
humillado, insultado, de púrpura vestido;
soportó por nosotros la cruz indecorosa,
por nosotros entregó su vida tan preciosa.

Resucitó de los muertos para nuestro provecho,
y subió para ser Rey de los cielos perpetuo;
desde donde envió su Espíritu de vida,
que guía, fortalece, exhorta y examina.

A aquel cuyo amor, sin fin y sin medida,
a través de su Hijo nos otorgó la vida,
a Dios el Padre eterno, por toda su bondad,
demostramos la gloria ahora y por la eternidad.

CUIDADO CON EL JUEGO DE PALABRAS RELIGIOSO

Pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros.

1 TESALONICENSES 1:5

De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.

2 CORINTIOS 5:17

Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto: Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto.

APOCALIPSIS 3:1

El primer pasaje (1 Ts. 1:5) dice que el evangelio puede expresarse de dos formas. Puede manifestarse sólo en palabras, que están vacías, o puede venir con poder, de modo que tenga una eficacia moral. Pablo sabía que el mensaje del evangelio había llegado a los tesalonicenses con eficacia, con poder moral, y como justificación decía que ellos habían recibido una certidumbre plena, convirtiéndose en seguidores de Cristo, al recibir la Palabra en

medio de su aflicción. Nada podía hacerles retroceder. Disfrutaban de un gozo extraño y sobrenatural, al que Pablo llamaba «el gozo del Espíritu Santo»; y pasaron a ser no solo seguidores, sino también ejemplos para las otras iglesias, desde las cuales proclamaron la Palabra del Señor. Se convirtieron en una iglesia misionera.

Si es cierto que esto es lo que sucede cuando la Palabra viene con poder —y el texto abre la puerta a la creencia de que la Palabra puede venir nominalmente y sin poder—, entonces lo contrario también es cierto. Sin el poder del Espíritu Santo, las personas se convertirían al cristianismo mediante una decisión, pero sin mucha certidumbre, y no serían seguidores del Señor excepto en el nombre. Cuando llegara la aflicción no se la tomarían muy bien, ni tendrían demasiada alegría; deberían estar siempre fomentándola, porque no duraría mucho tiempo. Tampoco serían muy buen ejemplo; en lo tocante al celo misionero, serían tibios. Ésta es una buena explicación en este punto, y la encontramos en este versículo de Tesalonicenses.

El segundo pasaje (2 Co. 5:17) dice que el efecto del evangelio, además de lo que dijo Pablo en Tesalonicenses, es que cuando se recibe con poder regenera la naturaleza de la persona. «Generar» significa crear, y «regenerar», crear de nuevo. Esto es lo que hace la Palabra cuando se recibe con poder; las cosas viejas de la primera generación, es decir, la primera Creación, pasan, y todo se renueva. Un conjunto de cosas nuevas sustituye a las viejas, que quedaron atrás cuando el Espíritu Santo regeneró el corazón para creer en el evangelio.

El tercer pasaje (Ap. 3:1) dice que hay quienes han escuchado el evangelio y son llamados cristianos, pero que solamente lo son de nombre. Eso es lo que significa «nominal». No han experimentado un cambio fundamental, y siguen siendo viejos; siguen muertos.

El motivo que tiene Dios para regenerarnos es que el pecado se manifestó, y morimos, y Él tiene que hacer por segunda vez esa obra vivificadora para que podamos vivir. Pero hay algunos que solo han cambiado de nombre. Su esencia sigue siendo la misma. Aún pertenecen a la antigua vida, y el Espíritu Santo dice que tienen nombre de que viven, pero en realidad están muertos.

Ésta es una exégesis breve de estos tres grandes versículos. Quiero que entienda qué significa que el evangelio venga en palabras, y luego el significado de que venga con poder. Luego hablaremos del peligro que supone que venga sólo con palabras, sin poder, y qué deberíamos hacer al respecto.

El cristianismo nominal

Algunos creen el evangelio, pero solo por encima. Nuestro Señor Jesús enseñó esto en Israel; dijo: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad» (Mt. 23:27-28).

Se miraron unos a otros, estiraron sus largas barbas y decidieron que, a la mayor brevedad posible, y sin provocar disturbios callejeros, matarían a Jesús. Al final lo lograron, pero Dios le resucitó de entre los muertos al tercer día y le sentó a su diestra. Ellos pensaban que estaban enviando a un hombre a la muerte, pero era Dios quien ofrecía un sacrificio. Ésta es la diferencia. Éste es el aspecto irónico de luchar contra el Señor Jesucristo.

La consecuencia de ser un cristiano nominal, sólo de nombre, es la tendencia a usar las palabras de manera equivocada,

liarse con juegos de palabras religiosos. Hoy día, en demasiados lugares, la religión cristiana ha quedado reducida a un juego de palabras.

Algunos dicen: «Eso lo sé muy bien, porque solía pertenecer a tal o cual denominación. Sé que entonces era cierto, y estaban muertos como piedras. El pastor no creía en el nacimiento virginal». Alguien más añade: «Yo solía asistir a una iglesia en la que no creían que Moisés escribió el Pentateuco. Eran granujas, liberales».

Pero el Espíritu Santo no habla de liberales ni de personas que niegan la verdad de las Escrituras. Habla de personas que admiten la verdad de la Biblia y reciben el evangelio como un hecho, y no lo niegan, sino que lo respaldan, lo siguen y destituirían a un pastor que no lo predicase. Pero sólo les ha llegado en palabras, porque su religión no es más que un juego de palabras.

Jugando con las palabras

Un juego es algo en lo que usted participa cuando crea un problema y luego se divierte resolviéndolo. Sé un poco de béisbol, así que lo usaré como ilustración. El béisbol crea un problema y luego invierte millones de dólares en resolver ese dilema que no existía hasta que alguien lo creó.

Se dice que fue Abner Doubleday (1819-1893) quien inventó el deporte que hoy día llamamos béisbol. Él dijo: «Voy a decirles qué haremos. Crearemos un problema y luego lo resolveremos. Situiremos a un hombre en un terreno de juego y colocaremos a otro a unos 20 metros de él; este segundo hombre deberá atrapar la pelota que le lance el primero. El problema consiste en que el hombre que tiene la pelota debe lanzarla para que otro la atrape, pero mientras tanto, para complicarle la labor de lanzar la pelota al otro, situaremos en el campo a un tipo que lleve un

bate. Este hombre del bate estará entre los dos, intentando que la pelota no llegue al guante de quien debe recogerla. Ése es el problema sobre el que construiremos el juego. Uno de los jugadores se llamará *lanzador*, y tendrá que tomar impulso y lanzar la pelota al otro hombre, que la atrapará. El tipo que esté entre los dos tendrá que evitar que el *receptor* atrape la pelota».

Y así se creó el juego del béisbol. Los juegos funcionan así. Tienen un problema que antes era inexistente. Existía la poliomielitis, el cáncer, la guerra y la hambruna, pero ellos tenían que crear un problema y luego hacer que los hombres más sanos del mundo lo resolvieran.

El jugador lanza la pelota, y el hombre del bate intenta alcanzarla de un golpe. Si logra acertarle, el problema se resuelve a su favor. Se lo pasa bien. Oyen el sonido de la pelota contra la madera y dicen: «Creo que suena a *home-run*». Sin embargo, hay otros ocho jugadores empeñados en que no obtenga esa solución. Como quieren ganar ellos —son el lanzador, el campocorto, los tres hombres que están en las bases y los tres colocados en el campo—están preparados para atrapar la pelota; y si alguien puede atraparla antes de que toque el suelo, el bateador queda eliminado.

Invertimos millones de dólares para resolver este problema, cientos de veces durante las tardes de sol. Es un juego, y a algunas personas les gusta jugar.

Uno de los factores de un juego es que nadie sale mejor o peor, independientemente del resultado. Si el bateador gana, no está mejor que antes; simplemente, se va a su casa. Y si a su mujer no le gustaba antes, tampoco le gustará ahora. Si tenía deudas, seguirá teniéndolas; si estaba enfermo, seguirá estándolo; estuviera como estuviese, no ha mejorado, y el otro jugador tampoco.

Incluso en los Juegos Olímpicos, los atletas compiten unos con otros, pero todo es un juego, y cuando éste acaba todos vuel-

ven a sus casas. Nadie está mejor ni peor que antes, porque crearon sus problemas antes de enviar a los atletas a resolverlos.

Cuando los canadienses y los estadounidenses lucharon contra Hitler, era importante quién ganase, porque hay una diferencia entre la esclavitud y vivir de rodillas. Era la diferencia que hay entre participar en un juego o librar una guerra.

Dentro de la esfera de la religión, la tentación radica en considerarla un juego de palabras. En lugar del béisbol o el fútbol, tenemos otros juguetes que usamos por doquier, como las palabras. Escribimos libros, los compramos, los editamos y los estudiamos con esfuerzo. Editamos revistas y las compramos; nos suscribimos a ellas. Escribimos canciones, las cantamos. Redactamos oraciones y las recitamos. Predicamos sermones y los escuchamos.

Por supuesto, todo esto exige un alto grado de actividad, y una tremenda cantidad de dinero, mucho sudor y muchos inconvenientes. Sin embargo, son muchos los que se dedican al juego de palabras de la religión. No supone ninguna diferencia. La señal reveladora es que el juego de palabras religioso no cambia fundamentalmente a nadie; la gente sigue siendo básicamente lo que era antes.

En cierta ocasión una universidad patrocinó una encuesta: tomaron a 100 hombres que iban siempre a la iglesia e investigaron los estándares éticos que aplicaban en sus negocios. Luego tomaron a otros 100 hombres que no iban nunca a la iglesia y analizaron su ética, para ver cómo dirigían sus negocios.

Al cabo de cierto tiempo, y después de gastar mucho dinero y realizar una gran investigación, dijeron: «Por lo general, no existe ninguna diferencia entre los estándares éticos laborales del hombre religioso, que va a la iglesia, y el hombre no religioso que nunca cruza sus puertas».

No somos más que seres humanos, vivamos donde vivamos e independientemente de nuestra nacionalidad. Por lo tanto, ¿qué hay de esos 100 hombres sometidos a investigación? Se dedican a un juego de palabras. Van a la iglesia, puede que sean ujieres, y suben y bajan por el pasillo, con un aspecto digno y con un broche en la solapa. O son predicadores que se levantan, toman un texto, respiran profundamente y predicán la Palabra, y la gente dice: «¡Qué sermón tan estupendo!». Estrechan la mano del predicador y le dicen «Ha sido de bendición», y luego se van. A la mañana siguiente su ética laboral no se ha modificado ni un ápice. El pastor, sencillamente, se ha divertido con un juego de palabras.

Creemos un problema y lo resolvemos. Lanzamos una pelota y alguien armado de un bate la golpea; y cuando ha acabado todo, decimos: «¡Caramba! Nuestra iglesia está creciendo, y somos conocidos en la ciudad. Somos una gran iglesia, ¿a que sí? Vamos a ver qué podemos hacer para tener incluso mejor fama».

No quiero tener nada que ver con este juego de palabras religioso. No quiero que nadie me engañe con la irrealidad. No quiero que venga nadie y me halague si no siente un verdadero deseo de hacerlo. No quiero que nadie me mienta en nombre de la etiqueta o me pida dinero para respaldar algo en lo que no creo en absoluto. No quiero que nadie me pida que crea en una religión que debo aceptar basándome en la autoridad de otros. Si Jesucristo no puede cambiarme, si mi cristianismo no es real, si el problema al que me enfrento no es un problema real, si no conlleva el cielo, el infierno, la muerte y la tumba, entonces no quiero desperdiciar mi tiempo. Prefiero dar un paseo y escuchar el canto de los pájaros a escuchar a un hombre que predica, que intenta apaciguarme o exponerme un problema que no existe y luego jugar con él. Esto es lo que sucede constantemente.

Lo que pone al descubierto este juego de palabras religioso es que una persona dice que es fundamentalmente distinta, pero su vida está motivada por los mismos viejos principios de siempre. Viene un hombre que dice que es cristiano y quiere formar parte de la iglesia. Pero sus apetitos naturales son los mismos; solo los ha refinado un poco, nada más que eso. Su egoísmo no ha quedado destruido, solo es menos flagrante de lo que era antes. Es posible que un egoísta obtenga una educación universitaria y se convierta en un egoísta refinado, que sea hábil para ocultar el hecho de que es un egocéntrico. Aún puede refinarse más si se convierte. La Palabra del Señor vendrá a él, pero no con poder; lo único que hará es depurar su egoísmo.

Es el tema del egocentrismo. Es exactamente la misma persona egocéntrica que era antes; lo único que ha hecho es sanear un poquito su egoísmo. Le gustan los juegos tanto como antes, se frota las manos cuando ingresa dinero, pero ahora le da un poco al Señor —deduciéndolo del impuesto sobre la renta— y siente que es un santo. Pero lo único que ha conseguido es lo que haría cualquier pecador.

El problema es que las raíces de su vida no han cambiado, motivo por el cual estamos medio muertos. Por eso estamos donde estamos, porque las raíces de nuestra vida siguen igual. Crecemos con la misma vieja raíz que teníamos antes de ser personas religiosas, pero llevamos bajo el brazo un himnario o una Biblia. Por eso la inmensa mayoría de cristianos es tan ineficaz.

El diablo piensa lo que dice, y no está para juegos; los cristianos a menudo sí, pero el diablo jamás. Los cristianos juegan con las palabras, pero el demonio no juega nunca. Cuando el evangelio llega con poder, dejamos de jugar; es real. No imagine ni por un instante que puede dedicarse a un juego de palabras en la Iglesia de Cristo y salirse con la suya. Dios no acepta que

hagamos el tonto, que juguemos con las palabras, los himnos, los sermones o los libros.

¿Qué le sucede a un hombre que realmente nace de nuevo? En los círculos evangélicos usamos la expresión «nacer de nuevo». La hemos usado hasta el punto de que ya no tiene sentido. Está tan gastada como una moneda de 1914, pero sigue estando en la Biblia. Es necesario nacer de nuevo. Es decir, que usted debe ser regenerado, hecho una nueva criatura. Son las mismas palabras, o una palabra distinta que significa lo mismo. Y cuando un hombre ha sido regenerado, está renovado, reconstruido, recreado, renacido, nacido de lo alto, nacido de nuevo, ¿qué le sucede de verdad?

El cambio de vida radical

Cuando la religión deja de ser un juego y se convierte en una realidad seria, cuando en lugar de jugar se libra una batalla, la Palabra de Dios ha venido con poder, y sucede una serie de cosas.

Nuevas prioridades

La persona, de inmediato, cambia *de lo externo a lo interno*. Nuestro problema es la exteriorización. Los fabricantes de automóviles hacen que los propietarios pobres estén siempre inquietos, y lo consiguen cambiando tan solo un pequeño botón, de modo que el dueño del vehículo tenga un dispositivo antiguo. «Lo compré hace solo un año, pero ya tengo que cambiarlo». Todo es externo. Si su casa es de una sola planta y un amigo suyo tiene un dúplex, usted estará inquieto hasta conseguir lo mismo que él.

La Palabra que viene a nosotros con poder nos cambia de lo externo a lo interno. Nuestras esperanzas, nuestros intereses, todo aquello que nos absorbe y en lo que participamos son cosas

internas, no externas. Y vemos lo vacío del aspecto que tienen las cosas que se forman.

Las Escrituras nos dicen que «Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón» (1 S. 16:7). Y el nuevo hombre ve la trascendencia de las cosas que son eternas, y la decadencia de las temporales, que pertenecen al mundo. Percibe la insuficiencia de todo lo que es intelectual, mientras capta el valor de las cosas que son de arriba. No hace falta que tenga estudios. No hace falta que tenga cultura; solo es preciso que nazca de nuevo. Y cuando el Espíritu Santo lo regenera, lo entiende así. El Espíritu Santo transfiere sus intereses a una esfera nueva: el reino de Dios. Su amor pasa de centrarse en sí mismo a centrarse en Dios; ahora se entrega a honrar a otro. Antes se dedicaba amargamente a honrarse a sí mismo, pero ahora se compromete a honrar a Dios. Y aquí también cambia. Solía desear la aprobación de los demás. Quería que la gente le alabase, y ahora todo eso ha cambiado. Desea que sea el Dios Todopoderoso quien le apruebe.

Mientras el hombre es natural, quiere ser popular; pero cuando nace de nuevo, dice: «Ahora ya no me importa tanto la gente, sino que quiero que Dios me apruebe. Quiero que Dios diga en aquel día: “éste es mi hijo amado, en quien tengo mi complacencia”. Y puedo permitirme soportar los ataques furiosos de los hombres, siempre que tenga paz con Dios».

De propietarios a administradores

Otro cambio en la persona es que su *actitud hacia los bienes terrenales* cambia por completo. Ya no se siente dueño de nada. Siente que es un administrador, que disfruta de algo pero sólo durante un tiempo.

Cuando este cambio tiene lugar en su vida, se produce una enorme diferencia. No quiere decir que usted tendrá menos bie-

nes materiales, sino que tendrá una actitud distinta hacia ellos. Algunos cristianos tienen un «complejo de Dios», son propietarios, son dueños de un lugar, dan a Dios una parte de éste y sienten que le han hecho un favor. Supongo que es así, pero hay otras personas que son bendecidas y lo ven de otra manera. Dicen: «Oh, Señor, no soy un propietario, sino un administrador. Todo esto es tuyo, y yo te sirvo. No te doy una parte de lo que es mío, sino que te devuelvo lo que es tuyo, y tú me das lo suficiente para cuidar de mi familia y de mi negocio».

Ésta no es solamente una actitud distinta, sino también la única correcta. Mientras imaginemos que poseemos algo, esto nos condenará. En cuanto sabemos que no poseemos nada, todo es de Dios. Eso es lo que le pasa a una persona cuando se hace cristiana.

Un nuevo código moral

Otro cambio significativo es que una persona recibe y vive según un nuevo código moral. Me duele la situación que se vive en la Tierra en nuestra época. Los misioneros que salen a predicar, Dios los bendiga, luchan menos con el diablo que con la tarea de cambiar estándares. En los primeros días, el misionero que se encontraba con el jefe de una tribu que tenía nueve esposas, le decía: «Líbrate de todas menos de la primera».

Ahora hablamos de cultura. «Muy bien, pero es que eso es contrario a su cultura. No podemos imponerles nuestra cultura». Hoy día se excusa un caso de adulterio flagrante. Los psicólogos, psiquiatras, sociólogos y profesores han convertido el pecado en algo bonito e irreal, diciendo: «Es una cultura diferente, eso es todo».

Sodoma también tenía una cultura distinta. Cuando llegó un extranjero una noche, dijeron: «¿Dónde están los varones que vinieron a ti esta noche? Sácalos, para que los conozcamos»

(Gn. 19:5). Los ángeles de Dios entraron en acción y le dijeron a Lot: «Nosotros nos ocupamos de ellos». Más tarde, descendió fuego del cielo y redujo a cenizas la ciudad entera.

Si el evangelio no transforma a un hombre, le regenera y borra su pecado, entonces es que no lo ha recibido con poder. El evangelio es un poder transformador; de otro modo, tenemos aspecto de estar vivos pero estamos muertos.

Había un gángster en California que se enteró de la campaña que hacía Billy Graham y decidió ir a escucharle. Demostró cierto interés por el evangelio e incluso habló con el evangelista. Al final, el Sr. Graham le dijo: «Si entrega su corazón a Cristo Jesús tendrá que cambiar algunas cosas».

Él le preguntó: «¿Tendré que renunciar a mi religión judía?».

Billy Graham repuso: «Tendrá que convertirse al cristianismo».

Bueno, pues aquel hombre se enojó mucho y no volvió jamás. No estaba dispuesto a renunciar a su religión por Cristo.

Puede que alguien diga: «Muy bien, pues dígame que no, que no tiene que cambiar nada, solo creer en Cristo». Gracias a Dios, Billy no lo hizo. Perdió un amigo e hizo un enemigo, pero mantuvo sus manos limpias respecto a este asunto.

Un hombre que realmente ha nacido de nuevo vive según un código moral nuevo. No necesita ir al psiquiatra, al psicólogo, al sociólogo o al antropólogo y decir: «¿Qué piensa usted del Sermón del Monte?».

Un filósofo griego reunió en torno a sí a un grupo de jóvenes que creían por completo en él. Si él decía algo, es que era así. No hacía falta indagar más en el tema. Yo nunca conocí a un filósofo en el que confiara tanto, pero conozco a un hombre en el que sí confío. «Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios» (Lc. 1:35).

Puedo confiar en Él. Mi código moral es Cristo. «Habéis oído decir tal y cual cosa, pero yo os digo...». Él lo dijo, y ése es nuestro código moral. No vamos a consultar con el filósofo, a ver qué pensaba Schopenhauer sobre el tema. Me da igual lo que dijera ese viejo granuja sobre esta cuestión. Ni siquiera me importa lo que dijera Platón. Jesucristo es quien me salva; Él es quien me transforma; Él es quien está allí, con las manos sangrantes, rogando por mí. Él es quien me levantará de los muertos; es quien será mi abogado en los cielos, en calidad de mi Salvador junto al trono del amor.

El cristiano no le pregunta a otro: «¿Dijo eso Jesucristo? Vaya, pues entonces voy a obedecerle». En todas las cosas, actúa basándose en ello, lo vive, no solamente en su vida pública, sino en todas las facetas, en privado tanto como en público. Si realmente ha nacido de nuevo, a cualquier coste para su persona seguirá a Jesucristo y llevará su cruz, le cueste lo que le cueste en bienes, sufrimientos o incluso su propia vida.

Existe el peligro de quedarse cortos en este sentido. Hay millones que tienen aspecto de estar vivos, pero están muertos. Dicen que son los liberales. No, los liberales no tienen nombre de vivos, no pretenden estarlo. Dicen: «Yo no creo en esas cosas. Creo que uno debe ser bueno, simplemente, avivar los fuegos interiores y amar al prójimo; sea usted bueno y todo irá bien».

No estoy hablando de los liberales, sino de las personas que se supone que son cristianas pero que nunca han recibido el evangelio con poder, sino solo en palabras. Nunca ha venido a ellos con poder porque no manifiestan ninguno de los frutos del poder.

Nadie piensa que esto puede ser cierto de sí mismo. En esta hora terrible vale la pena que escudriñemos nuestro corazón. Lo único seguro que se puede hacer es someterse al poder del evangelio. Sométase a las palabras de Jesucristo para su vida, en el

hogar, la vida laboral, sus bienes, su vida privada y personal, su vida secreta. Entréguelo todo y no excluya ninguna área de su vida, aunque sea tan pequeña como un sello de Correos; no se la deje al diablo. Entréguelo todo a Jesucristo... *todo*.

Usted me dirá: «Me costará el empleo». Muy bien, Dios le encontrará otro trabajo. «Joven fui, y he envejecido, y no he visto justo desamparado, ni su descendencia que mendigue pan» (Sal. 7:25). Alguien podrá decir también: «Pero si sigo al Señor acabaré en prisión». Muy bien, pues vaya a la cárcel y cante como lo hicieron Pablo y Silas. «Perderé bienes». De acuerdo, piérdalos. Es mejor vivir en un apartamento alquilado y humilde que tener una mansión en una gran avenida, plagada de interrogantes, incertidumbres y suciedad moral. Es mucho mejor tener una vida limpia, pagar las deudas, confesar, que no seguir adelante encubriéndolo todo, tener nombre de vivo y estar muerto.

Recuerde que la Palabra puede venir sin poder, haciendo que parezcamos vivos y estemos muertos. Pero la Palabra puede venir con poder para transformar, cambiar y regenerar, haciendo que las cosas viejas sean nuevas, y haciéndonos ejemplos para el mundo. ¿Qué prefiere usted?

Cómo en su sangre pudo haber

Charles Wesley (1707-1788)

¿Cómo en su sangre pudo haber tanta ventura para mí,
Si yo sus penas agravé y de su muerte causa fui?
¿Hay maravilla cual su amor? ¡Morir por mí con tal dolor!

Nada retiene al descender, excepto su amor y su deidad;
Todo lo entrega: gloria, prez, corona, trono, majestad.
Ver redimidos es su afán los tristes hijos de Adán.
¿Hay maravilla cual su amor? ¡Morir por mí con tal dolor!

Mi alma, atada en la prisión, anhela redención y paz.
De pronto vierte sobre mí la luz radiante de su faz.
¡Cayeron mis cadenas, vi mi libertad y le seguí!
¿Hay maravilla cual su amor? ¡Morir por mí con tal dolor!

¡Jesús es mío! Vivo en él; no temo ya condenación.
Él es mi todo: paz, salud, justicia, luz y redención.
Me guarda el trono eternal; por Él, corona celestial.
¿Hay maravilla cual su amor? ¡Morir por mí con tal dolor!

LA NATURALEZA DEL REINO DE DIOS: NO SOLO EN PALABRAS

Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder.

1 CORINTIOS 4:20

Pablo aceptó su autoridad como principal apóstol del Señor por diversos motivos, el principal de los cuales era el de recibir y conformar la verdad para la Iglesia. Pablo había recibido la revelación directamente de Dios de la manera que Jesús habló a sus discípulos. Jesús dijo: «Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir» (Jn. 16:12-13).

Cuando Ananías oró por Pablo, fue lleno de ese mismo Espíritu Santo (véase Hch. 9:17). Luego fue nombrado por el Señor para elaborar un sistema y un estándar de calidad para la Iglesia. Quizá lo más importante de todo, Pablo debía mostrar, mediante su ejemplo, lo que era la forma de vida cristiana. Pablo dijo: «Por esto mismo os he enviado a Timoteo, que es mi hijo amado y fiel en el Señor, el cual os recordará mi proceder en Cristo» (1 Co. 4:17).

Ahora bien, había hombres cismáticos que desafiaban la autoridad de Pablo; enseñaban que Pablo no era un verdadero

apóstol, alegando que nunca vio al Señor. Su argumento sostenía que los otros apóstoles caminaron con Jesús, pero aquel hombre, Pablo, nunca lo hizo; llegó después de la muerte y la resurrección de Jesús. Pasaban por alto la visión que tuvo Pablo de Jesús, «como uno nacido fuera de tiempo» (1 Co. 15:8, LBLA). Aquellos hombres cismáticos, divisores de la Iglesia, tenían que repudiar la autoridad de Pablo para afirmar la suya propia. Por lo que respectaba a Pablo personalmente, aquello le daba igual. Dijo: «Yo en muy poco tengo ser juzgado por vosotros, o por tribunal humano; y ni aun yo me juzgo a mí mismo» (1 Co. 4:3).

Pablo sigue diciendo: «ni aun yo me juzgo a mí mismo... pero el que me juzga es el Señor» (véanse vv. 3-4). Pero Pablo sabía que, si pretendía ejercer cierta influencia, tendría que establecer su autoridad. Por lo tanto, Pablo envió a Timoteo para enderezarlos, y al final les dijo: «He dicho antes, y digo ahora otra vez como si estuviera presente, y ahora ausente lo escribo a los que antes pecaron, y a todos los demás, que si voy otra vez, no seré indulgente» (2 Co. 13:2). Pablo se negó a escuchar a aquellos cismáticos, tan llenos de su propia importancia. ¿No es extraño que no haya nada nuevo debajo del sol?

Muchos de nosotros pensamos que somos originales, pero el único original fue Adán. Y si encuentra usted a orgullosos, personas que se creen muy importantes, Pablo escribió sobre ellos: «Mas algunos están envanecidos, como si yo nunca hubiese de ir a vosotros. Pero iré pronto a vosotros, si el Señor quiere, y conoceré, no las palabras, sino el poder de los que andan envanecidos» (1 Co. 4:18-19).

La forma no es la esencia

Esto es lo que deseo subrayar especialmente. El reino de Dios no radica en palabras. Me cuento entre los pocos que intentan decir

esto a la Iglesia actual. Hay unos pocos que se dan cuenta, pero no son muchos. Vemos una palabra en función de la verdad. Las palabras son solamente la imagen externa de la verdad, y nunca pueden ser la esencia interna. Las palabras son secundarias.

Si yo dijese: «Todos los que hablen sueco, que el domingo que viene traigan a la iglesia el Nuevo Testamento; los que hablen alemán, el suyo, y los noruegos, el suyo». Así tendríamos media docena de idiomas diferentes. Les diría: «Ahora, lean el capítulo cuatro de 1 Corintios». Sería toda una revelación escuchar que las palabras son solo secundarias, que lo importante es el significado. En algún punto, en medio de esta disparidad de palabras, hallaríamos un significado espiritual. Seis personas diferentes encarnarían ese significado en seis conjuntos de palabras distintos, que no serían parecidos ni por casualidad. Debemos recordar esto.

El reino de Dios no son palabras. Las palabras son contingentes, nunca pueden ser fundamentales. Cuando el mundo evangélico dejó de subrayar los significados eternos y comenzó a enfatizar las palabras fundamentales, cuando pasó de los significados a las palabras y del poder a ellas, empezó a ir cuesta abajo.

Existe una esencia de la verdad, que puede adoptar la forma de palabras como la semilla de una nuez sigue la forma y la configuración de la cáscara. Pero la cáscara no es la semilla, ni viceversa; de modo que, aunque la verdad adopta la forma de las palabras, en ocasiones la abandona. Es una gran herejía sostener que la forma es la esencia y expresar el reino de Dios con palabras, de modo que si uno entiende bien las palabras entiende bien todo lo demás, y si uno consigue una serie mejor de palabras, disfruta de más verdad. Esto no es necesariamente cierto.

Las palabras engañan incluso a los cristianos sinceros. Nos parece que hilvanar palabras proporciona cierta seguridad. Algunos creen que a Satanás se le puede asustar musitando deter-

minadas palabras. Por favor, ¿podría decirme por qué el diablo debería asustarse de unas palabras? El diablo, que es la esencia misma de una sabiduría antigua y creada, quien disfrutaba de la perfección de la belleza y de la plenitud de la sabiduría, y cuyo poder radicaba en su astucia y su capacidad intelectual... ¿Puede decirme cómo es que el diablo, de repente, se vuelve tan estúpido como para asustarse de una palabra, un ademán o un símbolo?

Para mantener alejado al diablo, cuelgo una cadena en torno a mi cuello o hago un movimiento con los dedos ante mi rostro. Me pregunto qué haría un hombre sin brazos, qué haría una persona con una amputación si el diablo viniera tras él y no pudiera hacer la señal de la cruz. Pero al diablo no le asustan las palabras ni los símbolos. Puede rodearse usted de símbolos, símbolos religiosos, protestantes, católicos o judíos, pero no se habrá ayudado en absoluto, porque al diablo no le asustan los símbolos. Es más listo que nosotros.

¿Ha visto alguna vez a un niño que se asusta de una máscara? Usted se la pone y el niño se va corriendo y gritando. Si el niño hiciera lo mismo a los 16 años, a usted le daría vergüenza. En cuanto crecemos, sabemos que las máscaras no significan nada, y que las palabras, como tales, carecen de sentido. Imaginamos que, si pronunciamos determinadas palabras, tendremos el poder de hacer el bien. Si decimos otras, podremos con ellas alejar el mal, y salmodiarlas nos hace sentirnos seguros. Si no logramos murmurarlas, estamos perdidos, y si recordamos hacerlo todo irá bien. Eso no es más que paganismo bajo otra forma. Es, como mucho, una pátina de religiosidad.

A los griegos les encantaba la oratoria; amaban el lenguaje culto, y escribieron obras literarias muy buenas. Pablo dijo: «A vosotros, los griegos, os gustan las bellas palabras», pero añadió: «Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debi-

lidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios» (1 Co. 2:2-5).

Deberíamos rechazar esa práctica como algo supersticioso, que no es cristiano en absoluto. Cuando una persona se deshace de esa carga, puede sentirse un poco desnuda intelectualmente. Cuando a un hombre le arrebatan la superstición, por un momento se siente tremendamente desnudo; pero a menos que nos deshagamos de ella, el Señor no puede revestirnos con la verdad.

El poder tras las palabras

El reino de Dios radica en el poder; su esencia es el poder. El evangelio no es la afirmación de que «Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras». El evangelio afirma que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras *MÁS* la aportación del Espíritu Santo en esa afirmación, que la dota de significado y de poder. La afirmación por sí sola nunca conseguirá nada.

Algunas iglesias enseñan el catecismo a los niños desde pequeños, y les enseñan doctrina para que aprendan positivamente las palabras de la verdad. De alguna manera, lo extraño es que no consiguen inducirles al nuevo nacimiento. Hay toda una generación de supuestos cristianos que se saben el catecismo, conocen la doctrina y pueden recitar los evangelios como si fueran la ley, y que aún así nunca llegan a disfrutar del nuevo nacimiento. Nunca alcanzan esa maravilla esplendorosa que es la renovación interior. El motivo es que les enseñan que el poder radica en las palabras, y que quien las domina no tiene problemas.

Pablo alegó: «El reino de Dios no radica en absoluto en las palabras. El reino de Dios se centra en el poder que habita en

esas palabras, y no se puede tener el poder sin las palabras; pero sí es posible tener las palabras sin el poder». Y muchas personas tienen palabras, pero no poder.

El evangelio es el poder del Espíritu que obra por medio de la Palabra. Es la afirmación de que Cristo murió por nuestros pecados de acuerdo con las Escrituras, que resucitó, que fue visto por muchos, que está a la diestra de Dios y que perdonará a quienes crean en Él. Ésta es la esencia del evangelio, pero el poder debe estar en su interior, porque si no carecerá de vida.

Pablo proclamaba una autoridad lejana al hombre. Rechazaba la oratoria, por elocuente que fuese, e incluso le restaba importancia a su postura. Apelaba directamente al poder del Señor resucitado, manifestado a través del Espíritu. Y dijo: «Quiero que sepáis, y os envío a Timoteo para que intente enderezaros y os recuerde que lo que habla es el poder de Dios, no la boca del hombre».

Pablo apelaba al poder del Cristo resucitado. Si la Iglesia evangélica y las personas que la componen no viven un milagro constante, no son cristianos, porque la vida cristiana es un milagro. Es lo que fue el arca de Noé en el momento del Diluvio. Era completamente ajena al Diluvio, y sin embargo flotaba en medio de él. Fue lo mismo que Jesús cuando caminó entre los hombres, en mitad de ellos pero distinto a los pecadores. Dentro del verdadero Cuerpo de Cristo opera una energía constante del Espíritu que lo convierte en un milagro continuo. El cristiano no es alguien que cree solamente; el cristiano es alguien que ha creído con poder.

El poder para revelar el pecado

La actuación de este poder es moral. Tiene la capacidad de exponer el pecado oculto en el corazón del pecador. Nadie será verdaderamente salvo hasta que sepa que es pecador; y nadie

sabr  que es pecador si nos limitamos a amenazarle, advertirle o decírselo. Podemos acercarnos a un hombre y decirle: «Usted es pecador, blasfema, miente y anda por malos caminos. Es usted malo». Sonreir , menear  la cabeza y responder : «Ya, ya s  que no debería hacer esas cosas, pero supongo que todos somos humanos». Usted no le habrá convencido. Puede leer a Platón, Aristóteles, Herbert Spencer y todos los libros de  tica restantes, y demostrarle que est  muy equivocado, y aún así no sabr  lo que significa ser un pecador perdido. Puede amenazarle, diciéndole que si no endereza sus caminos le caer  encima una bomba atómica, y aún así no le convencer . No le habrá dicho nada que él no supiera.

Sin embargo, «cuando [el Espíritu Santo] venga, convencer  al mundo de pecado, de justicia y de juicio» (véase Jn. 16:8). Cuando Pedro predicó en Pentecostés, las Escrituras dicen: «Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos,  qu  haremos?» (Hch. 2:37). Esa palabra, «compungir», es más fuerte y profunda que la palabra «clavar», cuando se nos dice que clavaron una lanza en el costado de Jesús. Las palabras de Pedro, con el poder del Espíritu Santo, penetraron como una lanza, más profundo que aquella lanza que atraves  el corazón de Jesús en la cruz, y que hizo brotar sangre y agua.

El Espíritu Santo no es un tema del que podamos discutir, o una persona de quien podamos decir: «S , bueno, usted crea lo que quiera y yo har  lo mismo». El Espíritu Santo es una necesidad absoluta en la Iglesia. El Espíritu tiene un poder que puede revelar el pecado y revolucionar, convertir y crear hombres y mujeres santos, algo que ninguna otra cosa puede conseguir. Las palabras no pueden hacerlo; las instrucciones, tampoco; una línea tras otra, un precepto tras otro, no lo podrán hacer; se requiere poder. Este poder se traduce en la capacidad de

persuasión, para convencer y aplastar toda resistencia. También es un poder para adorar, que genera reverencia y éxtasis.

Si pudiéramos estatuas a nuestro alrededor, encendiéramos velas y tuviéramos ventanales de cristales de colores, y hubiera en las paredes cuadros que representasen a pastores, altares y demás, y yo entrara vestido con una sotana negra y larga, usted sentiría reverencia. Sin embargo, la verdadera reverencia no es fruto de las hermosas vidrieras (aunque me gusta verlas) ni de los símbolos. La reverencia es un asombro anonadado que invade el corazón humano cuando éste ve a Dios. Puedo imitar los cantos sagrados, puedo intentar ser tan religioso y eclesiástico como pueda, y aún así, cuando haya acabado todo, la sensación que me invadirá será psicológica o, como mucho, extática. Pero cuando el Espíritu Santo descendió sobre la Iglesia primitiva, no se atrevieron ni a acercarse a ellos. Los pecadores se postraron sobre sus rostros y dijeron: «Dios está en este lugar de verdad». Por lo tanto, existe un poder que genera reverencia, incita al éxtasis, suscita adoración; y éste se encuentra en la Palabra, cuando se transmite con poder.

El poder para exaltar a Cristo

Por consiguiente, el poder del Espíritu Santo aporta la capacidad magnética de acercarnos a Cristo, exaltándole por encima de todo y de todos. Debemos exigir una doctrina más que correcta, aunque no podemos conformarnos con una que lo sea menos. Una vida más que justa, aunque no osemos tener una menos que justa; una atmósfera más que agradable, que no es nada menos de lo que debemos tener. Debemos exigir que la Palabra de Dios se predique con poder, y que la escuchemos también con poder.

En 1 Tesalonicenses, Pablo les dijo: «Pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en

poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros» (v. 5). Cuando el Espíritu de Dios, por medio de la Palabra, se predica y se escucha con poder, se cumplen los objetivos de Dios. Los santos son santificados, los pecados, perdonados, y se lleva a cabo la obra de redención.

La manera de obtener esto es a través de la oración, la fe y la entrega, a la antigua usanza; y no conozco otra forma. Como miembro del pueblo de Dios usted tiene todos los derechos, como afirma la Biblia, para exigir escuchar la Palabra con poder, y si no la escucha así, tiene derecho a levantarse y preguntar por qué. Si no escucha nada más que enseñanza, nada más que instrucción, sin detectar en ella evidencias de Dios, y el predicador no puede decir «Apelo a Dios» para decir si una cosa es cierta o no; si esto no es así, entonces tiene derecho a exigir que predique alguien que sí pueda hacerlo.

Por otro lado, todo aquel que sube a un púlpito para predicar tiene derecho a esperar que la congregación crea en el poder y esté tan próxima a Dios, tan entregada, tan llena de fe y de oración, que la Palabra de Dios pueda obrar en ellos con poder.

La comunión en el Espíritu Santo

Resulta sorprendente cómo el entorno social puede invadir una iglesia, de modo que sea difícil decir qué parte se debe al Espíritu Santo y qué es un mero contacto social agradable. Creo que ambos deberían formar parte de la Iglesia, y creo posible que así sea. Cuando la Iglesia primitiva se reunía y partía el pan, sus miembros cumplían su comunión espiritual y su comunión social. Por consiguiente, no hay motivo para no combinar ambas cosas. No hay ninguna razón por la que la cálida cordialidad de la comunión social no pueda ponerse incandescente con la

presencia del Espíritu Santo, de tal manera que cuando nos reunimos, nos estrechamos la mano, cantamos, oramos y charlamos, estamos haciendo ambas cosas. Tenemos una comunión social, y por tanto la unión y la comunión poderosas del Espíritu Santo.

Tengamos mucho cuidado para que se den ambas cosas. Intentar destruir o evitar el contacto social y la comunión social supone entristecer al Espíritu, porque Él nos ha hecho los unos para los otros, y pretendía que la comunión social y la amistad se dieran juntas. Su intención era que partiéramos el pan formalmente, no solo en una iglesia, sino cuando nos reunamos. Quería que nos conociéramos por nombre, y las iglesias que han intentado destruir esto, solo han conseguido obtener un tipo de iglesia desequilibrado y fanático.

Pero seamos muy prudentes para no confundir una cosa con otra. Por lo tanto, tengamos una iglesia amigable, pero que también sea correcta desde el punto de vista moral; una iglesia en la que cualquier persona pueda entrar y, al marcharse, decir: «Conozco el modo en que he venido a ustedes, porque pude predicarles no solo en palabras, sino también con poder y en el Espíritu Santo, y con toda seguridad, sabiendo que son del tipo de personas que podía aceptarlo». Esto es lo más importante, porque el reino de Dios no radica en palabras, sino en poder.

Sólo excelso, amor divino

Charles Wesley (1707-1788)

Traducción de Elida G. Falcón,
Juanita R. Ballock, Luis Olivieri

Sólo excelso, amor divino,
don celeste, ven a nos;
fija en nos tu hogar humilde,

coronando así tu don.
Eres tú, Jesús bendito,
todo amor y compasión;
ven al corazón que sufre,
tráenos la salvación.

Con tu Espíritu alienta
a quien sufre en su penar;
que la herencia en ti tengamos
y podamos descansar.
Tú el Alfa y el Omega
sé de todo nuestro ser;
que tu gracia nos proteja
y sostenga nuestra fe.

Oh, amor, no te separes
de tu Iglesia terrenal;
únela estrechamente
con el lazo fraternal.
Ven, Altísimo, a librarnos,
dótanos de tu favor;
nuestro afán tan solo sea
siempre proclamar tu amor.

Que la salvación divina
siempre en ti podamos ver.
Llévanos de gloria en gloria
a la celestial mansión,
donde ante ti postrados
te rindamos devoción.

LAS CARACTERÍSTICAS DE UN CRISTIANO CARNAL

De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como niños en Cristo.

1 CORINTIOS 3:1

Algunas personas piensan que un cristiano espiritual es una persona bastante trágica, anémica, apocada, suave, amable e inofensiva, que va por ahí con una sonrisa permanente en su rostro, y a la que nada puede provocar una indignación espiritual. No creo que ésta sea la definición bíblica de la espiritualidad. Si así fuera, no podríamos decir que Jesucristo, Juan el Bautista y Juan y Pedro fueron hombres espirituales.

El cristiano carnal ha sido regenerado, pero es carnal y espiritualmente imperfecto, con un desarrollo retardado. Es tan posible ser retrasado espiritualmente como lo es padecer un retraso físico, espiritual y mental, es decir, tener las características de un bebé. Pablo usa la palabra «niño» en 1 Corintios 3:1, lo cual es una descripción anónima, como lo es la frase «niños en Cristo».

La Iglesia de Cristo incluye al menos cuatro clases de personas. Tenemos al asistente medio, que viene siempre pero nunca se convierte. Viene y parece disfrutar, tiene amigos entre los cristianos, pero nunca ha pasado de muerte a vida. Ésa es una clase.

Hay otra, que es la de aquellos formados para ser cristianos pero que no lo son. Parecen cristianos porque han aprendido el

lenguaje cristiano y pueden hacer determinadas cosas, dando a todos la impresión de que son cristianos de verdad. Por lo general los vemos a cargo de todas las actividades de la iglesia local.

Luego están los verdaderos cristianos, pero que son carnales. Nunca se han desarrollado para ser cristianos maduros, funcionales. Se encuentran en el mismo punto en que estaban cuando fueron salvos.

Afortunadamente, también hay cristianos verdaderos que además son espirituales. Lo triste es que en la mayor parte de las iglesias parecen ser una minoría.

Las características de un cristiano carnal

Quiero concentrarme en el cristiano carnal. Éste parece formar parte del grupo más grande de la Iglesia contemporánea. Sus miembros arrebatan a la Iglesia el poder y la influencia, contradiciendo la enseñanza clara de la Biblia. Pablo dijo que esas características no eran espirituales, sino carnales; y cuando esos rasgos figuran en los cristianos, son personas no espirituales. La mejor manera de comprender esto es comparar al cristiano carnal con las características que tiene un bebé.

Egocéntricos

Permítame comparar a esos cristianos carnales con los bebés. Todo el mundo conoce bien las encantadoras payasadas de los bebés. Personalmente, me encantan los bebés. En nuestro hogar ya hemos tenido unos cuantos pequeñines adorables. Pero lo primero que detectamos en los bebés es su egoísmo.

El bebé dispone de un pequeño mundo propio, y no tiene ni idea de que existe otro mundo fuera del suyo. Es una personita egocéntrica, y todo lo demás —mamá, papá, hermanos y hermanas— gira en torno a ese pequeño sol central. Todos los demás

son solo cuerpos insignificantes para el bebé. Define su mundo con las palabras «yo», «mío» y otras parecidas.

Éste es el concepto paulino del cristiano carnal, alguien que es egocéntrico, que vive una vida cristiana centrada en sí mismo. Está claro que ha nacido de nuevo, pero vive de tal manera que todo gira en torno a él o ella. La única importancia que tienen los demás está en función de las necesidades del bebé.

Orientados hacia los sentimientos

Otra característica de un bebé es que se ve afectado indebidamente por sus sentimientos. La calidad de vida de un bebé gira en torno a sus sentimientos. El más leve cambio en ellos tendrá una gran repercusión sobre la vida en general. Todo bebé reclama un entorno perfecto, entendiéndolo como tal, sencillamente, aquel que complementa sus sentimientos. Un instante es un muchachito feliz, y al siguiente berrea como si se hubiera acabado su mundo. La evidencia siempre da paso a los sentimientos y a las emociones.

Normalmente, sacamos una conclusión basada en la evidencia, en lugar de dejarnos llevar por los sentimientos. Los cristianos carnales tienden a vivir según sus emociones. Primero, deben tener lo que ellos llaman «un buen ambiente» en la iglesia, y entonces sí disfrutan. Si no hay buen ambiente, no lo pasan bien. Si eso sigue igual, buscarán otro lugar donde lo pasen mejor. Son más o menos víctimas y marionetas de su entorno.

Un bebé es víctima de su entorno, una víctima voluntaria, porque berrea como un toro cuando algo sale mal. Aunque a un bebé haya dejado de dolerle un dedo, seguirá llorando mucho después de que se le haya olvidado o ya no le duela, porque se ve afectado indebidamente por sus temores; o bien se divierte y se ríe porque sí, sin más motivo.

Con nuestra nieta Judith descubrí que si apoyaba mi nariz en la suya y balbuceaba, ella también balbuceaba y se reía la mar

de divertida, y nos lo pasábamos bien juntos. Me pregunto qué tendrá eso de gracioso. No sé qué tiene de divertido, pero ella lo considera uno de los mejores ejemplos de humor que haya penetrado en su pequeño círculo de interés o de atención durante su año de vida. Ella y yo hacemos ese numerito y nos lo pasamos muy bien. Yo no creo que sea gracioso, pero es divertido ver lo bien que se lo pasa ella.

Los bebés están abatidos o se ríen a carcajadas sin motivo. Son víctimas de sus sentimientos y de sus sentidos, porque son carnales en la fe. Éste es también el rasgo distintivo de un cristiano carnal. Se anima y se desanima con demasiada facilidad. Lloro cuando no hay motivo para ello y ríe cuando no es divertido. Al cabo de un tiempo, un cristiano debería aprender que las cosas no deben ser así.

Dependientes de lo externo

La tercera característica de un bebé es su propensión a descansar en todo lo externo. Un bebé carece de vida interior. Los psicólogos dicen que los bebés nacen sin mente, que van desarrollando a medida que crecen. No sé si será así, pero sí sé que nacen con capacidad intelectual, aunque sus pequeñas mentes estén vacías. Déle a un bebé un sonajero de colores y se entretendrá durante horas. A medida que se hacen mayores, su capacidad va aumentando, pero aún así no tienen vida interior. Descansan por completo en lo externo.

Éste es también un rasgo de un cristiano carnal. Vive demasiado en la religión visible, y depende de las circunstancias externas. Le gustan las luces de colores y los sonidos curiosos o atractivos, y el aspecto de determinados uniformes o decoraciones; todo lo que alimente su mente infantil llamándola desde fuera, de lo interno a lo externo.

Podemos estar tan seguros como de que estamos vivos que,

en proporción al modo en que nos afecten las circunstancias externas, somos carnales. Porque Jesús dijo: «Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren» (Jn. 4:23). No hay otro modo de que lo externo puede adorar perfectamente al Padre. El cristiano carnal no puede adorar sin sonajeros o juguetes religiosos; si no los tiene, se aburre y pierde interés.

Para un cristiano maduro, cualquier lugar desapacible es propicio para adorar si tiene el corazón en su sitio y el Espíritu habita en él. La adoración y la comunión con Dios pueden ser reales y sinceras, y la tranquilidad ser la misma, porque el cristiano espiritual no depende de lo externo.

Carentes de propósito

Otra característica de un bebé es su ausencia total de propósito. Un bebé ve una pelota y la quiere. No sabe qué es la pelota o qué hará una vez la consiga; pero quiere esa pelota roja que está justo fuera de su alcance. Aún no ha aprendido a gatear, de modo que debe pedirla llorando, y cuando la obtiene, se decepciona. No quería la pelota con ningún propósito concreto, y una vez la tiene no cumplirá ninguno. Por supuesto, esto es característico de los bebés.

Aunque son muy dulces —no querría que fuesen de otro modo, porque son lo más encantador del mundo—, carecen de propósito en la vida. Pero cuando un niño crece un poco más y empieza a gatear y a decir cosas, comienza a apartar los objetos o a avanzar hacia uno determinado. Cuando llega a la adolescencia, ya habrá elaborado un propósito para su vida.

De la misma manera que un bebé no tiene propósito, veo que el cristiano carnal tampoco lo tiene. Vive para la siguiente lección. Quiere saber dónde estará el buen predicador, y va a

escucharle. Quiere enterarse de dónde cantará ese coro tan estu-
pendo, y va, se sienta y halaga su carnalidad escuchando a los
mejores cantantes que encuentre. O bien quiere saber dónde se
reúne el mayor número de personas, y la multitud le carga las
baterías. Aquí no hay propósito alguno; nunca entró y cayó de
rodillas para decir: «Dios, ¿para qué he nacido, y por qué he sido
redimido? ¿Qué sentido tiene todo?». Su vida carece totalmente
de propósito.

Improductivos

Además, un bebé se pasa la vida jugando con naderías. Un bebé
es la criatura más improductiva del planeta. Los queremos, pero
lo único que hacen es dar trabajo a sus padres. Viven una vida de
juego y de superficialidad. Todo lo que hacen debe convertirse
en un juego. Un bebé tomará de su biberón un ratito, luego lo
tirará al suelo, y luego se reirá muchísimo cuando vea cómo se
derrama la leche y la tetina se desmonta sobre la alfombra. Con
un bebé, todo debe convertirse en un juego.

Estoy intentando ser delicado, pero si usted es realista ten-
drá que decir que la generación moderna de cristianos vive para
jugar y trastear con naderías. Tengo un panfleto que anuncia
una conferencia bíblica que se celebrará durante un viaje en un
trasatlántico que se desliza sobre grandes olas. Tendrán de todo
lo que les pida el corazón. Contiene fotografías de hermosas pal-
meras y demás, como las de Florida o California. Será un tras-
atlántico de lujo, con un capellán a bordo que hablará sobre el
libro de Romanos, justo antes de la partida matutina de tejo,
para darle al viaje un regusto religioso. Según el panfleto, el pro-
pósito es fomentar el interés por las misiones. No entiendo qué
relación existe entre ambas cosas. Para mí sería más acorde con
las misiones invitar a las personas a donar dinero para ellas, en
lugar de gastárselo en el crucero.

Otro grupo anuncia: «Camine hoy donde Jesús caminó ayer». Me gustó lo que escribió un evangelista: «Sí, pero no con el mismo propósito».

Queremos jugar, y no dudamos en anunciar nuestras conferencias bíblicas como parques infantiles religiosos, lo cual demuestra lo carnales que somos. Vivimos una vida de juegos y tonterías. Para que muchos cristianos se interesen en el estudio bíblico o en las misiones, debemos camuflarlas como juegos, para que resulten más atractivas. A un cristiano carnal deben convencerle para que estudie la Biblia, y se le debe presentar como una actividad divertida.

Proclives a exculpase

Otra característica de un bebé es que son dados a las rabietas, la inquietud y la actitud peleona. Una madre contaba que su hija es un angelito. Lo dice con buena intención, pero esa chiquitina no es un angelito perfecto. Es un bebé normal; da pataditas y emite sonidos desagradables a pesar de que solo tiene dos meses. Esta belicosidad y esa inquietud son estrictamente una reacción inmadura, porque generan la tentación de culpar a causas secundarias. Todos los bebés lo hacen, y al final dejan atrás esa fase, cuando crecen.

Siempre puedo identificar a un cristiano carnal, porque culpa de todo a causas externas. Cuando pierde su empleo, echa la culpa a su jefe en lugar de a su propia incompetencia y a su incapacidad para conservar su puesto. Algunas cristianas dicen que si tuvieran un buen marido espiritual serían mejores cristianas. Ya saben que no es así; quieren pensar que sí, porque entonces tendrían menos motivos para quejarse.

Mientras no haya nada en lo que pensar, usted pensará que es mejor de lo que es. Sin embargo, tenga un esposo refunfuñón que no se afeita los domingos por la mañana y va por ahí vestido

con una camiseta, y usted dirá que su problema es él. No, él no es su problema. Podría ser su santificación, si supiera cómo manejarlo. Y si supiera aprovechar la oposición, podría convertirlo en su ayudante.

Un cristiano carnal siempre echa la culpa a causas secundarias. Seguro que no conoce a ningún bebé que acepte su culpa; ésta siempre es de los demás.

Amantes de una dieta limitada

Un bebé toma una dieta a base de leche y verduras trituradas. Ésa es la imagen de un bebé. Aún no puede digerir alimentos sólidos. Todo debe estar triturado, para que no perjudique a su delicado aparato digestivo.

Un cristiano carnal señala en su Biblia pasajes breves y tiernos, pasando por alto aquellos otros que desgarran el alma, nos reprenden, nos disciplinan y nos castigan. El cristiano carnal no es capaz de digerir «la carne de la Palabra». Todo debe estar predigerido y administrado en dosis medidas, para no ofender su delicado aparato digestivo. El apóstol Pablo abordó este tema en Hebreos 5:13-14: «Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y el mal».

Un cristiano carnal y un bebé comparten determinadas características: un bebé es una personita egocéntrica afectada por sus sentidos; que se basa en lo externo; que carece de propósito; a quien le encanta jugar, y no tiene un propósito serio en la vida; que vive a base de una dieta sencilla. La naturaleza se cuida muy pronto de un bebé. La naturaleza empieza a alejar al bebé del centro de las cosas, pero como es lógico no del todo; esto forma parte del pecado. El bebé empieza a interesarse por cosas fuera de sí mismo, aprende a ponerse en pie y a desafiar sus sentidos. Aprende a razo-

nar, en vez de funcionar según sus sentidos; aprende a vivir para forjar su carácter, en vez de para obtener cosas externas; aprende a tener un propósito en la vida, aunque solo sea ser actor, futbolista o cualquier otra profesión. Tener un propósito: la naturaleza se encarga de eso para la mayoría de nosotros, a medida que maduramos; pero en lo relativo a las cosas espirituales, eso es otro asunto, que tiene que ver con la naturaleza caída.

De lo carnal a lo espiritual

En las cosas espirituales, ¿qué debemos hacer? ¿Cómo puede un cristiano carnal pasar a ser un cristiano espiritual? Con el bebé se trata de un desarrollo natural, pero no sucede lo mismo con el cristiano. No conozco ninguna experiencia que por sí sola transforme al cristiano carnal en espiritual. Me gustaría poder decir que sí la hay. Ojalá pudiera decir que conozco sin duda alguna cómo una persona puede venir al Señor, cumplir determinadas condiciones y dejar de ser carnal, pasando a ser espiritual. Pero la cosa no funciona de esta manera.

Debemos dejar que el Espíritu nos enseñe, nos discipline, madure, crezca en nosotros y camine a nuestro lado; debemos aprender, mediante el sistema de prueba y error, la oración y el arrepentimiento, los temores y las pruebas del corazón. Además, debemos creer en el poder de Dios para llenarnos de su Espíritu y empezar a trabajar con el alma, lo cual nos aleja del egocentrismo y nos induce a amar a todo el mundo. Los santos de antaño solían cantar «Dejaré atrás el mundo». Creían que el cristiano debe orar por el mundo, pero dejar el mundo donde está, siguiendo a Cristo con entrega y negación de uno mismo.

Además, debe decirle a Dios que espera que Él le enseñe a vivir por encima de sus sentimientos y sus sentidos. Ésta es una disciplina difícil para la vida cristiana.

Tres jóvenes procedentes de una institución religiosa en la zona de Chicago vinieron a verme a mi estudio. Estaban pasando por circunstancias difíciles. Uno tenía un problema porque cuando se ponía de rodillas no sentía ningún deseo de orar. Esto les preocupaba, y pensaban que como yo era un cristiano mayor, nunca había tenido una dificultad semejante.

Básicamente, les dije que hay momentos en los que me tengo que obligar a orar, y durante un breve tiempo no siento ninguna paz. Sus rostros se iluminaron. Uno de ellos dijo: «¡Oh, vaya alivio! Pensaba que estaba recayendo por tener un problema como ése».

Habrán ocasiones en las que no nos sentiremos espirituales, pero debemos superarlas orando. Aquí abajo tendremos luchas, y debemos aprender a no fiarnos de nuestros sentimientos. Cuando usted se levanta por la mañana deseando no haberlo hecho, y por la tarde aún anhela con más ardor no haberse movido de la cama, no permita que ese sentimiento le agobie. Un bebé sí se preocupará, y llamará llorando a su mamá, pero el cristiano maduro dirá: «Bueno, éste no ha sido mi día».

Sin duda, Pablo pasó por días en los que las cosas no iban bien. Por lo tanto, mantenemos nuestra fe en Dios y en Cristo, y sabemos que, sin tener en cuenta cómo nos sentimos, todo está bien. Un cristiano espiritual deja de depender de lo externo.

Los cristianos maduros saben por qué están aquí. Conocen el propósito que Dios puso en sus vidas cuando los creó. A veces me siento confuso en medio de mis circunstancias, y me contradigo a mí mismo. Si no conociera bien la Biblia, si no conociera a Dios y no pudiera apuntar a determinadas señales donde se levantó un montón de piedras en el Jordán porque fue la bendición de Dios, podría perder fácilmente el norte de mi ministerio. Pero no lo pierdo, porque sé que estoy cumpliendo determinados propósitos. Por lo tanto, tengo una meta.

Los cristianos carnales necesitan que su religión sea un juego. Beben un rato, tiran el biberón al suelo, se ríen de nada y se entristecen también por nada, lo cual es carnalidad. Los cristianos espirituales tienen una vida de trabajo; no contemplan el mundo como un parque de atracciones, sino como un campo de batalla.

¿Y qué hay de la dieta? Un verdadero cristiano emplea toda la Biblia. A algunos de ustedes les molestará que lo diga, pero si viven de un devocional matutino basado en pasajes que alguien seleccionó, les advierto que es insuficiente. Lea toda la Biblia. Entera. No digo que esos otros libros sean perjudiciales, lo único que digo es que si sólo tiene eso, no ha madurado en su vida cristiana. Lea toda la Biblia, lea cada versículo; que no falte ni uno.

Un verdadero cristiano debería seguir una dieta equilibrada. Un cristiano espiritual es una persona que ha crecido en Dios, que es madura y crece en el Espíritu. Por lo tanto, pidamos que Dios nos haga cristianos maduros, que crezcamos en gracia y en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Es Él

A. B. Simpson (1843-1919)

Una vez fue bendición, ahora es el Señor;
Una vez fue sensación, ahora es su Palabra;
Una vez sus dones quise, ya mío es el Dador;
Una vez quise ser sano, y ahora Él me sana.

Una vez luché esforzado, y ahora en Él confío;
Una vez fui casi salvo, y ahora ya estoy cierto.
Una vez todo lo quise, y ahora su amor es mío;
Una vez fui a la deriva, mas Él llevóme a puerto.

Una vez todo afanaba; ahora oro y espero;
Si una vez yo me angustiaba, Él me da ahora sosiego.

Una vez yo era mi amo, ahora Él es maestro;
Una vez pedía siempre; ahora alabo a mi Dueño.

Una vez la obra era mía; ahora tan sólo la suya;
Si una vez yo quise usarle, ahora Él me utiliza.
Una vez poder quería, mas Él en poder abunda;
Una vez por mí luchaba, y ahora le entrego mi vida.

Una vez confié en Jesús; ahora sé que ya es mío;
Si mi pábilo humeaba, ahora brilla con fulgor.
Si la muerte era mi sino, en su venida confío;
Y mi esperanza se afirma, a salvo con el Señor.

EL REMANENTE: UNA DOCTRINA ALARMANTE

También Isaías clama tocante a Israel: Si fuere el número de los hijos de Israel como la arena del mar, tan sólo el remanente será salvo.

ROMANOS 9:27

Quiero abordar una doctrina bíblica que resulta muy problemática y alarmante. Me temo mucho que la Biblia es un libro mucho más inquietante de lo que pensamos. Antes de explicar lo que quiero decir, me gustaría que leyera las palabras de un himno. Me encanta este himno de Edwin Hodder (1837-1904) sobre la Palabra:

Señor, tu Libro es cual jardín precioso,
con flores brillantes y de mil colores;
en el que puede el visitante ocioso
reunir ramilletes de suaves olores.
Tu Libro es cual venero muy profundo,
y hallará gemas preciosas en su sima,
—ocultas a los ojos de este mundo—
aquel peregrino que en ella camina.

Tu Palabra es cual la hueste sideral:
con mil rayos de luz pura y deslumbrante
ilumina al viajero terrenal,

enseñando el sendero al caminante.
 Tu Libro es como una amplia armería,
 donde el soldado repara su armadura,
 y encuentra, en la lid de cada día,
 arnés, escudo, yelmo y arma segura.

Todo esto es cierto. Me gusta mucho escuchar este himno, y también cantarlo. Sin embargo, me temo que ésta es la actitud que adoptamos respecto a las Escrituras: que es una joya hermosa que llevar colgada del cuello o en nuestro dedo, o un ramillete para ponérselo en alguna ocasión especial cuando está bien visto; algo que es fragante. Y es todo eso. Pero también es algo más, y en nuestra elegancia sencilla, me temo que no permitimos que la Palabra de Dios nos diga lo que tiene que decirnos.

Con independencia de lo que digan los educadores, sea cual fuere la moda religiosa del momento, ésta es la doctrina que se enseña claramente en las Escrituras, que los sectarios han malentendido y han forzado para su propia destrucción. Y es que todo sectario dice: «Soy del remanente», y cada grupo que se reúne dice: «Somos el pueblo». Pero yo me niego a rechazar esta doctrina porque algún otro la haya forzado para su propia destrucción. No tengo para usted esperanzas etéreas ni ramos fragantes; lo que sí tengo es una doctrina terrible que duele y angustia, y que hace que mi espíritu se entristezca. Es la doctrina del remanente.

Solo un fragmento

¿Qué es la doctrina del remanente? Simplemente, esto: que en este mundo ciego, caído y pecaminoso en el que vive la humanidad, y en cualquier momento dado, la inmensa mayoría de sus habitantes está perdida. Y con «perdida» no quiero decir que se

hayan equivocado de camino, se hayan quedado cortos, sean menos de lo que querían ser o no hayan logrado cumplir sus sueños. Con «perdidos» quiero decir alienados de Dios, enemigos suyos, sin perdón, vida ni esperanza.

¿Qué significa esta doctrina del remanente? «Remanente» significa un pequeño fragmento, un resto sobreviviente. Significa que alguna cosa permanece aún cuando el resto del cuerpo está en otra parte. El texto de Romanos 9:27 habla de Israel, pero expone claramente la doctrina como algo aplicable a toda la raza humana, además de a la Iglesia. Esto era cierto entre las naciones antes de Abraham; fue cierto de Israel después de él; y es cierto de la Iglesia tras Pentecostés. Me alarma constatar que desde Pentecostés ha sido cierto que un número impresionante de personas que se consideran cristianas —la inmensa mayoría— son nominales, y solo se salva un remanente.

Veamos algunos ejemplos sacados de la Biblia. Jesús dijo: «Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre» (Lc. 17:26). Según las Escrituras, Noé halló gracia a los ojos del Señor, y hubo otros siete miembros de su familia que se salvaron de entre toda la población. No sé cuál era el número de la población mundial, pero sé que en el momento del Diluvio, solo se salvaron ocho personas. Y sé que está escrito que como fue en los días de Noé será también en los días en que venga el Hijo del Hombre.

Alguien me dirá: «Sr. Tozer, se lo está tomando demasiado en serio. Recuerde que Elías también se sintió como usted y dijo: “Oh, Dios, solo yo he quedado”, y Dios le dijo: “Anímate, Elías; tengo noticias para ti. En Israel han quedado siete mil que no han doblado sus rodillas ante Baal ni ante su imagen”». Siete mil nos parecen muchos, ¿no? ¿No reconforta saber que en Israel hubo siete mil judíos auténticos que no doblaron sus rodillas ante Baal?

Permítame que me entregue a una breve especulación. Supongamos que la población de Israel en aquella época fuera de siete millones de personas. Creo que es una cifra bastante prudente. Eso significaría que una décima parte del 1% de la población no se había arrodillado ante Baal, y todos los demás sí. Eso supondría un individuo de cada mil. Si tomásemos en ese momento a mil judíos, 999 de ellos adoraban en secreto a Baal para no tener problemas, y solo uno se negaba valientemente a hacerlo.

Pero supongamos, para ser totalmente justos, que redujéramos a la mitad la población israelita, y supusiéramos que solo había tres millones y medio. Entonces el porcentaje es de uno entre 500. Cada vez que viéramos una sinagoga o un edificio donde hubiera 500 judíos leyendo la Torá o escuchando salmodiar a los sacerdotes, de ellos 499 seguían a Baal y uno era salvo.

Recuerde que cuando Cristo vino por primera vez solamente hubo unos cuantos que le reconocieron. Nosotros damos por hecho, al igual que lo hacía Israel, que cuando viniera el Mesías lo reconocerían.

Creían lo mismo que Sansón cuando se recostó a dormir en el regazo de Dalila. Él creía que su vida se presentaba bien, que había tenido cierta experiencia con la religión, y que por consiguiente no había nada de qué preocuparse. Pero cuando despertó, descubrió que le habían capturado, y pronto le sacaron los ojos y se vio atado a un molino mientras otros se burlaban de él en nombre de un dios falso. Sansón había confiado en sí mismo, un proceder que siempre resulta malo y peligroso.

O bien confiamos en nosotros mismos y gozamos de una falsa paz, o tenemos problemas, oramos en medio de ellos y descubrimos la verdadera paz. Hoy día la mayoría de creyentes confía en sí misma, y goza de una paz engañosa. Si hicieran lo que enseña la Biblia, se preocuparían y se alarmarían al ver cómo

son, y se acercarían a Dios con una Biblia abierta, permitiendo que ésta los diseccionara y los reconstruyese, dándoles paz. Y la paz que obtiene alguien cuando lo diseccionan el Espíritu Santo y su espada, que es la Palabra, es una paz legítima.

Hay dos tipos de tranquilidad, y no debemos olvidarlo. Bueno, quizás ahora existan tres tipos. Hay la clase de paz que se puede comprar embotellada; luego, existe la que se deriva de confiar en nosotros mismos, creyendo cosas buenas sobre nosotros mismos, aunque no sean ciertas. Esto aporta cierto grado de tranquilidad a la mente.

Luego tenemos la tranquilidad que nos sobreviene tras una perturbación del alma, que la conmociona hasta sus cimientos y hace que el hombre o la mujer acuda a Dios con una Biblia abierta y clame: «Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos» (Sal. 139:23). Entonces, cuando Dios hace esto, tenemos una experiencia con Él que nos proporciona una tranquilidad afirmada sobre la Roca. Pero en el caso de la mayoría de evangélicos modernos, sus líderes salen fuera para traerles la tranquilidad.

La Iglesia tranquilizada

La primera oferta del Señor no es ni mucho menos la tranquilidad. Al principio el Señor nos ofrece liberación, perdón, renovación y justicia; después de eso viene la tranquilidad. Pero ahora nosotros comercializamos la paz, vendiéndola como si fuera jabón, y pidiendo a nuestro pueblo, en el nombre de Juan 3:16, que se acerque y tenga paz. De modo que tenemos una Iglesia tranquilizada, que lo pasa estupendamente en banquetes, en fiestas, en charlas de cafetería y en actividades de comunión. Y encima canta al Señor diciendo: «Tu Palabra es cual vergel, Señor».

Sólo llamo la atención sobre esto porque existe el peligro de que convirtamos la Palabra de Dios en algo destinado a darnos paz. Si se fija en las puertas de las iglesias, las que se quedan abiertas todo el día en las zonas más transitadas, verá cómo siempre hay gente que entra y se sienta. Lo hacen, como dijo el poeta, «para invitar a sus almas, traer a la mente el recuerdo del hogar y el camino, y recobrar la calma».

Los hombres de negocios y los publicistas hacen eso, y los místicos de la India y de Burma también. No es necesariamente una práctica cristiana. Es positiva, pero no basta. Organizamos nuestros cultos para tranquilizar a las personas y paralizarlas. Esta doctrina del remanente debería alarmarnos. No deberíamos dar las cosas por hechas, sino sentirnos alarmados.

A Pablo esto le preocupaba, y escribió: «Sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado» (1 Co. 9:27). He conocido a predicadores que estuvieron toda la vida predicando y acabaron contando chistes malsonantes; acabaron sucios, siendo ancianos desagradables. Es perfectamente posible ser maestro de escuela dominical, ser miembro de la junta directiva, cantar en un coro y participar de los cultos en la iglesia, para luego descubrir que somos parias y que nunca hemos formado parte del remanente. Esto resulta alarmante, pero no voy a disculparme por decirlo. Me temo que no estamos lo bastante preocupados. Esto no debería perturbarnos, porque todo se resume en este texto: «Si fuere el número de los hijos de Israel como la arena del mar, tan sólo el remanente será salvo» (Ro. 9:27).

Durante la vida de Jesús hubo algunos viejos amigos de Dios, pero cuando pensamos que solo la población de Jerusalén durante la Pascua era de un millón de personas, y que en Pentecostés había un millón de personas en la ciudad pero solo se convirtieron 3.000, decimos: «¡Menuda cosecha!». Bueno, pues

3.000 sobre un millón, desde mi punto de vista, no es una cosecha impresionante.

Me pregunto si habrá habido algún momento en que se haya producido una cosecha abundante. Sé lo que se decía del misionero escocés John G. Paton (1824-1907), que fue a las Nuevas Hébridas (islas Vanuatu) y no encontró un solo cristiano; cuando se marchó, no quedaba un solo pagano. Pero siempre he cruzado los dedos al leer esta afirmación, porque no está de acuerdo con la doctrina del remanente. Porque esta doctrina dice que «aunque el número de personas religiosas sea como la arena del mar, sólo un remanente será salvo». No es que no puedan serlo, no es que Dios no quiera que se salven, es simplemente que no se salvan.

Cuando vino Cristo, encontró a pastores y sabios. Leemos acerca de esos amigos de Dios, y nos alegramos por ellos. Pero el asunto es que, típicamente, eran un número muy reducido de personas.

Hablando sobre la segunda venida de Jesús, nos dice: «Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará» (Mt. 24:12). No dice sólo el amor de muchos, pero cualquier estudiante de griego dirá lo mismo. En este versículo existe un artículo definido evidente: «los» muchos. Lo que se enfriará será la capacidad específica de amar.

Y Jesús dijo: «Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?» (Lc. 18:8). No dijo que no encontraría fe, sino «¿encontrará fe en la tierra?». Por lo tanto, durante la segunda venida de Cristo será como fue en los tiempos de Noé; y en aquellos días, Noé, la octava persona, fue salva por el agua, por el arca. El resto de los habitantes se ahogó.

Si aún quiere más respaldo para esta doctrina, lea la historia de la Iglesia. Un pequeño grupo, un resto sobreviviente, mantuvo siempre la fe mientras los demás daban las cosas por hechas.

Conocidos por su fruto

¿Sabe cuál es el problema que tenemos como Iglesia hoy día? Que nos damos por hecho. Suponemos algo que puede no ser cierto; es algo que se fundamenta en muchos casos en una esperanza, no en una experiencia bíblica sólida. No nos han perturbado lo suficiente. No hemos permitido que Dios grave surcos en nuestra espalda. No hemos osado presentarnos ante Dios para que nos examine. Hemos tenido miedo de lo que encuentre Dios, y preferimos esperar. Por consiguiente, hemos aguardado y nos hemos aposentado. Siempre ha habido un pequeño remanente, que se ha situado en medio de todos los demás. Puede que un millón desee con sus labios y los use para adorar, pero solo un pequeño grupo adora de verdad en sus corazones de un modo que honra y complace a Dios.

Cuando vemos abierta la puerta de una iglesia, y a una multitud que sale de ella y ocupa las aceras, no debemos imaginar que esto sea indicativo de una profunda espiritualidad o de un alto grado de santidad. Sigámosles a sus casas. Sigámosles dos calles y veamos cómo viven. Ésa es la forma de descubrirlo. «Así que, por sus frutos los conoceréis» (Mt. 7:20).

Pidámosles que nos guíen en oración. Anunciamos una reunión de oración y veremos cómo se marchan. Anunciamos una fiesta, y veremos cómo acuden. En la Iglesia de Dios, los indicadores de «irse o quedarse» son los siguientes: cuando dice ir, «fiesta»; cuando dice no ir, «reunión de oración». La Iglesia de Dios sigue esta pauta, y sonreímos al pensar en ello, pero es alarmante. No quiero presentarme ante el Señor tras haber tranquilizado y halagado a las personas de modo que tengan la sensación falsa de disfrutar una seguridad espiritual confortable.

Leamos la historia de la Iglesia y veamos a los pocos, el remanente, que vivieron entre los demás. Leamos sobre los valdenses, los Amigos de Dios, los Hermanos de la vida común, y veremos

cuán pocos eran, pero cuántos iban a la iglesia. Es posible adorar a Dios con nuestros labios y no con nuestras vidas. Si su vida no adora a Dios, sus labios tampoco lo hacen.

Me preocupa toda esa gente a la que veo cantando el *Mesías* de Händel, sobre todo durante la Pascua, sin tener ni la más remota idea de lo que dice. Se ponen en pie y cantan «Vengan a Él, vengan a Él», sin saber lo que significa. Cuando Händel escribió su obra, dijo: «Cuando la concluí, me pareció ver el cielo abierto y a todos los ángeles de Dios reunidos». Así es cómo se sentía. Pero muchos de nosotros la cantamos y la disfrutamos solo como una pieza musical. Venimos, cantamos himnos en la iglesia, y solo disfrutamos la dignidad de la música y un descanso del *rock and roll*.

Leemos sobre el remanente 600 años antes de que naciera Cristo, en Ezequiel 9:1-6. Decimos: «Comienza por el Kremlin, oh Dios; Comienza por el Kremlin y destruye a todos esos desgraciados paganos». Dios dice: «Empiecen por mi santuario».

Decimos: «Señor, desciende a ese lugar donde hombres reunidos en habitaciones en penumbra sorben cerveza; ve hasta allí, oh Señor, blandiendo tu espada». Dios dice: «Empiecen en los escalones de mi iglesia. Empiecen por mi santuario».

Decimos: «Ve a esa iglesia en la que el pastor niega la Biblia y no predica otra cosa que poesía». Dios dice: «Empiecen por su santuario».

Pero él nos dice: «Estén atentos, busquen la señal en la frente». Es una marca indeleble. Envió al hombre vestido de lino con un tintero y tinta indeleble, y dijo: «Ve y señalalos, márcalos».

«¿A cuáles señalaré? ¿A los que se ponen en pie y oran durante más tiempo? ¿A aquellos que ofrendan más para las misiones?».

«No, no», repuso Él, «ése no es el criterio adecuado. Éste es el baremo en tiempos corruptos: quienes suspiran y lloran por todas las abominaciones que surgen en medio de Jerusalén».

Eso es todo lo que tienen que hacer. Hay cosas parecidas a una ola del mar: podemos tenernos de pie y ni el mismo Pablo podría hacerla retroceder, porque le derribaría. Pero no tenemos por qué llevar la señal del remanente en la frente, ni tampoco tener éxito ni ser populares. Solo tenemos que suspirar y clamar por las abominaciones que tienen lugar en la Tierra hoy.

No puedo evitar que las personas hagan lo que hacen, pero al menos puedo lamentarme porque no dejen de hacerlo; y eso es algo que pienso hacer. Haré que mis lágrimas rieguen las huellas de quienes se descarrían. Y cuando las iglesias no retornen a los estándares del Nuevo Testamento ni adoren al Señor nuestro Dios en la belleza de la santidad, si no puedo lograr que lo hagan o convencerles de que actúen así, en estos momentos terribles de crisis al menos podré llorar porque no regresan a Dios. Y, si no puedo llorar, podré suspirar.

No sé qué nos depara el futuro. Pero sé una cosa: en lugar de traicionar a la grey de Dios, antes que mentirles, engañarles, agitarles y motivarles con todo tipo de temas populares; antes que extraer mi material de la revista *Time*, predicaré la Palabra de Dios a unos asientos vacíos, y suspiraré y clamaré por la abominación que está en el mundo.

Por lo tanto, Dios dice: «Comenzaréis por mi santuario. Comenzaron, pues, los varones ancianos que estaban delante del templo» (Ez. 9:6). A veces parece que el problema son los jóvenes. Son personas llenas de lascivia y de ideas descabelladas; pero las Escrituras dicen que se debe empezar por los ancianos, la cabeza del hogar. «Esos pilares barbados de la Iglesia», dice el Espíritu Santo. «Empiecen por ellos». «Aconteció que cuando ellos iban matando y quedé yo solo, me postré sobre mi rostro, y clamé y dije: ¡Ah, Señor Jehová! ¿destruirás a todo el remanente de Israel derramando tu furor sobre Jerusalén?» (Ez. 9:8).

Si la Iglesia evangélica, la Iglesia creyente fundamentalista, no acepta esto, entonces al menos podré suspirar y clamar a Dios porque no lo hacen.

A Ti me entrego

Alfred C. Snead (1884-1961)

A Ti entrego mi todo: ya tuyo soy, Señor;
¡A Ti mi todo entrego, divino Salvador!
Vive pues en mi vida:
Tuya es la plenitud.
No yo, mas Cristo anida
En fiel completitud.

LA SAGRADA OBLIGACIÓN DE JUZGAR

*Porque el Señor ejecutará su sentencia sobre
la tierra en justicia y con prontitud.*

ROMANOS 9:28

¿Dónde está el remanente? ¿Dónde podemos encontrarlo? En cuanto sacamos a colación este tema, inmediatamente, todos los medio salvos y los que están salvos en un uno por ciento (los renegados, los indecisos, los miembros de la Iglesia, los profesores y quienes no tienen testimonio del Espíritu de su redención) empiezan a sentirse violentos y a citar las Escrituras. Y uno de los pasajes que citan dice: «No juzguéis, para que no seáis juzgados» (Mt. 7:1).

Dicen: «Este hombre es un viejo intolerante, y juzga la religión de otras personas, y también a mí. ¿Qué derecho tiene a hacerlo? ¿Acaso la Biblia no dice que el amor “no piensa lo malo” (1 Co. 13:5)? Y si este individuo tuviera amor, no pensaría mal de nadie. Aceptaría todo lo que se hace en nombre del Señor, y no diría “Sólo se salvará un remanente”. No, aceptaría y creería en las buenas personas religiosas que entregan su dinero. Pero no es un hombre amante; es severo, duro».

Me pregunto si cuando Jesús dijo «No juzguéis» y Pablo afirmó «el amor no piensa lo malo», y cuando Cristo dijo que debíamos amarnos unos a otros y entregar nuestras vidas por

los demás, sus palabras iban destinadas a acabar con las preguntas y a silenciar la reprensión. Me pregunto si Jesús, cuando dijo «no juzguéis, para que no seáis juzgados» quería decir que sus profetas, sus apóstoles y sus predicadores no debían ponerse ante la Iglesia y decirle la verdad. Me pregunto si lo que quería decir es que debían ir por la vida como los tres monos de la estantería: no ver el mal, no hacer el mal, no escuchar el mal; y además, mantener una sonrisa constante en sus rostros, que no desapareciera hasta que murieran. Me planteo si quería decir que debíamos ir por la vida creyendo en todo y en todos los que dicen «Señor, Señor», aceptándoles en el reino de Dios. ¿Acaso quería que olvidásemos que ese mismo Espíritu Santo que dijo «no juzguéis» dijo, mediante los labios del Salvador, que «un remanente será salvo», es decir, un pequeño fragmento, un grupo de sobrevivientes?

El diagnóstico del dilema

¿Sabe lo que necesitamos hoy en la Iglesia evangélica? Un diagnóstico. ¿Sabe lo que es un «diagnóstico»? Procede de dos términos griegos duros, que significan «conocer toda la verdad». Eso es lo que necesitamos en la Iglesia de Jesucristo.

Supongamos que alguien no se siente bien y va a ver a su médico y le dice: «Doctor, cuando me levanto por la mañana me siento como si tuviera un guante metido en la boca; me duele la cabeza, no tengo fuerzas, y me siento mal».

El médico le dice: «Muy bien. Saque la lengua».

El paciente se queda mirando al médico con aire sorprendido y le dice: «¿Qué?».

«Saque la lengua».

«No entiendo por qué quiere que saque la lengua».

«Bueno, tengo que examinarle a fondo. Tengo que emitir un diagnóstico, conocer su problema».

Y el paciente responde: «Usted perdone, pero sacar la lengua no me parece educado».

«Bien», prosigue el médico. «¿Tiene usted apetito?».

«No creo que eso sea asunto suyo».

«Muy bien. ¿Cómo duerme?».

«¿Qué diferencia puede suponer cómo duermo? He venido en busca de ayuda. ¿Es que usted no me ama? Quiero que me ayude, pero, ¿es que no me ama?».

«Sí, pero quiero saber si duerme bien por las noches».

«No es asunto suyo, doctor. Es usted muy desagradable. ¿No conoce las Escrituras que dicen «amen a todos, no juzguen a nadie, el amor no piensa lo malo y cubre una multitud de pecados? ¿Es que no lee el Nuevo Testamento? ¡Preguntarme qué cómo duermo!... No es asunto suyo».

«De acuerdo, pues deje que le extraiga un poco de sangre».

«¿De sangre?».

«Sí».

«¿Qué pretende al sacarme sangre?».

«Quiero conocer el problema a fondo».

«He venido buscando ayuda. Quiero que me anime y me inspire. No quiero que me saque sangre».

«Pero no podré conocer el problema hasta que le saque sangre».

«¡Pero mira que es desagradable! Está usted cargado de prejuicios. ¿Por qué quiere analizar mi sangre?».

«Bueno, pues al menos permita que le tome la presión sanguínea».

«Pero, ¿para qué quiere conocer mi presión sanguínea? No es asunto suyo. ¿No se da cuenta de que la Biblia dice “no juzguéis”, y que si toma mi presión me juzgará?».

La ausencia de predicación de diagnóstico

¿Se puede imaginar una transacción más absurda entre un médico y un paciente? Satanás se reiría en el infierno hasta que le doliera el estómago. Sin embargo, exigimos que sea así el modo en que un predicador alimenta a la congregación.

Quiero decirle algo: clamamos por el avivamiento con grandes estruendos, y hacemos que miles de personas oren de noche pidiéndolo. Pero daría lo mismo que saltásemos frente al altar de Baal, cortándonos y gritando: «¡Baal, Baal, escúchanos!». No nos sometemos a un diagnóstico. No permitimos que Dios nos diga qué anda mal en nosotros. No dejamos que Dios nos conozca a fondo, y no escucharemos al hombre que intente descubrir el problema y ministrar para cubrir nuestras necesidades.

Acudimos al predicador para que nos inspire y nos anime, y para que confirme nuestro proceder renegado. En cuanto abre la boca, aunque se pase media noche orando por su congregación y entregue su vida por ella, le cerramos la boca usando el siguiente pasaje: «No se atreva usted a juzgar a nadie».

El hombre dice: «Soy cristiano, y tienen que aceptarlo, porque si no, entristecerán al Espíritu Santo». Y nosotros cerramos la boca del hombre que intenta descubrir qué anda mal y cómo se puede curar.

Si esto es así, que sólo debo predicar el amor, que sólo debo decirle, basándome en el libro de Efesios, lo maravilloso que es usted; si esto es así, entonces todos los profetas que hablaron desde el comienzo de los tiempos están equivocados. Empezando con Enoc, quien dijo: «He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impíamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él» (Jud. 1:14-15).

Esto no suena a inspiración ni a ánimo, ni invita a pensar

que el futuro será prometedor. Me recuerda más a un breve diagnóstico. Me parecen las palabras de alguien que analiza el tema para descubrir cuál es el problema.

Si yo no me atrevo a diagnosticar, y usted no escucha el diagnóstico, entonces todos los profetas se equivocaron. Y Cristo fue el mayor transgresor de todos ellos, porque no ha habido nadie más que pudiera mirar a nuestro interior y hacernos sentir devaluados. Nadie podía hacerlo tan bien como nuestro Señor Jesucristo.

Y si ésta es la manera en que debe concluirse toda investigación, si es así cómo debe silenciarse toda reprensión, entonces los apóstoles también fueron grandes pecadores, individuos cargados de prejuicios y herejes. Porque si usted no se lo cree, lea lo que escribió Pablo a los corintios; lea lo que escribió a los colosenses, a los gálatas; lea lo que escribió Pedro a los cristianos repartidos por el mundo; lea lo que dijo Judas sobre las personas que acudían a la iglesia. Lea lo que escribió Juan en su primera epístola, y en todas las demás. Lea lo que dijo Santiago. ¿Es que esos hombres no habían leído el pasaje que dice «no juzguéis, para que no seáis juzgados» (Mt. 7:1)?

Claro que conocían este texto, pero sabían qué significaba.

¿Acaso Pablo no conocía el texto «no piensa lo malo» (1 Co. 13:5) cuando dijo: «Ustedes, los amantes de la circuncisión, siempre intentan hacer cristianos con ayuda de unas tijeras. Ojalá se mutilaran ustedes, se librarán de sí mismos, salieran de la Iglesia»? Él fue quien escribió aquel pasaje que dice «[el amor] no piensa lo malo», y que el amor era lo más grande el mundo. Pero luego dijo a los falsos maestros gálatas: «¡Vayan a mutilarse ustedes!».

Es hora de emitir un diagnóstico. Es el momento de preguntar, investigar, llegar hasta la sangre, tomar la presión sanguínea y descubrir qué anda mal.

¿Debería decirle que los místicos estaban todos equivocados, así como los reformadores, que Martín Lutero debería haber acabado en prisión, y que Charles Finney debería haber pasado una temporada entre rejas, y que todos los hombres que han conmovido el mundo para Dios deberían haber estado entre rejas?

Si eso es cierto, entonces también es imposible obedecer las Escrituras. Entonces no me atrevo a emitir un juicio moral; no oso contemplar una cosa y decidir, a la luz de la Palabra de Dios, si está bien o mal. Esto supone que el Señor me ha dado un mandamiento que no puedo cumplir. «Guardaos de los falsos profetas», dijo el Señor, «que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces» (Mt. 7:15). Y los teólogos modernos dicen: «No juzguen a nadie, acepten a todo el mundo según su apariencia, y muestren el mismo amor que tuvo el Salvador».

Muy bien, entonces, cuando el lobo venga disfrazado de cordero, ¿qué debo hacer? ¿Le digo «Buenos días, ovejita»? ¿Es que no me atrevo a creer que sea un lobo aunque vea sus fauces babeantes?

Nadie puede ser tan efusivamente afable como esos ciegos que temen predicar la verdad. «Ame, querido hermano», dicen, mientras nos dan palmaditas en el hombro y nos llaman «querido hermano», con sus manos suaves y blancas. Si no puedo identificar a un lobo cuando lo vea, ¿cómo voy a mantenerlo alejado del redil, que es lo que se supone que debo hacer? ¿Puede decirme cómo podré precaverme de aquello que no me atrevo a identificar?

Jesús dijo: «Así que, por sus frutos los conoceréis» (Mt. 7:20). Ahora bien, supongamos que entro en un jardín viejo y descuidado en busca de una manzana jugosa, de las que solemos cultivar en Pennsylvavnia, pero lo único que encuentro es un manzano silvestre y una manzana agria y reseca, podrida y llena de gusanos.

Alguien pregunta: «¿Qué hace, reverendo?».

«Aquí estoy, juzgando la fruta. He venido a buscar fruta».

«Pero... es que no debe hacerlo. La Biblia nos dice “no juzguéis, para que no seáis juzgados”, así que usted no debería juzgar la fruta. ¿Es que Pablo no dice “el amor no piensa lo malo”, “no juzguéis, para que no seáis juzgados” y “amaos unos a otros”? Ese pobre manzano silvestre hace lo que puede, y su fruto intenta parecerse a una manzana. Y por si fuera poco, es una manzana jugosa en vías de desarrollo, ¡quién lo iba a decir! Si el Señor ama a la pobrecita, ¿por qué usted tiene que ser tan duro con ella?».

Por consiguiente, tengo que marcharme de puntillas. Ni siquiera me atrevo a ver la diferencia entre un manzano grande, exuberante y de frutos jugosos, y un manzano silvestre. Porque si la veo, es que estoy juzgando. Usted no puede obedecer las Escrituras; usted no puede obedecer la verdad que el Señor nos ha concedido. Si no puede emitir un juicio moral, si no puede criticar y discriminar, entonces no puede obedecer aquello que le han ordenado. El apóstol Juan dijo: «Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo» (1 Jn. 4:1). ¿Por qué nos dirige estas palabras si no podemos ni nos atrevemos a discernir entre los espíritus?

¿Debería sentir temor de emitir un juicio cuando el Dios Todopoderoso me ha enviado a hacerlo? ¿Tendré miedo de distinguir entre un manzano silvestre y uno que da manzanas jugosas, cuando Dios me ha enviado a distinguirlos? ¿Me asustará mirar a un lobo y decirle «Eres un lobo» cuando Dios nos dijo que estuviéramos alerta contra los lobos? ¿Me arredrará probar los espíritus cuando Dios dijo «probad los espíritus si son de Dios»? Dios no me va a ordenar que haga algo y luego culparme por hacerlo. No me enviará al mundo diciendo: «Ve y juzga el fruto» y luego me acusará por haberlo juzgado.

Las Escrituras dicen: «Examinadlo todo; retened lo bueno» (1 Ts. 5:21), y si no podemos emitir un juicio moral, entonces me gustaría saber cómo distinguiremos entre el bien y el mal. La instrucción de la Biblia es que si alguien llamado hermano practica la fornicación, o cualquiera de las otras cosas, como la idolatría y demás, no tomemos el pan con él o ella. Es decir, que no tengamos comunión con esa persona en la casa del Señor. Somos lo que somos porque hemos silenciado a los predicadores que osaron descubrir qué funcionaba mal en nuestras vidas, los que se atrevieron a inquirir dónde está el remanente o, incluso, si hay un remanente.

Examínese

¿Qué hemos de hacer al respecto? Primero, seamos conscientes de algo. Tengamos presente la presunción y la santurronería. Ésta es la trampa de todas las sectas y los sectarios, así como de los fariseos. Tengamos cuidado con el espíritu que dice: «Yo tengo razón; tómenme como modelo».

Lo maravilloso de un hombre justo es que ni siquiera desea hablar del tema. Lo maravilloso de un hombre santo es que no sabe que lo es. Lo hermoso de un santo es que es el único que no sabe que lo es.

En cuanto empezamos a hablar de lo santos que somos dejamos de serlo, si es que lo fuimos alguna vez. Si alguien más dice que un hombre es santo, le escucharé; pero si alguien se presenta diciendo que es santo, cierro mis oídos de inmediato, porque no quiero que los decibelios perturben los átomos en el interior de mi tímpano, porque sé que esa persona no está diciendo la verdad. Un buen hombre no sabe que lo es, y un santo no es consciente de su santidad, y el hombre justo piensa que es un miserable. «¡Oh, soy un pobre desgraciado! Amo a mi Salvador, y

por lo tanto soy feliz con Dios, pero cuando pienso en mí mismo me repugno».

Entonces, ¿cuál es la actitud correcta? Consiste en negarnos a compararnos con los demás. Compárese sólo con Jesús. El hombre que pertenece al remanente no pregunta si forma parte de él; espera, cree, confía, busca y anhela, y se compara no con los demás, sino con el Salvador. Compárese con otra persona y será orgulloso como Lucifer. Compárese con Jesús y será tan humilde y sencillo como Moisés (véase Nm. 12:3).

Por lo tanto, no hay que buscar el remanente; hay que tener cuidado con la presunción y la santurronería, y compararse solamente con Jesús. Entonces, cuando haya hecho eso, diga: «Soy un siervo inútil».

Lo que quiero decir es que debe acercarse a Él con humildad, sin decir «Soy santo, los demás que se aparten», sino: «Señor Dios, confío en que por tu gracia y el poder de la sangre del pacto eterno, pueda yo obtener una pequeña recompensa en los cielos; pero soy un siervo inútil».

En mi opinión —y creo que es más que una opinión, es perspicacia—, el cristianismo evangélico tal como lo entendemos dista casi tanto de Dios como el liberalismo. Su credo nominal es bíblico, pero su orientación es mundana. Los evangélicos modernos, el movimiento de santidad, los pentecostales, los amantes de la Biblia —aquellos que afirmamos ser evangélicos y tradicionales en nuestra fe cristiana— nos orientamos hacia el gran hombre de negocios. ¿Sabe?, Jesús nunca se llevó bien con ese tipo de personas en su época, pero nosotros las tomamos como modelo.

Centramos nuestra vista en la sala de banquetes.

La Iglesia evangélica está orientada hacia la espectacularidad. A esos individuos los identifico siempre, y sonrío para mis adentros rogando que Dios los despierte. Cuando oigo a un joven que sube al púlpito, sé dónde ha estado; sé dónde se ha criado.

Sube al púlpito desbordando energía, y es todo un maestro de ceremonias. Lo aprendió de la televisión. Sabe cómo mostrar esa sonrisa untuosa que se aplica con una espátula, y contagia a la iglesia con esa mueca condenable. Sube a la tarima y anuncia la reunión: «Y ahora, Maribel Pérez y Juanito Martínez cantarán un himno... Muy bien, chicos».

Sé dónde ha estado, y cuando olisqueo el aire no me llega el aroma de la mirra, del áloe, de la casia, la fragancia del cielo. Cuando aspiro, sé dónde ha estado aquel hombre. Su orientación se basa en la televisión y en las películas. Pero lleva bajo el brazo una Biblia tan grande como un baúl de cedro, y va con ella calle abajo mientras dice: «Voy a predicar un sermón cinco calles más allá, y llevo mi Biblia conmigo». Luego llega a la iglesia actuando como un hombre mundano y con su actitud contradice su sermón.

Estamos orientados hacia el juego, buscamos el respeto de ciertas personas, de los peces gordos religiosos. Somos apocados y tímidos, y si uno de ellos se pavonea por el pasillo, el humilde predicador se cuadra y le saluda.

No hay un solo hombre en Chicago que ocupe una posición social lo bastante alta, que deba lo suficiente, que posea la propiedad suficiente o que disponga de innumerables cuentas corrientes, o que pueda firmar un cheque lo bastante sustancioso como para cerrar mi pequeña y vieja boca. Ni uno solo. Puede ser sacerdote de esto, cardenal de lo otro u obispo de lo de más allá. Puede ser el potentado sin corona, el fundamentalista, el embajador autoproclamado del evangelicalismo moderno, pero seguiré predicando lo que Dios me dice que debo predicar.

Vivamos como la Iglesia primitiva

Por lo tanto, ¿qué podemos hacer? Creo que lo primero que debemos hacer es recuperar la vida del Nuevo Testamento. Debemos

escudriñar las Escrituras y descubrir el grado de moral y de ética que es la característica distintiva de los genuinos creyentes en Cristo. Hemos de negarnos a nosotros mismos, renunciar al mundo en todos los campos que sea posible, y tener siempre en cuenta que el cristianismo y el mundo no combinan bien. No podemos tener un mundo cristiano, pero, lamentablemente, sí podemos tener un cristiano mundano.

Por último, debemos resistirnos al magnetismo de la mayoría. Nunca debemos permitir que la mayoría pese más que la enseñanza clara de la Palabra de Dios. Entonces podemos regresar a Jesucristo como Señor, entregando nuestra lealtad y nuestro compromiso a Él y a todos los que le siguen.

Como Jesús quiero ser

James Rowe (1865-1933)

El mundo en vano me llama,
Como Jesús quiero ser;
Nada del mundo me atrapa,
Como Jesús quiero ser.

Él me dio la libertad,
Como Jesús quiero ser;
Yo le doy mi voluntad,
Como Jesús quiero ser.

Desde el mundo hasta la gloria,
Como Jesús quiero ser;
Contaré siempre esta historia:
Como Jesús quiero ser.

Que cuando llegue hasta el cielo,
Como Jesús quiero ser;

Que pueda decirme: «Buen siervo»,
Como Jesús quiero ser.

Ser como Cristo: es mi canción,
Es mi objetivo y es mi ambición.
Ser como Cristo, sin excepción,
Como Jesús quiero ser.

EL RECUERDO FASCINANTE DE LAS PALABRAS MUERTAS

En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti.

SALMO 119:11

En todo pensamiento o empresa, en cualquier momento de la historia, predominan ciertas palabras y expresiones que gobiernan el pensamiento y las actividades de esa generación dentro de un campo determinado.

Esto es cierto en el campo de la filosofía, y también en los de la literatura, la política y la religión. En cada generación, en toda época o periodo histórico, hay ciertas expresiones, palabras e ideas que se enseñorean de las mentes de los hombres. Determinan la dirección del esfuerzo humano durante esa generación. El poder de esos términos radica en que encarnan y expresan ideas primordiales.

No subestime el poder de una idea. Juan dice: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho» (Jn. 1:1-3). Cuando Juan dijo «en el principio era el Verbo», utilizó la palabra *logos*. En el principio fue una idea activa y expresada. Por lo tanto, en el principio hubo una idea activa, y todo fue creado a partir de ella, nacido del corazón de Jesucristo, el Hijo de Dios.

Todo lo que nos rodea, en cualquier lugar donde vivan los hombres, nació de una idea o ideas. Por ejemplo, pensemos en la civilización. Resulta tan difícil de comprender que no estoy seguro de saber exactamente qué es la civilización, pero sin duda es mejor que la selva. Es mejor vivir en el Jefferson Hotel que en una choza de barro y dormir en el suelo. La civilización tiene sus ventajas, y nació en la mente descontenta de alguien que, allá en el pasado remoto, decidió que iba a arreglar un poco las cosas para mejorarlas. De modo que nuestra civilización nació de esa idea.

Tomemos el concepto de *libertad*. En nuestro país aún queda un poco, y todo lo que tenemos, lo que vemos y hemos disfrutado a lo largo de las generaciones, nació de la idea de las mentes torturadas de determinadas personas que, incluso estando en prisión algunas de ellas, tuvieron elevados sueños de libertad. Benjamin Franklin, Thomas Jefferson y el resto de los Padres Fundadores encarnaron esas ideas en la Constitución de los Estados Unidos, que según dijo William Gladstone fue el documento más poderoso y noble jamás concebido por la mente humana. Todo empezó con una idea.

Lo mismo sucede con el concepto de *transporte*. Alguien, en alguna parte, vestido con una piel de leopardo, descubrió la rueda. Se dio cuenta de que si tomaba una pieza redonda y le practicaba un agujero en el centro, era muy fácil hacerla rodar; y de aquí nació la rueda. A partir de la rueda llegaron los automóviles, los aviones, los trenes y todo aquello que nos traslada de un punto a otro.

Pensemos en la *comunicación*. Guglielmo Marconi, inventor italiano, fue uno de los primeros en desarrollar la comunicación por radio comercial y viable. Se supone que emitió y recibió su primera señal de radio en Italia, en 1895. De esta idea surgieron la radio y la televisión.

Lo mismo sucede con la idea *Reforma*. Un hombre llamado David, por inspiración del Espíritu Santo, dijo: «Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño» (Sal. 32:2). Esa idea quedó aletargada durante mucho tiempo. Volvió a la vida en el corazón de Pablo, quien nos dio los libros de Romanos y Gálatas. La idea de la justificación por la fe se impuso en el pensamiento de la Iglesia primitiva, y luego volvió a sumirse en el sopor durante mucho tiempo. Renació en la mente de aquel alemán llamado Martín Lutero y de algunos de sus ayudantes, y tuvimos la Reforma.

Fue también del corazón torturado de un hombre, el Dr. A. B. Simpson, del que nació la Alianza Cristiana y Misionera. Antes de ser una sociedad tuvo que ser una idea. Por lo tanto, toda la Alianza Cristiana y Misionera, con todos sus misioneros repartidos por el mundo, estuvo en cierto momento dentro del corazón de un canadiense llamado A. B. Simpson. Era una idea tan pequeña como una bellota, apenas tan grande como para poder medirla, pero estaba allí.

Las ideas son poderosas; no las infravalore nunca. Pero en todo este asunto hay una trampa: las ideas, las palabras y las expresiones suelen vivir una sola generación, y luego desaparecen. Sin embargo, después de su muerte se niegan a esfumarse del todo; siguen teniendo poder aun después de haber fallecido.

Las palabras muertas en la siguiente generación

Dentro de la religión, esto lo vemos más claramente que en cualquier otro campo de la actividad o del pensamiento humano. Dios interviene otorgando a una generación una idea viva beneficiosa para aquel momento, una verdad viva. Esta verdad se viste, se encarna, en una expresión, una palabra o media docena

de frases. El concepto expresado se incluirá en una bibliografía. Se escribirán libros sobre él, se le dedicarán revistas, y habrá predicadores que recorran el país de un extremo a otro, exponiéndolo; a su alrededor se crearán centros docentes, y se convertirá en una escuela de pensamiento en su generación. Como es una idea viva, y procedía del corazón de Dios, es creativa y poderosa, y de ella surgen grandes cosas. Luego morirá. Se marchitará en el corazón de las personas a las que contribuyó a crear, normalmente hasta la siguiente generación.

Después de esto, seguirá influyendo. Aquellas palabras y frases muertas que una vez describieron una idea viva siguen determinando nuestra doctrina y el modo expositivo de los predicadores de ese grupo, el contenido de lo que se enseñe en las escuelas, lo que aparezca en las revistas, se escriba en los libros y se incluya en las canciones. Nadie admite que el término murió una generación atrás. La palabra pasa de boca en boca, se mueve de un lado a otro, convirtiéndose en el reclamo y en el centro de grandes grupos de personas, incluso de denominaciones. Pero ese término murió hace mucho, y ya no le queda vida, ni hace lo que se propuso hacer o hizo originariamente. Tampoco hace lo que consiguió en la primera o en la segunda generación que la utilizó.

Y así continuamos durante una o dos generaciones más, dominadas por los fantasmas de términos teológicos, esos muertos vivientes. Vivimos rodeados de voces espectrales que claman desde las tumbas de la teología, desde esos sepulcros mohosos en que yacen los muertos. Nadie tiene el valor de ponerle freno y decir: «Eso ya está muerto», y mirar a Dios en busca de una idea nueva. De modo que las grandes y yertas manos de las frases teológicas nos estrangulan. Nuestra vida se asfixia debido al uso constante de palabras que en cierto momento significaron algo para algunas personas, pero que para nosotros no significan nada.

Las palabras muertas en la Iglesia actual

Voy a mencionar solamente dos de esas palabras muertas. Una de ellas es el verbo «aceptar». Esta palabra enseña *la doctrina de la pasividad moral*. La otra palabra es «recibir», que enseña *la doctrina de la inactividad espiritual*.

«Aceptar» fue un buen término en determinada época. De paso diré que la palabra «aceptar», en el sentido de «aceptar a Jesús», no aparece en la Biblia. Pero hubo un momento en que fue una idea viva. Describía un conjunto de circunstancias con experiencias espirituales circunscritas a una generación concreta. Se alzaron voces vivas que dijeron: «Usted no es salvo por obras, sino por aceptar a Cristo»; era un mensaje dotado de vida. Los hombres que habían intentado trepar por la escalera de Jacob de las buenas obras descubrieron de repente que podían aceptar a Jesús en su corazón y así, sencillamente, convertirse. En su época fue un término maravilloso.

Durante las grandes campañas de una generación anterior, se convirtió en el lema del movimiento evangélico, el fundamentalismo, el evangelismo a fondo y las misiones mundiales. Contenía una verdad poderosa que ya hace mucho que murió, pero el vocablo perdura. Se mantiene dentro del espectro teológico, y produce una generación de cristianos —o autoproclamados cristianos— que tienen corazones impenitentes, espíritus frívolos y una conducta mundana. Dicen a las personas que vienen a nosotros para convertirse: «Acepte a Jesús», de modo que ellas dicen: «Muy bien, aceptaré a Jesús». En consecuencia, aceptan a Jesús y ahí acaba el asunto. No se produce una transformación, ni se sana una sola raíz impenitente de su ser. Hay un orgullo que jamás se ha crucificado, una mundanalidad a la que nunca han podido vencer y una frivolidad espiritual más allá de toda descripción. Hoy día, hay toda una generación cuyos miembros son las víctimas de esta palabra teológica ya muerta, «aceptar».

Para darle una ilustración de lo que quiero decir, existe un centro especializado en alcanzar a los jóvenes soldados y hablarles del Señor. Tienen un personal que, se supone, les da testimonio del Señor Jesús antes de que a los jóvenes los envíen al extranjero.

Cierta día, uno de esos trabajadores, predicador bautista, vino a visitarme a mi oficina. Se dejó caer en un sofá viejo y grande y me dijo: «Hermano Tozer, estoy muy angustiado. Trabajo en tal y cual centro. ¿Sabe cuál es el problema que tenemos? No me dejan mencionar el arrepentimiento. Lo único que puedo decir a esos muchachos que van a morir es que acepten a Jesús. El resultado es que inclinan sus cabezas y dicen «Sí, le acepto», se ponen en pie sonriendo con cierta tristeza y me estrechan la mano. Algunos de ellos, cuando salen, están asustados. Es posible que no vuelvan jamás, y ni siquiera puedo atreverme a hablarles del arrepentimiento, del pecado ni de la tristeza que éste genera. Solo me permiten decir que acepten a Jesús».

El perjuicio de esta práctica será evidente en las generaciones futuras, cuando tengamos una Iglesia anémica y orientada al mundo en todas sus facetas. «Aceptar» a Jesús sin exigir la transformación del hombre o de la mujer da como resultado rechazar al Cristo del Nuevo Testamento. Por todo el país hay evangelistas que proclaman el mensaje «Acepten a Jesús», que en nuestros días no pasa de ser un muerto teológico, una voz desde la tumba que no significa nada para esta generación.

La segunda palabra es el verbo «recibir». Este término enseña *la doctrina de la inactividad espiritual*. Tanto «aceptar» como «recibir» son términos pasivos, y el resultado práctico de esta doctrina de recibir es, ni más ni menos, toda una tragedia en nuestro país.

Cuando yo era joven conocí a una mujer anciana, ¡que Dios la bendiga! No dominaba mucha teología, pero creía que la forma de ser llenos del Espíritu Santo consistía en ponerse

de rodillas, morir al mundo y abrir el corazón. Como en aquella época yo tampoco dominaba mucho la teología, la obedecí, gracias a Dios. El resultado fue que el Espíritu Santo invadió mi naturaleza como en los tiempos antiguos. Por eso no puedo predicar ningún sermón sin mencionar al Espíritu Santo ni su bautismo, porque yo lo recibí.

No pasó mucho tiempo después de eso cuando la Iglesia empezó a decir «Reciba al Espíritu Santo». Venía algún joven, con el corazón hambriento y una mirada reflexiva, y preguntaba: «¿Cómo puedo recibir al Espíritu Santo?», y su profesor respondía: «Bueno, pues recíbelo, simplemente recíbelo, joven. ¿Le recibes?».

«Sí, le recibo».

La tragedia es que aquel joven, y otros como él, no le recibieron. Y hemos enviado a docenas de hombres a los campos de misión que no tienen otra cosa que ofrecer que la doctrina de la pasividad espiritual.

Éstas son palabras muertas, aunque dadas otras circunstancias, en otra época, es posible que vuelvan a la vida y se conviertan en palabras del propio Dios para otra generación.

El peligro de las palabras muertas

Estos dos vocablos, «aceptar» y «recibir», se han explotado y luego se ha permitido que mueran, y además han fallecido en la misma casa de sus amigos. El resultado es que no «recibimos», y cualquier tipo de credo que tengamos no transforma nuestra vida

Una vez recibí una llamada de larga distancia de una mujer que vivía en Boston. Me dijo: «Acabo de terminar su libro *La conquista divina*, y mi esposo y yo queremos ir a Chicago y ser llenos del Espíritu Santo».

«Bueno», le respondí, «para ser llenos del Espíritu Santo no tienen que venir aquí».

Me dijo: «No, un momento, es que no conozco a nadie en esta ciudad que me diga cómo ser llena del Espíritu».

Yo no supe decirle adónde ir; supongo que había personas que podrían haberles ayudado, pero uno no puede hablar mucho rato por teléfono. Le dije: «Hermana, no puedo permitir que vengan. Vayan y lean de rodillas *La conquista divina*, los dos, y sigan leyendo hasta que el fuego descienda».

Ella me dijo: «¿Cree que eso funcionará?».

Le dije: «Seguro que sí».

No sé lo que sucedió, pero espero que fuera eso.

Podría mencionar otras muchas palabras como ejemplos de términos muertos para esta generación particular de cristianos, pero los verbos «aceptar» y «recibir» están destruyendo la naturaleza misma de la Iglesia. Si no se hace nada para corregir esto, la siguiente generación de cristianos sufrirá profundas enfermedades espirituales que impedirán que sus miembros sean el testimonio a su generación que Dios espera que sean.

Bellas palabras de vida

Philip P. Bliss (1838-1876)

¡Oh, cantádmelas otra vez!
 Bellas palabras de vida;
 Hallo en ellas mi gozo y luz,
 Bellas palabras de vida.
 Sí, de luz y vida
 Son sostén y guía.

Coro

¡Qué bellas son, qué bellas son!
 Bellas palabras de vida.
 ¡Qué bellas son, qué bellas son!
 Bellas palabras de vida.

Jesucristo a todos da
Bellas palabras de vida;
Él llamándote hoy está.
Bellas palabras de vida.
 Bondadoso te salva,
 Y al cielo te llama.

Grato el cántico sonará,
Bellas palabras de vida;
Tus pecados perdonará,
Bellas palabras de vida.
 Sí, de luz y vida,
 Son sostén y guía.

PALABRAS DE VIDA PARA LA IGLESIA ACTUAL

*Te guiarán cuando andes; cuando duermas te guardarán;
hablarán contigo cuando despiertes. Porque el mandamiento
es lámpara, y la enseñanza es luz; y camino de vida
las reprensiones que te instruyen.*

PROVERBIOS 6:22-23

Nadie puede negar el poder de las palabras. En el Reino, debemos tener cuidado de que las palabras que tenemos delante sean vivas, y de que hagan en nosotros lo que están destinadas a hacer. A pesar del hecho de que muchas palabras han muerto en casa de sus amigos, hay palabras vivas imbuidas de poder desde lo alto. Quiero ofrecerle algunas palabras vivas, términos que no son zombis, ni cosas muertas, sino palabras de vida para nuestros tiempos.

Purificación

El primer término es «purificación». Esta palabra aparece en la Biblia: «Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve» (Sal. 51:7). El significado es que David quería ser purificado de sus antiguos pecados. El vocablo «purificación» es muy pertinente para nuestra época.

¡Qué diferente sería si a un soldado que va camino de la muerte le dijeran: «Soldado Jones, ¿ha sido purificado de sus pecados? ¿Le ha lavado la sangre y el fuego?»! Creo que con esta pregunta llegaríamos al interior de aquel joven, más que si le dijésemos, simplemente: «¿Ha aceptado a Jesús?».

Por supuesto, a esta última pregunta respondería «Sí, lo haré», e inclinando la cabeza diría «Acepto a Jesús», y no pasaría nada. Sería muy diferente para todo el mundo si retomásemos una palabra bíblica viva y dijéramos: «Jesucristo vino para purificar a las personas».

Hoy día se excusa el pecado en vez de purgarlo. Se ha creado toda una escuela de pensamiento en torno a la justificación del pecado dentro de la Iglesia, y se intenta justificar que es algo totalmente normal y, por consiguiente, aceptable. Se escriben libros para justificar cometer algunos pecadillos mientras se sigue siendo un buen cristiano. Es una situación terrible, y debemos recuperar las palabras ardientes de antaño.

Alguien dirá que si vamos por ahí diciendo a la gente que tiene que purificarse de sus pecados, pensarán que estamos locos. No podrá hacer mucho, a menos que sea un poco fanático. Si insiste en ser políticamente correcto, será tan estéril como un mulo. Éste es nuestro problema hoy día; somos estériles porque somos políticamente correctos.

Las sectas son fanáticas, y sus miembros están ganando adeptos a nuestro alrededor. Nosotros preferimos ser correctos, y que la gente diga de nosotros: «Es un hombre muy equilibrado; tiene la cabeza en su sitio».

No quiero que nadie me diga que tengo la cabeza en su sitio. Nadie me la ha puesto donde está. Me da lo mismo que digan que soy un fanático, un radical. También lo fueron Pablo o Cristo; también lo fueron John Wesley y A. B. Simpson; como lo fue cualquier hombre que retó a su generación con ideas nacidas

de Dios, y que se atrevió a descartar las ideas muertas, a repeler las frases que ya no significan lo mismo que en otros tiempos, y que han perdido su poder.

La gente usa palabras como «separación» y expresiones como «las regiones más remotas»; que una vez encarnaron una idea viva que motivó a toda la Iglesia de Cristo. Hoy día ya no viven, no respiran, y propagamos y perpetuamos los sudarios de las ideas muertas. Por consiguiente, «purificación» es un término que le recomiendo. ¿Ha sido purificado de sus pecados?

Iluminación

Otra de las palabras que quiero proponer es «iluminación». Ya nadie espera ser iluminado. Sin embargo, yo creo en la iluminación interior. Si un hombre es purificado de su pecado, dentro de él se producirá una iluminación.

En la historia, ha habido los cuáqueros, que conocieron esta iluminación interna; llevaban luz en su interior. Y los antiguos metodistas y algunos otros levantaron a toda una generación de personas, sin tener una gran educación o capacidad socializadora. Se limpiaban los dientes con sus cuchillos y arrojaban los huesos de pollo a los perros en el palacio del gobernador, como hacía Peter Cartwright. Habían llegado al punto en que recibieron un repentino destello de iluminación de lo alto, y conocieron la luz interior.

El mero hecho de que hoy día se formulen tantas preguntas es un indicador terrible de que no estamos iluminados. El hombre iluminado no formula preguntas, las responde. Hoy día todo el mundo hace preguntas; nos rodean formulando preguntas sobre cierto detalle teológico o cierta minucia, e inquiriendo qué significa un matiz concreto de un pasaje.

Hace años hubo una generación de mozos de labranza

vestidos con pantalones vaqueros, y que sabían más teología de la que pueda usted aprender en ninguna escuela. Isaías dijo: «En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo» (Is. 6:1). Ezequiel dijo: «Aconteció en el año treinta, en el mes cuarto, a los cinco días del mes, que estando yo en medio de los cautivos junto al río Quebar, los cielos se abrieron, y vi visiones de Dios» (Ez. 1:1).

Lo que anhelamos en estos tiempos son unos pocos hombres, solo unos pocos, que no tengan que consultar a unos o a otros si tienen o no razón. Ésta es una iluminación que nadie conoce por naturaleza. Es un destello celestial que alumbró el alma interior.

Al principio, a ese hombre lo rechazarán; todos le tendrán miedo. Lo considerarán polémico. Dirán: «Bueno, me temo que el pobre va a tener problemas». Irá por ahí, rechazado durante un tiempo, y luego se encontrará a sí mismo y avergonzará a todos aquellos que pensaban que estaba un poco loco. Hoy día necesitamos personas iluminadas. Creo en la iluminación interior.

Renuncia

Le ofrezco otra palabra: «renuncia». Jesús dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame» (Mt. 16:24). Vivimos en una época en que ya no se enseña la renuncia. Para ser cristianos no se supone que debamos renunciar a nada. No se nos dice que lo hagamos, no se supone que procedamos así. Simplemente creemos algo y lo aceptamos pasivamente, con una inercia moral, y luego retomamos lo que estuviéramos haciendo antes. Y hay personas en este país que han convertido su trabajo en comprometer la cruz de Cristo con el mundo, hasta que no se puede distinguir entre una y otro. Somos una transigencia gigantesca.

Cuando una persona se convierte, debería renunciar a su vida anterior. Somos miembros de una nueva creación, nacidos de lo alto, hijos del Padre, coherederos con el Hijo. El cielo es nuestro hogar, aleluya es nuestro idioma, y pertenecemos a una pequeña compañía, un grupo minoritario despreciado y rechazado por los hombres.

En lugar de esto, el cristianismo se ha puesto de moda. El movimiento evangélico está de moda y, por lo tanto, está muerto. Una vez escribí un breve ensayo titulado «La supresión de los cultos de oración: una religión pagana». Decía que la oración pagana consiste en orar y luego volver al escenario y rodar otra película.

Alguien me envió una carta encantadora, inteligente. Me dijo: «Soy evangélico. Soy licenciado de...», y mencionó cierta escuela cristiana importante. «Hermano Tozer, su editorial me pareció un prejuicio evangélico contra las películas. ¿No cree que ha llegado el momento de volver a reflexionar sobre las películas en los círculos evangélicos? Hay algunas películas buenas, y los evangélicos no deberían ir a ver las malas y así darles una categoría que no tienen. Su postura me suena a dogmatismo categórico».

Me senté y le escribí una carta: «Querido hermano, su sugerencia de que los evangélicos aceptemos las películas es bastante antigua. Los modernistas dijeron eso hace treinta años, y volvieron a repensar las películas, de modo que ellos y ellas son ahora como son. Y no hay separación entre ambos».

Siempre que escuche a alguien defender el derecho a ser mundano, es que esa persona está encubriendo una incredulidad esencial en su corazón. El hombre que ha sido purificado e iluminado renuncia al mundo, lo abandona, se libra de él. Si Dios convierte a una actriz, los cristianos tenemos derecho a que se vista, salga del escenario y nunca vuelva a él. Si Dios convierte

a un jugador, tenemos derecho a pedirle que tire sus naipes, salga y pague a todos sus deudores, si puede, venda todos sus caballos y renuncie al rocín de cola corta.

Pero «renuncia» es una palabra que ya no usamos.

Inmolación

Tengo otra palabra para usted: «inmolación». Significa ofrecerse como un cordero sobre el altar. Cuando el sacerdote veterotestamentario tomaba un cordero, lo colocaba sobre el altar, lo ataba y lo degollaba: eso era la inmolación. Pablo lo dijo en el capítulo 12 de Romanos. Hoy día lo que buscamos no es un lugar donde morir, sino la seguridad. El pueblo de Dios no debería buscar la seguridad ni un sitio donde ocultarse, sino un lugar donde morir, donde entregarse como ofrenda a Dios.

El pueblo de Dios quiere usar a Jesús como una lancha de salvamento frente a los peligros. Quieren usarlo como un puente sobre el fuego, y luego volver a vivir como lo hacían antes, y no buscar jamás un lugar donde inmolarsse.

¿No es hora de que alguien deje de buscar los lugares cómodos, los cojines sobre los que caer y los lugares donde esconderse? Nosotros, que afirmamos ser seguidores del humilde nazareno, deberíamos comenzar a inmolarlos y a buscar un altar donde morir, en lugar de esperar un viaje fácil.

Hace unos pocos años, tuve que tomar cierta decisión y, según creo, la tomé por la gracia de Dios. Tuve que decidir si iba a envejecer, decaer, debilitarme y predicar con voz aguda. Si buscaría una vida fácil, me haría la cama, me retiraría a una casita junto a un lago, jugaría y viviría de mi pensión. O bien si iba a ser una voz para esta generación, pasara lo que pasase; si iba a buscar un lugar donde morir y pedir a Dios el privilegio de transmitir su Palabra a esta generación.

Adoración

Tengo una palabra más: «adoración». Ya no oímos hablar mucho de la adoración; ya no adoramos a Dios. Soy un fanático de los himnos antiguos. Pero soy fanático con los ojos abiertos, porque me gusta entonar las canciones que adoran a mi Hacedor. La música del corazón es la adoración. La música del cielo es adoración. Cuando lleguemos al cielo, descubriremos que los arpistas adoran a Dios. No interpretan melodías mundanas. Adoran a Dios, y un hombre bautizado por el Espíritu adorará a Dios.

No quiero volver al pasado y decir cómo eran los evangélicos en los viejos tiempos. Ésa es una técnica antigua que no me gusta. Descubrí el secreto, si quiere llamarlo así, de su poder en su generación. Amaron a Jesús hasta que clamaban de júbilo. Adoraban a la Persona de Jesús; eran los arpistas que pulsaban sus instrumentos; algunos de sus poemas eran malos y los cantaban desafinando, pero adoraban a Dios.

Busco la comunión de los corazones encendidos. Reclamo como míos a los metodistas y a los bautistas, y estoy con todos los que aman a Jesucristo; pero busco la comunión de los corazones ardientes: esos hombres y mujeres, de todas las generaciones y de cualquier lugar, que aman al Salvador, hasta que «adoración» se haya convertido en la nueva palabra, y ya no necesiten que los entretengan y los diviertan. Este Cristo era el todo en todos.

Si nos convertimos en adoradores de Dios, Él nos honrará en la hora en que vivamos. Creo que deberíamos insistir en que adoremos a Dios, y que no podemos adorarle hasta que estemos purificados de nuestros pecados, iluminados por un bautismo de fuego, hasta que hayamos renunciado al mundo y a todos sus engaños y nos ofrezcamos sobre el altar, listos para morir. Si quemamos el puente y renunciamos a todo, en nuestros corazones nacerá la adoración del Señor Jesucristo.

A veces cantamos el antiguo himno de Isaac Watts con la letra que dice «Venid, nuestras voces alegres unamos».

Isaac Watts, que escribió este himno en 1714, era inglés y calvinista. Usted me dirá: «De acuerdo, entonces hemos de ser calvinistas para ser adoradores». Déjeme que le cuente algo más.

Había un hombre arminiano, llamado John Wesley, un arminiano consumado. No creía en todas esas «tonterías» de los calvinistas, como él las llamaba. Dijo que creía en la teología arminiana. Cuando ya contaba 80 años de edad, había recorrido más de 40.000 kilómetros sobre el lomo de un viejo caballo, cansado y huesudo; había fundado iglesias y había puesto Inglaterra al revés. Ahora, estaba echado en su cama, demasiado débil hasta para cantar, y quería morir pero no ceder a la inactividad. Estaba esperando su marcha, y entre tanto intentaba cantar.

Sus amigos, en torno a la cama, se inclinaron cerca del viejo arminiano mientras éste yacía moribundo, y oyeron que cantaba con su vocecita temblorosa y aguda. Cuando se inclinaron un poco más para distinguir el himno, ¿qué supone que oyeron? El viejo himno calvinista «Venid, nuestras voces alegres unamos al coro celeste del trono en redor». En sentido figurado, Isaac Watts y John Wesley dejaron de lado sus teologías, y se dieron un fuerte abrazo y cantaron juntos.

Me niego a discutir sobre teorías, pero busco la comunión de los corazones ardientes. Busco a hombres y a mujeres que se pierdan en la adoración, que amen a Dios hasta que Él sea el centro de su alma.

Tengamos el valor de dejar de usar palabras que han perdido su significado. No digamos simplemente «amén» cada vez que se levanta alguien y grita una frase con la que nos hayan educado. Veamos si está viva o muerta. Examinémosla un poco y digamos: «A ver, espere un momento. ¿Eso está vivo?». Si está vivo, clame; si no lo está, entierrelo.

Doy gracias a Dios por haberme librado de las discusiones doctrinales y las minucias teológicas. Doy gracias a Dios porque he sido lo bastante fanático como para cerrar mis ojos y saltar, y Dios se cuidó del resto.

Ahora busquemos algunas ideas vivas. Prediquemos de nuevo que los hombres pueden purificarse mediante el fuego y la sangre, que el Espíritu Santo puede iluminarlos desde el interior, y luego que son llamados a renunciar a la mundanalidad en cualquiera de sus formas, y ofrecerse en un altar para morir. Entonces, si el resultado no es una zarza ardiente de adoración, es que mi hipótesis era incorrecta.

Seamos sinceros al hablar de estos temas, y descubriremos que nuestro Padre celestial vendrá a nosotros como en la antigüedad, y podremos conocer de nuevo la llama de fuego y devolver la zarza ardiente a nuestra religión.

Venid, nuestras voces alegres unamos

Isaac Watts (1674-1748)

Venid, nuestras voces alegres unamos

Al coro celeste del trono en redor:

Sus voces se cuentan por miles de miles,

Mas todas son una en su gozo y amor.

«Es digno el Cordero que ha muerto», proclaman,

«De verse exaltado en los cielos así».

«Es digno el Cordero», decimos nosotros,

«Pues él por su muerte nos hace vivir».

Digno eres Jesús de alcanzar en los cielos

Poder y riquezas y gloria y honor,

Y las bendiciones que darte podemos
Se eleven por siempre a tu trono, Señor.
Que todos los seres que hicieron tus manos,
Que pueblan la tierra, y el aire y el mar,
Unidos proclamen tus glorias eternas,
Y dente alabanzas, Señor, sin cesar. Amén.

CÓMO ACTÚA DIOS EN SU IGLESIA

Y Jesús les respondió: Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo.

JUAN 5:17

Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.

FILIPENSES 2:13

*Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo.
Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo.*

1 CORINTIOS 12:4-6

Al reflexionar sobre cómo opera Dios en su Iglesia, quiero reconocer mi deuda con lady Juliana de Norwich, una mujer a la que conocí 600 años después de su muerte y de que hubiera pasado a vivir a otro mundo, uno mejor. El breve libro de lady Juliana de Norwich que cito con bastante frecuencia se titula *Libro de visiones y revelaciones*. Incluiré algunas citas de ese librito, que me ayudarán a explicar el modo en que obra Dios en su Iglesia.

Permítame exponer esto mediante lo que llamaré «los cinco axiomas espirituales» para demostrar cómo obra Dios en su Iglesia hoy día. Comprender esto nos ayudará mucho para saber

qué hace Dios no solo en la Iglesia universal, sino también en la vida del cristiano individual.

No hacemos nada por nosotros mismos

El primer axioma espiritual que quiero destacar es que *Dios hace todo lo creativo y constructivo*. No hace nada malo. El pecado es un acto de rebelión temporal contra Dios, y su explicación sigue oculta. El pecado está escondido; es decir, por qué el gran Dios obra mientras el pecado sigue aún presente en el mundo es un misterio para nosotros. Todavía no lo sabemos, porque esas cosas no reveladas son un misterio.

A la gente no le agrada la palabra «misterio», pero es una gran palabra bíblica, con la que deberíamos aprender a vivir. Y es que el mundo —todo lo que nos rodea— está envuelto en el misterio. Sobre las cosas ocultas, lady Juliana escribió: «Y no vi a la criatura que actúa, sino a Dios actuando en la criatura».

Esto es exactamente lo que dice la Biblia tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Recordemos que cuando el Señor obró por medio de Gedeón, hizo lo que algunas versiones llaman «revestirse de Gedeón» (Jue. 6:34). Tomó a Gedeón, se vistió de él y realizó, por medio de Gedeón y en él, sus obras poderosas. No fue Gedeón quien lo hizo, sino Dios quien obraba por medio de aquel hombre.

Entonces llegamos a David y Goliat en el Antiguo Testamento, y nos damos cuenta de cómo se manifiesta este principio de que Dios hace todo lo que es constructivo. Dios lo hace, no la gente, el hombre, una criatura, sino Dios. Éste es el motivo de que David no llevase armadura.

Imagino que en todo Israel no habría ningún comité o junta directiva que hubiera acompañado a David, permitiéndole ir a luchar con el gran Goliat —con una espada poderosa y

tan grande como un rodillo de telar— sin armadura. No podría haber convencido de esa idea a nadie. Podría haber argumentado, rogado y escrito, pero no hubiera encontrado a nadie que le hubiese permitido ir a la batalla sin armadura. E incluso David, aunque brevemente, se vistió con la armadura de Saúl, pero como era demasiado grande para él se la quitó y dijo que no era su armadura. Pero si hubiera consultado con un comité o una junta para quitarse la armadura, nunca se la hubiera quitado. Le hubieran enviado al combate tan sobrecargado que no se podría haber movido; y, por supuesto, Goliat se hubiera limitado a derribarle y pisotearle. Pero David no optó por esa estrategia: no tenía armadura.

¿Por qué envió Dios a un hombre sin armadura contra un gigante que estaba recubierto de ella? Porque Dios quería decir: «Yo soy quien lo hace todo». Quería demostrar que «es Dios el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Fil. 2:13). ¿Por qué envió a David contra Goliat cuando existía una diferencia tan grande entre sus respectivas estatura y fuerza? Aquel hombre, Goliat, era enorme, y David tenía una estatura normal (no estoy seguro de que, incluso, no estuviera un poco por debajo de la media), y sin embargo Dios enfrentó a los dos. ¿Por qué? Para que David nunca pudiera jactarse de aquel combate. David nunca dijo a ninguna de sus esposas, si se ponía un poco rebelde: «¿Te acuerdas de lo que le hice a Goliat?». Sabía que no era él quien lo hizo, sino Dios.

Luego estaba el tema de las armas desiguales. David sólo disponía de cinco piedras lisas, unos guijarros pequeños redondeados por las aguas del río. No tenía más que una honda. No era un tirachinas como los que tienen los niños de hoy día, de goma; aún no se había inventado ese material. No, estaba fabricada con dos tiras de cuero. ¿Se puede imaginar a Dios enviando a un muchacho joven y bajito, sin armadura y sin un arma poderosa,

contra un gigante que ya había demostrado su fuerza? Lo cierto es que es ridículo, pero Dios lo hizo porque «es Dios el que [obra] en vosotros».

Seamos conscientes del pasaje difícil de 1 Corintios 12:4-6. Dios está diciendo cómo obra el Espíritu Santo en las personas y por medio de ellas. Dios tiene una obra por hacer, y la hace personalmente y por medio de su pueblo, mediante los dones del Espíritu. «Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo». La idea es que las mentes mortales no pueden tener pensamientos inmortales.

Si solo conociéramos esta verdad, en las reuniones de las iglesias locales los asistentes manifestarían humildad, en vez de llegar con la seguridad de tener todas las respuestas. En lugar de tener que responder todas las preguntas, optaríamos humildemente por formularlas, sin más. Las mentes mortales no pueden tener pensamientos inmortales. Dios debe tener pensamientos inmortales por medio de nosotros, o nuestros pensamientos serán mortales, y los hombres mortales no pueden hacer obras inmortales. Se trata de una imposibilidad total. Dios hace sus obras eternas por medio de las manos de los hombres, cierto, pero es la obra de Dios en ellos.

Esto es algo que la mayoría no sabe, y supongo que lo aprenderemos y lo olvidaremos, pero Dios no nos ofrece una reserva de sabiduría y de poder. Si lo hiciera, bien pronto se echaría a perder. Dios nunca se acerca a un hombre en función del modo en que nosotros lo valoramos, le insufla una gran sabiduría y le dice: «Si tienes algún problema, ven a verme o llámame, y ora; pero entre tanto, tienes toda una cisterna repleta de poder y de sabiduría. Puedes sacar de ella, porque es tuya». Dios nunca trabaja así.

Dios no transmite a un hombre una palabra de sabiduría ni tampoco le dota de poder; sino que Él es poder en ese hombre, y es su palabra de sabiduría. Es Dios quien obra en el hombre. El hombre no obra por sí mismo. ¡Ojalá pudiésemos recordar eso! Dios se hace sabiduría para nosotros y poder en nosotros. Los cristianos yerran tanto porque no tiene esto en cuenta

Si un hombre es jugador de béisbol y es alto, y encima lleva doce años en las grandes ligas, decimos: «Es habilidoso, ha aprendido. Tiene experiencia». Lo mismo sucede con cualquier otra cosa que hace la gente. Aprenden por experiencia; aprenden a hacer las cosas haciéndolas. Pero en el reino de Dios, el orden es totalmente distinto. Un hombre puede tener 75 años, haber servido a Dios la mayor parte de su vida, y sin embargo cometer un error crítico, y ser muy ignorante y basto, porque Dios no trabaja por medio de él o en él. Esa persona está justo donde estaba al empezar. Lo diré de nuevo: es Dios quien obra en usted.

Dios no me envió a ser consejero matrimonial; me envió a predicar el evangelio; y si me da un mensaje para alguien, es su Palabra, y ayudará a las personas. Pero si creo que yo, gracias a mis años de experiencia, puedo decir a la gente cómo deben vivir, lo único que hago es ponerme en ridículo. Y en la Iglesia de Cristo, y en nombre del cristianismo, abunda esta actitud absurda. Olvidamos que no tenemos sabiduría alguna que transmitir a otros a menos que Dios nos la conceda en el momento. Jesús dijo: «Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis, porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar» (Mt. 10:19).

Todo ser creado, toda cosa eterna, es obra de Dios. El hombre no hace nada. Si Dios quitara de las iglesias todo lo que hace el hombre, dejando solamente lo que ha hecho o hace Él, la iglesia media quedaría reducida a un fragmento diminuto. No quedaría ni lo suficiente para celebrar un culto digno. Pero todas

las iglesias funcionan con su propio motor, porque han aprendido a hacerlo. Han estudiado para descubrir cómo hacerlo, y han escrito libros sobre teología y psicología pastorales: «Cómo hacerlo en diez lecciones sencillas». La respuesta y el resultado es que somos ignorantes. Contamos con nuestras reservas en vez de confiar en el Señor.

Si un miércoles habla con un defensor de la ciencia cristiana o con un católico romano y tiene un éxito rotundo con ellos e, incluso, gana a uno de los dos para Cristo, y el viernes de la misma semana prueba la misma técnica con otra persona, podría darse un gran batacazo. Porque Dios obraba en usted el miércoles, pero el viernes usted se fijaba en lo que Dios hizo el miércoles, esperando que el viernes obrase igual. Es posible incluso que escriba un libro al respecto. He visto libros sobre cómo ganar a los católicos romanos, qué decir a los adeptos de la ciencia cristiana y cómo responder a los Testigos de Jehová. Usted puede dar una respuesta acertada el lunes, probar la misma el miércoles y su contrincante le derribará. Para que hombre obre con éxito hace falta el Espíritu Santo. No lo olvide nunca.

Dios lo hace todo, y el hombre nada. Dios es el único que obra. Recuerde, es el Señor eterno quien crea una nueva generación y una nueva creación. De la misma manera que Adán no se creó a sí mismo, y que los ángeles no se crearon sino que Dios los hizo, así edifica Él su Iglesia. Las personas no edifican la Iglesia; es Dios quien lo hace. Si Él no la levantara, lo único que tendríamos sería una organización religiosa.

Dios prevé todo lo que hace

El segundo axioma espiritual es que Dios *hace todo conforme a su sabiduría previsor*a. Todo lo que Dios hace y ha hecho, lo hace según su sabiduría previsora; por tanto, nada sucede por casua-

lidad, por azar. Todo lo que Dios hace se basa en su sabiduría previsor. Dios conoce nuestro mañana, y el día después de mañana; sabe todo sobre nosotros a través de los años, todo lo que ha sido planificado antes de nuestros tiempos.

Todo lo que sucede cae dentro de la sabiduría de Dios, establecida desde antes de la creación de cualquier estrella. Mucho antes de que existiera la materia, el movimiento o la ley, Dios lo había previsto todo. O usted cree esto o estará frustrado y se sentirá triste toda la vida. La Biblia enseña que Dios lo hace todo según su sabiduría previsor. Lo previó todo, y no va a permitir que nada deje de suceder. El mundo no es un camión que baja por una pendiente, cuyo conductor se aferra al volante en pleno ataque cardíaco. No, el mundo avanza hacia un fin predeterminado, y el Dios Todopoderoso, que está en las sombras, lo ve avanzar, vigilándolo y guiándolo.

Dios sabe dónde están la nación de Israel y todas las del mundo, y la cristiandad, y la verdadera Iglesia que Dios oculta en su propio seno, en todo momento y mediante su sabiduría infinita y perfecta. Él obra en todo conforme a unos planes que trazó antes de que Adán se levantara de la tierra. Antes de que existieran Abraham, David, Isaías o Pablo, antes de que Jesús naciera en un pesebre de Belén, Dios lo tenía todo planeado.

No imagine que Dios se sentó, lápiz en mano, trazando el plan como usted o yo lo habríamos hecho. Dios piensa, y se hace. Desea, y sucede. Dios no tiene que trabajar con un lápiz, una regla de cálculo, un compás y una escuadra, como lo hacen los arquitectos y los constructores. «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho» (Jn. 1:1-3). ¿Cómo fue eso? Él era el Verbo: habló, y fue hecho.

Cuando Jacob huyó de su hermano furioso y vivía en el

desierto, vio una escalera que se levantaba desde la tierra. Aún me pregunto si Jacob habría visto esa escalera si no hubiera estado huyendo. Si Jacob hubiera estado en su casa, con buena compañía, haciendo cosas en su hogar, ayudando a su madre con los platos, nunca habría visto aquella escalera.

Me gustaría sugerir que el pecado siempre está mal, y cuando nos rebelamos contra Dios, nos metemos en problemas graves. Pero recuerde otra cosa: que si usted es de Dios, le pertenece. Y si usted ha aprendido el arte del verdadero arrepentimiento, Dios convertirá sus derrotas en victorias. El prófugo Jacob vio una escalera.

Saulo respiraba odio con ansias de matar a los cristianos, cuando se puso en pie y vio morir a Esteban. Sin arredrarse, se marchó de aquel lugar y, cuando iba por el camino de Damasco, vio al Señor ensalzado, escuchó una voz y se convirtió. Me pregunto si Saulo se hubiera convertido de haber sido un profesor apacible en la universidad de Gamaliel, y si se hubiese limitado a decir: «Bueno, no hay motivo para ponerse nervioso ni para alterarse. Todo acabará saliendo bien». Si hubiera dicho eso, jamás habría sido Pablo, ese siervo poderoso de Dios. Pero Saulo era un hombre, la raíz de todo el asunto estaba en él, de modo que Dios observó los malos actos de aquel individuo, le dio un giro de 180 grados, lo hizo partir de cero y comenzó a trabajar en su vida.

Dios obra por encima de nuestro entendimiento

El tercer axioma espiritual es que *buena parte de lo que Dios hace nos parece un accidente o un error*. Debido a nuestra ceguera y a nuestra ignorancia, no sabemos por qué Dios hace lo que hace, de modo que empezamos a inquietarnos y a preguntarnos si Dios mismo lo sabe. Sin embargo, Dios ve el mañana; nosotros, solamente el hoy. Dios ve ambos lados; nosotros, solo uno. Dios sabe que

nosotros ignoramos, y dispone de todas las piezas del rompecabezas; usted y yo solo disponemos de unas pocas.

Éste es nuestro patrón de vida, y nos gusta verlo florecer en una hermosa imagen donde todo está en su lugar; pero todos sus componentes están repartidos por doquier, y no sabemos dónde están las piezas, porque nada encaja. ¿Alguna vez ha hecho un puzzle? ¿Ha tomado dos piezas que parecían encajar y ha intentado que encajasen a la fuerza? ¿Y lo único que ha conseguido es romper una de ellas, de modo que está peor que al principio?

Sin embargo, tomamos la obra de Dios e intentamos que las piezas encajen a la fuerza. Creo que durante una buena parte de mi vida he intentado encajar piezas que no deben ir juntas, y he procurado separar piezas que sí encajan. Esto es ignorancia. Olvidamos que es Dios quien nos da sabiduría. Es Dios quien obra en nosotros, si permitimos que lo haga. Por eso creo en los dones del Espíritu.

Dios obra por medio de su pueblo, y lo que Dios hace, perdura. Lo que Dios no hace, no durará mucho; y me da igual cuál sea la personalidad de un hombre, porque no puede hacer obras inmortales, dado que él mismo es mortal. No puede tener pensamientos inmortales, porque su mente es mortal. Pero si el Espíritu Santo obra en él y por medio de él, concede a cada hombre dones según su voluntad. Y es el mismo Padre quien obra en nosotros y por medio de nosotros.

Esos «accidentes» en que usted y yo pensamos que nos vemos involucrados no lo son, en absoluto. Si un hombre sigue al Señor, no encontrará accidentes. Descubrirá que Dios obra en su vida para él.

Si usted confía en Dios, Él le sacará de todo eso. No será un accidente. Lo que yo antes consideraba un accidente era, simplemente, que Dios me ayudaba a superar una situación cuando yo no sabía que lo estaba haciendo.

Dios nunca cambia

Otro axioma espiritual que tomo prestado de lady Juliana es que *Dios nunca cambia; Él es perfecto*. «No, nunca cambiará, un mundo sin fin». Dios nunca cambia su propósito, ni lo hará jamás, un mundo sin fin. Esta frase no me parece que se haya pronunciado hace 600 años, pero así fue. Pero forma parte de la verdad; la Palabra de Dios, sus dones y su llamamiento, son algo de lo que Él no tiene que arrepentirse nunca.

Dios nunca se desmoraliza. Me gustaría que tuviera esto presente. Las personas religiosas se desaniman. He visto a buenas personas, gente religiosa, que cayeron en un bache emocional y se hundieron tanto que casi no se puede ni explicar con palabras. Pero Dios nunca se desanima, porque ve el final ya desde el principio. Para Dios, tales cosas ya han sucedido. Si usted supiera que va a morir mañana, esta noche se sentiría mal durante un tiempo, y luego se iría animando. Pero Dios nunca se siente eufórico y luego deprimido, sus emociones no suben y bajan, porque en Él todas las cosas han sucedido ya. Y Dios no va por ahí mirando esferas de relojes y vigilando válvulas, para ver si todo va bien, y probándole para ver si está usted a la altura. No, Dios no tiene que hacer estas cosas. Dios nunca cambia su propósito, no, nunca lo hará, un mundo sin fin. Avanzaba hacia un objetivo en Cristo Jesús, antes de que el mundo fuese.

Cuando los ángeles cantaron sobre el pesebre de Belén no anunciaron nada nuevo. Todo se sabía ya, remontándose hasta el huerto del Edén, y Dios lo sabía en su corazón incluso antes de que existiera el Edén, o Adán y Eva. De modo que Dios nunca cambia, y jamás lo hará.

Dios dijo a Jonás: «Ve y predica en Nínive». Jonás compró un boleto para otro destino. Dios no cambia su decisión, ni nunca lo hará. Por consiguiente, Jonás acabó predicando en Nínive.

Las circunstancias pueden parecer insolubles. En cierta ocasión un hombre me preguntó por qué Dios no condensaba la Biblia, dado que contenía todas esas historias antiguas y reseca. ¿Sabe lo que enseñan esas historias viejas y reseca? Que Dios obra providencialmente a través de los hombres. Que la historia son las huellas de Dios, el rastro del Dios de la historia. El hecho de que Dios obrase con Abel, Noé, Abraham, Lot y todos los demás, llegando hasta nosotros, es el motivo de que hayamos oído hablar tanto de tales personajes, porque así es como obra Dios. Y no ha cambiado su propósito.

Dios nunca abandona lo que ha comenzado

El último axioma espiritual es que *Dios nunca deja inconclusa su obra*. Lleva todas las cosas a su final predestinado. Nunca deja un trabajo a medias. Cuando murió Miguel Ángel, tenía un patio repleto de estatuas a medio terminar. Miguel Ángel era italiano, y además de poseer el temperamento latino, intenso y apasionado, tenía una dosis de genialidad muy superior a la de otros.

Ése era Miguel Ángel. Veía un trozo de mármol y no estaba dispuesto a acabar de tallarlo antes de empezar otra obra. El resultado fue un patio lleno de estatuas inconclusas, que había empezado pero luego, desanimándose, dejó pendientes. Había hecho un trabajo tremendo, pero también hubo una enorme cantidad de cosas que dejó inacabadas debido a su impaciencia. Es posible que, si le hubiéramos dado un día más, las estatuas se hubieran convertido en lo que él quería. En lugar de ello, las dejó abandonadas en el patio: obras de arte a medias.

Dios nunca aparta su mano de su obra, jamás. Yo lo creo. Me da lo mismo lo que suceda; lo creo. Dios nunca abandona su obra; cuando Dios dice «Haz esto», significa: «Ve, hazlo, yo

obraré a través de ti, y no me desanimaré; puede que tú te desmoralices, pero yo no».

Hay un viejo dicho que afirma: «Cuanto más alto sube el mono, más se le ve la cola», y el diablo cae de lleno en esta trampa. ¡Si el diablo sólo supiera que al atacar al pueblo de Dios éste puede fortalecerse! Lo único que hace falta es acosarlos el tiempo suficiente para sacar todo lo que hay en ellos. Cuando algo me va bien, soy una de las personas más perezosas y tranquilas que haya visto en su vida. Pero cuando las cosas me vienen en contra, retrocedo unos cuantos pasos y de repente digo «¡Eh, un momento!», y la intención del diablo, que quiere hacerme retroceder, tiene el efecto contrario.

Creo que esto es cierto de los cristianos en todo el mundo. Dios no aparta su mano de su obra; avanza hacia un propósito que ya ha decidido, y si trabajamos con Él en ese plan, los esfuerzos de Satanás para detenernos solo conseguirán que apretemos los dientes y digamos que, en nombre de Dios y con la fortaleza de Jehová, seguimos avanzando.

Dios nunca aparta las manos de su obra, pero ha declarado un objetivo predeterminado mediante la misma sabiduría de poder y de amor con la que creó todas las cosas en primer lugar. Usted no es un accidente; nunca piense que lo es. Dios hizo todas las cosas con un propósito predeterminado, con su conocimiento previo; y cuando usted entró en el reino, no fue por accidente.

Remontándonos al principio, cuando no existía nada, Dios sabía todo esto, y qué cosas traería consigo cuando Él viniera. Conocía el momento exacto de su venida, y qué iba a decir. Dios nunca aparta las manos de su obra. La lleva a cabo con sabiduría, poder y amor. Ahora no hay menos sabiduría, poder o amor que los que había entonces.

Esto nos resulta difícil de comprender, porque no podemos verlo. Simplemente, creemos. Creer es una forma de ver. Pero no

vemos las cosas propias de nuestro nivel humano. Éste es el que nos causa problemas.

Hace unos años, escuché a un hombre predicar un sermón. Dijo: «El cristiano lleva dentro tres hombres. El viejo hombre, el nuevo hombre y el hombre natural. Los tres viven en él hasta que se convierte, y entonces el que sobrevive es el nuevo hombre». Eso me gustó. Existe una naturaleza humana que nos causa muchos problemas. Incluso después de haber vencido en la batalla contra el viejo hombre, el nuevo nos decepciona en ocasiones. Tiene la parte que se entristece, y la parte que se muestra arrogante y que se manifiesta carnal respecto a las cosas del mundo. El viejo hombre debe morir para vivir en el poder del nuevo, y éste mantiene controlada a la parte más humana.

Dios lo hace todo según su sabiduría predeterminada. Aunque buena parte de lo que hace a usted y a mí nos parece un accidente porque no sabemos lo suficiente, Dios nunca cambia sus planes, nunca lo hará, y jamás deja una obra inconclusa, sino que avanza hacia el objetivo que decidió de antemano, usando para ello a personas como usted y como yo.

¡Levántate, alma mía!

Charles Wesley (1707-1788)

Levántate, alma mía,
Libre de tus temores,
Que el sacrificio cruento
Me limpia de baldones.
Ante su trono está mi certidumbre,
Ante su trono está mi certidumbre,
Pues en sus manos mi nombre ya grabó.

Él vive en lo sublime,
Por mí siempre intercede:
Su amor que me redime
Su sangre me defiende.
Su sangre, expiación por todo humano,
Su sangre, expiación por todo humano,
Desciende desde el trono, allá en lo alto.

Cinco son las heridas,
Del Calvario las llagas;
Suplican por mi vida
Con fuerza y eficacia.
«Perdónale, perdona», ellas ruegan,
«Perdónale, perdona», ellas ruegan,
«Que el pecador comprado ya no muera».

El Padre escucha el ruego
De su Hijo bienamado;
No mostrará despego
A quien nos ha comprado.
La sangre que Jesús ha derramado,
La sangre que Jesús ha derramado
Le dice a Dios que ya he sido adoptado.

Con Dios tengo armonía;
Su perdón me concede.
Cual hijo me recibe,
Mi alma ya no teme.
Con confianza vengo a su presencia,
Con confianza vengo a su presencia,
Y clama «Abba, Padre», mi conciencia.

EL MINISTERIO DE LA NOCHE

*Tuyo es el día, tuya también es la noche;
tú estableciste la luna y el sol.*

SALMO 74:16

De vez en cuando, un poeta poco inspirado dirá algo hermoso sobre la noche, como por ejemplo: «¡Qué hermosa es la noche! La frescura del rocío impregna el aire apacible» (Robert Southey, 1774-1843). Pero nuestro instinto nos aparta de la noche y nos acerca más al día. Hablo de la noche y el día físicos, porque estamos hechos para la luz diurna; no somos criaturas nocturnas. Pertenece al día, y en las sagradas Escrituras se habla mucho de los conceptos de día y de noche. El día simboliza el reino de Dios, el cielo, la justicia y la paz eterna; y la noche simboliza el reino del pecado, la destrucción y, al final, el infierno.

La luz en la naturaleza

El concepto más puro y no inspirado acerca de Dios que jamás he conocido es el de los parsis, una comunidad zoroástrica de la India. Buscaban a Dios con los sentidos, por si acaso podían encontrarle, y desarrollaron la doctrina que hoy conocemos como la adoración del fuego de los parsis o zoroástricos. Ellos

creen que Dios es la luz, y por consiguiente adoran al sol y mantienen en sus altares un fuego encendido permanentemente.

Y a la luz del día disfrutamos de una serie de cosas que no podemos tener en medio de la oscuridad. Por ejemplo, tenemos conocimiento. Un hombre sumido en la oscuridad más profunda puede estar a un paso de un acantilado por el que fácilmente podría despeñarse y morir, o podría estar a un paso de su propia puerta y no saberlo, porque esa información exige que haya luz.

Aparte, existe la percepción de la relación existente entre dos cosas, que surge con la luz y que no puede estar presente en la oscuridad. Dado que el hombre es un viajero que va de camino, en algún punto tiene que haber luz. Incluso una brújula resulta inútil si uno no dispone de luz con la que consultarla. Debe haber luz, porque somos peregrinos y debemos caminar; y el sol es el señor del día, dándonos conocimiento, percepción e información, de modo que Dios es el Señor del reino de la luz. Es el Señor del reino de la santidad, la justicia, la sabiduría, el amor y la paz.

La luz en la moralidad

El apóstol Juan dice: «Dios es luz» (1 Jn. 1:5); y Dios nos llama a la luz. Ahora pienso en este concepto desde el punto de vista moral, y diría que la descripción más sencilla y elemental de la conversión es que Dios llama a una persona de la deshonestidad a la honradez; de la maldad moral a la pureza; del odio al amor; de la envidia a la caridad; de la mentira a la verdad; del mal al bien; y digo que esto es elemental, y a la vez insuficiente. No explica lo suficiente, pero aún así es cierto. Y este llamado de Dios de las tinieblas de la maldad a la luz de la verdad y de la santidad es un llamamiento constante, que no cesa jamás. Cuando el morador

de las tinieblas viene a la luz, ¡qué belleza tan radiante descubre por primera vez! ¡Qué alivio de su carga, qué disipación del temor, qué pozo de consuelo interno brota cuando ve al Hijo! ¡Eso es la conversión!

A veces pienso que después de llevar mucho tiempo siendo cristianos, tendemos a olvidar qué sucedió cuando nos convertimos. Empezamos a dar todo por hecho, como lo hará una pareja que lleva casada unos cuantos años. El resplandor del primer día en el nuevo hogar se desvanece, y los cónyuges empiezan a dar todo por hecho. Creo que de vez en cuando los cristianos, para conceder un descanso a nuestra alma, deberíamos recordar nuestra conversión y ver qué sucedió en aquel instante.

Las Escrituras dicen que el día pertenece a Dios, y está hablando de la faceta moral de las cosas —la luz, la santidad, la moralidad, la pureza, el gozo— que pertenecen a Dios; pero también dice que la noche es de Dios. Y aquí llegamos a un significado distinto del término, porque el que vemos aquí es una extensión, un préstamo del mundo antiguo.

Esto es igual que cuando Israel, estando en Egipto, se hallaba inmerso en la noche, y la noche era de Dios y le pertenecía; pero en sus moradas tenían luz. Muchos de los hijos de Dios no pueden soportar la luz de la noche.

Debo decir una vez más que, al hablar de la noche, no me refiero a la maldad. Es decir, no hablo de ese estado de cosas que la maldad ha introducido en el mundo, que debemos aceptar como parte de nuestra vida pero del cual no formamos parte. Todo el mal que hay en el mundo está aquí; es la oscuridad, y debemos recordar que el Dios soberano tiene todo en sus manos. Si hubiera alguna parte del mundo de Dios que escapara a su control, pronto se produciría una rebelión que conmovería los cimientos de su trono. Pero Dios es el Dios soberano, y la noche también es suya; y aunque no tiene afinidad alguna con la

maldad del mundo, tiene control de éste. Y la oscuridad que nos envuelve también está en su mano, como lo estamos nosotros.

Hay algunos hijos de Dios que no logran aprender esto. Temen la noche, y se marchitan en ella. Son hijos solo del día, y nunca han conocido el ministerio de la noche oscura del alma. Dios tiene que mantener en ellos una luz encendida, como nosotros a veces dejamos una lamparita encendida para un niño asustado, hasta que se duerme. Dios tiene que impedir que ciertas personas pasen por dificultades, porque no tienen la suficiente fuerza espiritual como para saber cómo afrontar los problemas; y si no pasan por adversidad, nunca crecerán. Así se forma un círculo vicioso. Dios no puede exponerlos a la noche, y sin embargo ellos no crecerán hasta que disfruten el rocío refrescante de la noche.

Otros aprenden a caminar en la oscuridad. No caminan en las tinieblas morales, pero viven en un mundo oscuro, como Pedro dijo que vivimos en la oscuridad proclamando la palabra de verdad (véase 1 P. 2:9-12).

Ahora estamos reflexionando sobre los mejores aspectos de la noche, no como mal moral, sino pensando en los inconvenientes, obstáculos y tribulaciones resultantes de vivir en el mundo nocturno. El Dios soberano obliga incluso a la oscuridad a servir a su voluntad, y hace que la noche sombría discipline a los hijos de Dios. Usted y yo nunca queremos que llueva. Deseamos que el sol brille sin cesar, pero si eso sucediera, la tierra se endurecería tanto que no podríamos ni clavarle un pico. Es necesaria la lluvia fresca que, combinada con el sol cálido, produzca la vegetación y bendiga la flora y la fauna que Dios nos ha dado para que las disfrutemos.

En 2 Corintios hay un pasaje que me es muy querido. Dice lo siguiente: «Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria» (2 Co. 4:17). Quiero que se fije en el tremendo contraste que vemos

aquí. Hay aflicción, pero es leve; hay gloria, pero es pesada. Hay aflicción, pero es temporal; hay gloria, pero es eterna. Si tuviéramos en mente estos pensamientos no tendríamos miedo de la noche, y Dios no tendría que mantener una lámpara encendida para que dejemos de lloriquear.

La aflicción, leve y momentánea

La noche tiene un ministerio para usted y para mí. Con «noche» me refiero a las circunstancias propias de un mundo caído. Es la situación en la que nos encontramos ahora: la incidencia ocasional de la enfermedad, la pérdida de un ser querido, el fracaso de nuestras esperanzas y la decepción cuando otros nos fallan, y cosas por el estilo. A esto se suman los ataques del enemigo y del propio diablo, que nos acosa. Todas estas cosas son, en cierto sentido, la oscuridad en acción; estamos en medio de ellas y no podemos eludirlas. Las Escrituras enseñan esto, y los himnos que cantamos tan a menudo también nos enseñan lo mismo.

Me asombra mucho ver cómo cantamos una cosa y creemos otra. Creo que deberíamos analizar los himnos, descartando aquellos en los que hemos decidido no creer, ahorrando así tinta y esfuerzo. Pero si son ciertos, deberíamos defender su veracidad, y si no lo son deberíamos decirlo. Dios ama a las personas sinceras, y no tiene nada que ver con las cosas que obedecen solo al respeto por las convenciones.

Por lo tanto, si no es cierto que la cruz es algo precioso que cargar y que tras la noche de llanto llega la mañana de alegría; si esto no es así, entonces deberíamos dejar de citar esos pasajes. Si es cierto, debemos comenzar a creérnoslo.

En ocasiones Dios encuentra un alma en la que puede confiar. Permite que le lleguen señales inusuales, evidencias misteriosas de que Él la ha escogido. Pone su mano en los hom-

bros de esas personas, y las señala para que sean diferentes. Serán grandes cristianos, grandes almas. No pensemos ni por un instante que en el mundo todas las personas son iguales. En el reino de Adán no cabe duda de que no lo son. Hay personas ignorantes y otras cultas, personas importantes y personas sencillas, hombres pequeños y hombres grandes. Hay personas que tienen muchos talentos, otras con pocos, y unas pocas que no los tienen. No son iguales en este mundo, ni tampoco lo serán en el reino de la luz. Algunas personas en el reino de la luz están destinadas a ser grandes en el reino de Dios, y algunas otras se limitarán a estar allí, supongo, sentadas en las sillas doradas y llenando los cielos. No sé para qué otra cosa servirán.

He conocido a muchos miembros del pueblo de Dios; irán al cielo por la gracia divina, pero aquí nunca han resultado muy útiles, y probablemente allá tampoco harán mucho, a menos que el Señor tenga una manera nueva de hacer las cosas, un sistema que no haya revelado en las sagradas Escrituras. Pero hay algunos sobre los que el Señor ha puesto su mano, y serán grandes en Dios. No quiero decir famosos, sino grandes en Dios; serán ricos más allá de todos los sueños de los avariciosos, y Dios empleará todos los medios para hacer que sean espiritualmente grandes. Usa el día con el sol y la noche con su oscuridad. Usa a las buenas personas con su esperanza y su alegría, y a las malas personas con la persecución. Usa la ayuda, con su exuberancia y, quizá, la enfermedad.

Prefiero creer en la Biblia que creer en lo que encuentre en cualquier otro libro. En la Biblia descubro a aquel hombre que estaba enfermo y que, cuando contrajo su enfermedad, se volvió al Señor. Le dijo: «Antes que fuera afligido, yo me descarrié, mas ahora guardo tu palabra» (Sal. 119:67, LBLA). Las iglesias han creído, a lo largo de los siglos, que a veces el Señor endereza a su pueblo permitiendo que padezca enfermedades. Encontrará esta verdad en 1 Corintios 11:27-34, y en las Escrituras hallará

muchos más pasajes que le enseñen lo mismo. Por lo tanto, cada vez que sienta dolor, no acepte la idea moderna y absurda de que es el resultado de haberle fallado al Señor en algún sentido. El Señor puede convertir ese sufrimiento en gloria.

Cuando el Dios Todopoderoso nos involucra en el ministerio del día y de la noche, del bien y del mal, de Dios y del diablo, hace que este último trabaje para nosotros. Le apareja como al asno necio que es, y le hace tirar del carro de los santos de Dios. Esto es algo que Dios siempre ha hecho y siempre hará. Cuando el diablo empieza a rugir, buscando a quién devorar, Dios embotella su rugido y lo hace obrar a favor del reino y de los santos del Dios altísimo. Los vientos que soplan y las estrellas en el firmamento luchan por los hombres y las mujeres a los que Dios se deleita en honrar.

El Dios de la noche tanto como del día

El ministerio de la noche radica en esa angustia que usted ha llevado consigo y soporta ahora. La noche de Job el sufriente no solo estaba llena de dolor físico, sino de otro dolor peor, el de la sospecha y la culpa. Su propia esposa se volvió contra él y le dijo con sarcasmo que tenía que tirar la toalla. Él le respondió: «¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?» (Job 2:10).

La esposa de Job desapareció, y nunca volvió a saberse de ella. Pero Job tuvo que soportar una situación difícil. Dios permitió que tres amigos elocuentes, que habían comido a su mesa, vinieran a verle y comenzasen a mascullar poesías para demostrar que Job había sido un hipócrita toda su vida. Si usted cree que eso es fácil de soportar, pruébelo alguna vez. Job tuvo que hacerlo. Fue un tiempo largo, y Job dijo: «Mas él conoce mi camino; me probará, y saldré como oro» (Job 23:10).

A Jesús le llamaron «el varón de dolores». Por eso no puedo creer que nosotros, los cristianos felices que siempre queremos reír, seamos verdaderos seguidores del varón de dolores. Porque Él fue un varón de dolores, experimentado en quebranto. Quienes siguen a Cristo pasarán muchas noches tristes.

Pienso en nuestro viejo amigo Abraham, quien tomó el cuchillo para matar a su propio hijo (véase Gn. 22:1-9). Dios le aferró de la muñeca con la suficiente rapidez como para detenerle; pero Abraham ya había padecido todo ese dolor psicológico interno cuando le dijo que sí a Dios: «Sacrificaré a mi hijo». En su corazón, Abraham ya había muerto. Era un hombre herido, que iba perdiendo la vida lentamente. Dios suturó la herida, le sanó y le devolvió a su hijo. Además, le devolvió todo lo perdido, le bendijo y engrandeció su nombre. Desde entonces todas las naciones de la Tierra han sido benditas por medio de él. Pero Abraham tuvo que pasar por la llegada repentina de la noche oscura en mitad del día. Tuvo que conocerla.

Pienso en el profeta Jeremías. Descubro a muchos hombres que vagabundean por el mundo y que no hacen nada bueno, y a muchos otros que son los mensajeros y los santos de Dios, a los que nadie quiere. Nunca podemos decir si Dios está bendiciendo a una persona en función de las llamadas que recibe, porque muchos de esos hombres que las reciben, si se supiera la verdad sobre ellos, jamás recibirían llamada alguna, excepto la de un tribunal de justicia. Hay otras personas que son los santos de Dios, pero son rechazadas.

Recuerdo a un viejo predicador irlandés llamado Robert J. Cunningham, un querido amigo mío. Siempre me dijo que tenía entre 25 y 80 años, y nunca me dijo más. Jamás supe su edad. Era uno de esos hombres tan delgados que ya no podía adelgazar más, y tan seco que ni siquiera su aliento era húmedo; pero era un santo. Miraba al techo y predicaba a su congregación. Le cri-

ticaban porque oraba mucho. En cierta ocasión dijo: «Si la única crítica que pueden hacerme mis amigos es que oro demasiado, no pasa nada; eso no es malo». Tenía algo de fracasado; nadie le llamaba y le decía: «Hermano Cunningham, venga a predicar ante 500 ministros de culto». Nadie le pidió eso jamás, porque entonces hubiera ido y, mirando al techo, hubiera predicado un sermón árido. Pero Dios estaba en aquel hombre. Era un santo. Caminó con Dios «y desapareció, porque le llevó Dios».

A veces el fracaso es una evidencia de la mano de Dios sobre una persona, y los cristianos podemos permitirnos fracasar, porque Jesús también se lo permitió. Murió allí en la cruz, y aquella situación pareció un final deslucido, trágico y absurdo para un hombre que tuvo buena intención pero no supo manejarse bien. Al tercer día Dios le levantó de los muertos y le sentó a su diestra, colocándole como la cabeza de todas las cosas para la Iglesia, y poniéndolo todo como estrado de sus pies, ya sean principados, potestades o dominios, todo bajo sus pies (véase Ef. 1:19-23); sin embargo, cuando murió pareció un fracasado. Solo «pareció», porque fue un éxito resonante antes de que se creara el mundo, y en esta hora, y lo será en todos los mundos venideros. A veces, el fracaso es la noche.

¿Qué pensaba la gente de Juan el Bautista? Decían que más le valía no haber nacido. ¡Qué fracaso, qué pobre desgraciado era! Oí una vez decir a alguien que cuando murió Juan el Bautista, alguien en la Tierra dijo: «Ah, Juan el Bautista ha muerto»; y alguien en el cielo respondió: «¡Ah, aquí viene Juan el Bautista!». Todo depende de cómo se miren las cosas.

La noche fría

Escribí un breve editorial titulado «Cómo evitar ponerse rancio». Creo que esta ranciedad afecta a todos los hijos del Señor.

A veces toca incluso a los mejores de ellos; se vuelven bastante aburridos y fríos. David pasó por estos episodios, y le echó la culpa a Dios. Se acercó a Dios y le dijo: «Dios, has sido tú quien lo ha hecho. Ahora, bendíceme y sácame de esta situación». No se fue a otra parte para intentar echar la culpa a su esposa, sino que dijo: «Oh, Dios, te has apartado de mí; ahora, bendíceme»; y el Señor escuchó su oración y le devolvió la calidez.

¿Ha pasado alguna vez por momentos de frío que le parece que no puede aprovechar? Algunos de ustedes no habrán tenido periodos de calidez tan largos como para poder apreciar la diferencia. Un hombre que nunca ha sentido calor, jamás se dará cuenta de cuándo tiene frío. Pero aquellos que hayan disfrutado de una época de calidez, también habrán pasado por momentos fríos.

Muchas mañanas me he levantado y, de haber dependido de mis sentimientos, hubiera vuelto a acostarme, literalmente; y no solo me hubiera metido en la cama, sino que me hubiera puesto en hibernación, quitándome de la cabeza la mera idea de levantarme. Pero usted no trabaja ni vive dependiendo de sus sentimientos. Cuando llega el momento de pagar impuestos, no los paga sólo si se siente bien, y se niega a pagarlos si no le apetece. Los paga, y punto. Cuando llega la hora de ir al trabajo, no le dice a su esposa: «Esta mañana estoy deprimido». Se levanta y va a trabajar. Caminamos por fe. Hacemos lo que debemos y lo que sabemos que debemos hacer, sin prestar atención a nuestra frialdad o a nuestra calidez. Admito que sentir calor es agradable. Podemos leerlo muchas veces en los Salmos, cuando David pasaba por una circunstancia gélida. Era el ministerio de la noche.

Isaías dijo que estaba perdido por ser un hombre de labios inmundos (véase Is. 6:5). Caminamos por fe, y a menudo una mirada fugaz a nuestros propios corazones nos desconcierta y nos apesadumbra tanto que no podemos disfrutar de alegría en el presente. Creo que es posible ir por la vida sin alegría. Creo

que es posible vivir en el corazón de Dios sin disfrutar durante un tiempo de ningún gozo. A través de estos medios —el sufrimiento y la tristeza, la pérdida, el fracaso, los períodos de frío, la penitencia y la tribulación— Dios hace que lo que es externo pase a ser interno, y perfecciona en el alma de cada uno de sus hijos ese Edén situado hacia el oriente.

En el *Libro de visiones y revelaciones*, lady Juliana de Norwich dijo lo siguiente: «Gracias al tierno amor que manifiesta nuestro buen Señor para con todos aquellos que han de ser salvos, los conforta aprisa y con dulzura, con lo cual nos dice lo siguiente: Es cierto que el pecado es la causa de todo este sufrimiento; pero todo irá bien, todo saldrá bien, y todas las cosas tendrán un buen resultado». Cuanto antes aprendamos a valorar el ministerio de la noche, antes perderemos todas nuestras aprensiones asociadas con ella.

Todo irá bien

Mary Bowley Peters (1813-1856)

El amor del Dios me salva, todo irá bien;
Su gracia es libre, absoluta: todo irá bien.

Su sangre preciosa nos compró,
Su gracia perfecta nos selló,
Su mano firme nos protege:
Todo irá bien.

Aun en las tribulaciones, todo irá bien;
Pues nos salvó para siempre, todo irá bien.

Felices en Dios confiamos,
Feraces en Cristo moramos,
Guiados por su Espíritu avanzamos:
Todo irá bien.

Nuestro futuro es glorioso: todo irá bien.

La fe canta en la tormenta: todo irá bien.

En su gran amor descansamos;

Jesús nos sostiene en su mano;

Aunque vivamos o muramos,

Todo irá bien.

CÓMO SABER CUÁNDO ALGO ES DE DIOS

Examinadlo todo; retened lo bueno.

1 TESALONICENSES 5:21

Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo.

1 JUAN 4:1

Quiero compartir con usted un pequeño tesoro espiritual que Dios me dio hace unos años, y que me sirve para descubrir si una doctrina procede de Él o no; si una bendición que recibo, una experiencia emocional que pueda tener, un milagro que crea haber visto, o cualquier otra cosa, proceden de Dios. Por supuesto, algunos cristianos no pueden aprovecharse de esto por la sencilla razón de que son estáticos. No han tenido experiencias nuevas, ni tendrán ninguna si pueden evitarlo. Están satisfechos de batir con fuerza sus alas y zumbar a poca altura. Pero usted, que busca a Dios, usted, que se preocupa e inquieta por su vida espiritual, lo que sigue es para usted.

Algunas personas están atribuladas en sus vidas espirituales. Leen la Biblia, pero no les ayuda. No parecen capaces de encontrarse a sí mismos. Están dispuestos a escuchar a quien sea, y eso es un peligro. No me gusta ver a nadie demasiado

dispuesto a aceptar las cosas. Me gusta que hagan lo mismo que los habitantes de Berea: examinar las Escrituras para ver si tales cosas son ciertas (véase Hch. 17:11).

Algunas personas son inquietas y buscan las novedades. Se dedican a escuchar a todo el mundo dando conferencias, charlas, mensajes. Eso está bien; la radio es un buen medio de comunicación. Pero usted debe usar la mente y el corazón. El mero hecho de que una persona hable rápido y parezca piadosa no significa nada. El diablo puede presentarse como ángel de luz. Por lo tanto, usted debe aprender a distinguir entre un ángel de luz y un ángel de Dios. Tiene que aprender a distinguir entre la verdad y la verdad aparente.

Hay algunos que están dispuestos a aceptar una nueva doctrina y a buscar nuevas experiencias si alguien se les acerca y les demuestra que tiene una. Y siempre están aquellos que se sienten estimulados por los milagros. Yo nunca he sido de éstos. He visto a Dios hacer algunos milagros, pero a mí los milagros nunca me han convencido mucho. Si no han creído a Moisés, a los profetas, a los apóstoles y a nuestro Señor, tampoco creerían aunque un hombre se levantara de entre los muertos. Los milagros son pruebas secundarias de cualquier cosa, y sin embargo a algunas personas los afectan tremendamente; y si alguien se presenta y tiene la capacidad de hacer un milagro, creerán lo que sea.

Quiero darle una norma para ayudarle en este sentido: consiste en analizar «la novedad» planteándome cómo afecta a mi relación con Dios, con Cristo, con las Escrituras, conmigo mismo, con el mundo y con el pecado.

La actitud hacia Dios

Suponga que usted escucha una nueva doctrina que le ha transmitido un individuo sudoroso que habla de forma altisonante. Muy

bien, él tiene su doctrina, pero, *¿qué hace esa doctrina por Dios?* ¿Lo engrandece o lo empequeñece? ¿Hace a Dios necesario o menos necesario? ¿Coloca a Dios donde le pertenece? ¿Le glorifica, me humilla y me muestra lo pequeño que soy y lo grande que es Dios? ¿O bien esconde a Dios, poniendo un velo entre Él y nosotros?

Todo aquello que haga que Dios sea menos importante, maravilloso, glorioso o poderoso no es de Dios. El propósito de Dios en la redención, al enviarnos las Escrituras y al redimir a la humanidad, es ser glorificado entre los seres humanos. La gloria de Dios es la salud del universo. Siempre que Dios no es glorificado, esa parte del universo está enferma.

El infierno está enfermo porque allí no se glorifica a Dios. El cielo disfruta de una salud gloriosa porque allí se glorifica a Dios. La Tierra está entre la salud y la enfermedad, porque solo algunos glorifican a Dios y el resto no. La gloria de Dios es la salud del universo; y el sonido de los himnos de alabanza al Dios todopoderoso es la música de las esferas. Por consiguiente, toda doctrina, cualquier fase o énfasis de doctrina; toda experiencia que me parezca tener; todo milagro que me parezca haber visto; si no engrandece a Dios, manteniendo su lugar privilegiado, y haciendo que sea indispensable y maravilloso, entonces déjelo a un lado diciendo: «No tendré nada que ver con cualquier cosa que le reste importancia a Dios».

La actitud hacia Cristo

¿Cómo afecta esta nueva doctrina a nuestra relación con Cristo y a nuestra actitud hacia Él? Como Cristo es quien es y lo que es, es indispensable. Él es y siempre será necesario hasta el punto de ser indispensable para nosotros. Toda enseñanza, toda experiencia, toda comunión, toda actividad que haga a Cristo menos necesario para nosotros no puede ser de Dios.

Pongamos, por ejemplo, que usted se ha acercado al altar. Ha orado, ha sido bendecido, ha escuchado enseñanzas dadas por hombres que respiran igual que yo. El hecho de que el Dr. Fulano de Tal lo diga no significa que sea cierto. El hecho de que lo haya dicho yo, tampoco. El hecho de que sus maestros de la Biblia lo digan no hace que sea verdad. Podemos equivocarnos. Usted tiene que probarnos, a nosotros y a cualquier otra persona, y escudriñar las Escrituras.

Nuestra enseñanza, ¿ha hecho que Cristo sea más grande, importante, dulce e indispensablemente hermoso de lo que era antes? Si es así, tiene un motivo poderoso para creer que el mensaje provenía de Dios. Si ha mermado su gloria, si usted se ha apegado a los hombres, entonces la enseñanza que ha recibido es mala o, al menos, se la han transmitido de una manera incorrecta. Jesucristo es absolutamente necesario. Es el imperativo divino, es aquel sin el cual no podemos vivir. Debemos tenerle, y estar en Él, y Él en nosotros. Si la doctrina es de Dios, su dependencia de Dios y de Cristo aumentará, y Cristo será cada vez más dulce y maravilloso.

No quiero decir que será más dulce a medida que pasen los años. Eso lo dice uno de nuestros cánticos, pero no me lo creo la mitad de las veces que lo oigo. El mismo diácono anciano que canta «Más dulce cuando pasan los años» cada mañana de segundo domingo del mes, durante veinte años, es la misma persona agria, enfurruñada y tozuda que ha sido siempre, pero un poco más vieja, nada más. No cantemos lo que no sentimos. Prefiero quedarme sentado en silencio y no decir ni siquiera «amén» que mentir a Dios y a mis hermanos. Pero si Él es más glorioso cada día que pasa, no hay mal alguno en proclamarlo; y creo que es bueno decirlo bien claro.

Jesucristo, nuestro Señor, es indispensable; está por encima de todo; y toda experiencia, cualquier interpretación de las

Escrituras que no le engrandezca, le haga magnífico y maravilloso, no viene de Dios. Porque Dios quiere glorificar a su Hijo, y el Hijo glorificar al Padre, y el Espíritu Santo glorificar a ambos. Por lo tanto, todo aquello que pretenda venir de Dios, incluso un arcángel con alas de doce metros y reluciente como un panel de neón que baje del cielo para decirme que acaba de ver un milagro y quiere que le acompañe, tendría que darme capítulo y versículo. Querría estar seguro de que venía de Dios. No pienso correr detrás de ningún fuego fatuo.

A mucha gente le molesto. Se preguntan por qué no me entusiasmo con ellos cuando vienen contándome historias. No pienso entusiasmarlos con un hombre que respira igual que yo. Éste es mi libro, la Biblia; aquí están mis dos rodillas, y aún puedo flexionarlas. Cuando sea tan anciano y reumático que no pueda doblarlas, oraré de pie. El Dios Todopoderoso escucha orar a su pueblo, y yo tengo línea abierta con Él. Cuando la gente me dice que el Señor les ha dicho que me comuniquen algo, les digo: «Tengo línea directa con Dios. ¿Por qué no me lo ha dicho Él?». Rechazo lo que digan a menos que magnifique a Dios y hermosee a Jesucristo; entonces sí le prestaré atención. Pero eso no sucede con demasiada frecuencia.

La actitud hacia las Escrituras

¿Cómo afecta esta nueva experiencia, esta nueva interpretación, este nuevo predicador o este énfasis novedoso *a nuestra actitud y a nuestra relación con las Escrituras*? ¿Son más o menos preciosas para nosotros?

Una vez vino a verme una mujer que me dijo: «Sr. Tozer, me gustaría hacerle una pregunta. Estoy preocupada».

Le pregunté: «¿Cuál es el problema?».

Me dijo: «Nuestro pastor ha estado avanzando en las cosas de

Dios, y ha llegado tan lejos que ahora nos dice que Dios le ha dado nuevas revelaciones que no están en las Escrituras. Además, quiere que apartemos nuestras mentes de todo lo que hemos aprendido y le sigamos, y dice que si no lo hacemos estaremos pecando».

Le dije de una forma amable y académica que le dijera al pastor que se fuera a paseo, y que ella volviera a la Palabra de Dios. Ningún hombre me convencerá para que le siga a menos que respete las Escrituras. Éste es el Libro, el Libro de la ley y del testimonio. Si no hablan de acuerdo con la ley, es porque la verdad no mora en ellos. Quien tenga el sueño, que lo cuente, pero el que tenga la Palabra, que la transmita con fidelidad. Usted siempre podrá confrontarlo todo con la Palabra.

Si esta nueva experiencia no le hace leer más la Palabra, no viene de Dios. Si no le hace meditar más en la verdad, no es de Dios. Me da lo mismo lo bien que se sienta usted. Aunque se sienta tan a gusto que parezca nuevo de trinca, como solía decir la canción de los campamentos, no está siendo bendecido por Dios.

Alguien podría preguntar: «¿Es posible tener una experiencia emocional que no provenga de Dios?». Yo diría que sí. Es totalmente posible tener experiencias emocionales que no vengan de Dios. Pero creo que las experiencias genuinas poseen una connotación emocional, motivo por el cual no tengo objeción alguna a las emociones. Creo que el pueblo del Señor debería ser el más feliz y radiante de este mundo, y creo que no debería dudar en proclamar su mensaje y decir «amén» cuando se sientan motivados. Si no, es un mero hábito, es leña seca. Por lo tanto, pregúntese: ¿cómo afectan estas experiencias a mi actitud sobre las Escrituras?

La actitud hacia mí mismo

Entonces, ¿cómo afecta eso nuevo *a nuestra actitud hacia nosotros mismos*? Todo lo que proviene de Dios reduce el ego y glorifica

al Señor. Todo lo que procede de Dios nos humilla. Todo lo que viene de Él hace que la carne sea intolerable. Pero si procede de la carne, nos halaga y nos hace sentirnos superiores; nos hace mirar a otros cristianos por encima del hombro.

¿Ha conocido alguna vez a cristianos cuya nariz está 45 grados por encima del horizonte? Sonríen desde sus alturas imperiales y dicen: «Es que usted no me entiende. Ore sobre el tema»; y se alejan con una pose propia de san Francisco. Pero lo único que tienen es un caso grave de orgullo. Se trata de un orgullo enfermizo, canceroso. No, todo lo que procede de Dios nos humilla. Si viene de Dios, hace que usted aprecie más a sus hermanos y hermanas en Cristo. Además, le hace apreciar hasta al cristiano más humilde y más pobre de toda la congregación, y le incita a amarle.

El ego se infla, le hace mirar despectivamente a otros, compadecerles y sonreírles como si no estuvieran a su altura. Nunca se coloque en un pedestal. En usted no habita nada bueno. Me da lo mismo quién sea usted, cuántos títulos tenga o cualquier cosa que pueda decir o que otros hayan dicho de usted. Toda experiencia que viene de Dios, toda doctrina que procede de Él, humilla mi carne y hace que me postre ante su presencia; engrandece a Dios y me empequeñece a mí.

La actitud hacia otros cristianos

¿Cómo afectan estas nuevas experiencias, doctrinas o énfasis *a nuestra relación con otros cristianos*? Los demás cristianos, ¿nos son más o menos queridos que antes? ¿Nos sentimos atraídos hacia ellos o no? Todo aquello que hace que nuestro espíritu se aleje de otros hijos de Dios no puede provenir de Él, bajo ningún concepto.

Ahora bien, usted podría decirme que no cree en la excomunión. Yo sí creo en ella. Si su pastor enseña que la Biblia no

es la Palabra de Dios, que Cristo no es el Hijo de Dios, que no podemos confiar en las Escrituras, que solo son verdad en parte, que el nuevo nacimiento es una idea anticuada, que la sangre de Cristo no nos limpia, entonces le digo que lo que debe hacer es apartarse de esa persona. No daría ni un centavo para respaldar a un predicador perezoso, que lee libros escritos por liberales y luego intenta predicarlos a la congregación. No le daría ni un penique de Lincoln, ni siquiera uno de los más viejos. Pero si esa persona ama a Dios, tendré comunión con ella.

Dios permitirá que un movimiento muera y vaya a parar a la hoguera si no se mantiene cercano a la sangre, a la verdad y a Dios, y si una persona no conserva a Cristo en su vida, manteniéndose moral y doctrinalmente sana. Un grupo se mantiene vivo mediante la oración, el escrutinio de los corazones, la predicación saludable y el caminar con Dios. Por lo tanto, no piense ni por un segundo que haya cristianos inferiores a usted por el mero hecho de que no pertenecen a su grupo.

Hay otros cristianos a los que quiero. Soy católico; ¿sabe lo que significa esto? Quiere decir «cristiano universal». Significa alguien que cree en toda la Iglesia de Cristo, y eso es lo que soy yo. No soy católico romano, pero sí católico. Todos los hijos de Dios son mis hermanos y hermanas, y quienes aman al Padre aman también a sus hijos.

Quien ama a su Padre ama a sus hijos. El que ama al Padre celestial ama a todos sus hijos. Yo los amo a todos. Amo a las señoras que llevan sus sombreritos negros, a los hombres con barba, a las personas que llevan uniformes que recuerdan al cartero dispuesto a repartir el correo; amo al Ejército de Salvación, y a todo el pueblo del Señor, si son el pueblo del Señor. No iré con los liberales y los modernistas, ni con quienes niegan a Dios o a Cristo. No puedo relacionarme con ellos, aunque se llamen cristianos. Así que pregúntese: la experiencia nueva, ¿hace que

ame más a todo el pueblo de Dios? Si es así, es muy probable que sea de Dios. Si le hace sentirse superior a ellos, o introduce una separación entre usted y ellos, es muy probable que no provenga de Dios.

La actitud hacia el mundo

¿De qué manera influye esta experiencia o este pasaje del que creemos saber el significado —esta nueva interpretación—, de qué modo influye en *nuestra actitud hacia el mundo*? ¿Excusa la mundanalidad? ¿Razona que porque diversas personas tienen distintos grados de mundanalidad, nunca podemos estar seguros? Si es así, no procede de Dios. La verdad tenderá a separarnos del mundo, de sus caminos y sus valores. Creo que es lamentable y doloroso que la mayoría de jóvenes norteamericanas piense que ser una estrella de cine sería alcanzar la cima de toda posible felicidad y perfección. ¿Por qué deberían elegir un orden inferior de la humanidad y tomarlo como ejemplo?

¿Por qué deberían optar por fotografiarse medio vestidas, día y noche, ante las cámaras, para alimentar la lascivia carnal y viciosa de hombres y mujeres? ¿Y por qué nuestras dulces jóvenes ponen esos ojos de éxtasis imaginando lo que sería si pudieran obtener el autógrafo de un actor, o tocarlo?

El otro día viajaba en tren y vi a una actriz. No diré su nombre, pero comió en la mesa de enfrente, y alguien la señaló y dijo que era esa actriz en persona. Tenía el mismo aspecto que cualquier otra persona. Tengo hermanas que son tan guapas como ella. Tenía una apariencia ordinaria, era una mujer bajita. Tras verla almorzar, volví a mi vagón. Abrí el periódico y mi vista se fijó en una foto de esa misma mujer, donde se anunciaba que dentro de poco se estrenaba en la ciudad a la que íbamos una película donde intervenía ella. ¡Caramba! En el anuncio parecía

que el peinado se lo había hecho el propio arcángel Gabriel, de quien también había tomado prestadas sus prendas glamorosas. Daba la impresión de que acababa de descender del cielo, sin haberse sacudido todavía el polvo de las alas. Cuando la vi en el almuerzo era una mera mujercita de aspecto hogareño, con el mismo aspecto que cualquier otra mujer, pero cuando la prepararon para el anuncio, parecía alguien totalmente distinta.

Y luego queremos que nuestras jóvenes imiten a semejantes hipócritas. Si quiere usted imitar a alguien, imite a Susanne Wesley. Tuvo 17 hijos, de los cuales John Wesley fue el último. Puede dar gracias a Dios, de rodillas, durante el resto de su vida, por que John Wesley naciera. Dé gracias a Dios por Mónica, la madre de san Agustín, si lo desea. Gracias a Dios por las buenas mujeres. Imite a los misioneros, las esposas de los pastores, los santos de su iglesia local. Son personas de corazón sencillo, gloriosas, con corazones maravillosos y llenos de gracia. Elijalos e imítelos, y dará gracias a Dios durante toda la eternidad por haber escogido los modelos correctos. No escoja un modelo equivocado.

Cualquier doctrina que haga que el mundo sea su amigo no le conviene. Y toda doctrina que le ayude a codearse con el mundo y a aceptar sus valores, actuando como hace el mundo, no es de Dios.

La actitud hacia el pecado

Por último, ¿de qué manera afecta esa nueva interpretación de las Escrituras, esa nueva experiencia o esa nueva enseñanza a *nuestra actitud hacia el pecado y nuestra relación con él*? Si es de Dios, hará que el pecado le resulte intolerable.

Cuanto más me acerco a Dios, más intolerable me resulta el pecado. Sin embargo, he escuchado a personas que han tenido

una experiencia espiritual, que decían: «Para mí, el pecado ya no es pecado. Dios me ha santificado. No puedo pecar y, por lo tanto, puedo hacer esas cosas que, de hacerlas otros, serían pecado».

No cabe duda de que el diablo se metió en aquel individuo que empezó a enseñar esa doctrina. El pecado es pecado, da igual quién lo practique. Y si Dios enviará al infierno a un pecador por cometer pecados, ¡cuánto más los hijos de Dios deberán abstenerse de esa práctica! Hermanos, debemos ser salvos del pecado.

Aunque no soy de los que creen en lo que algunos llamarían «perfección cristiana», creo que existe la purificación del pecado, y caminar en el Espíritu, y no satisfacer los deseos de la carne. Y creo que todo cristiano tiene derecho a acercarse a Dios y pedirle que Él le santifique, alejándole del pecado. Por supuesto, puede tropezar. Si tropieza, existe un botiquín de primeros auxilios. «Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis». Ésta es la voluntad de Dios, número uno. «Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo» (1 Jn. 2:1). Éste es el botiquín de primeros auxilios. El Señor no permite que mueran sus hijos que tropiezan. Los levanta, les quita el polvo, venda sus heridas y los pone en el camino correcto.

Si pecamos, hay liberación, pero saber esto no debería inducirnos a pecar. Si hacemos provisión para el pecado mañana, mañana pecaremos. Pero si nos arrodillamos y decimos «Señor, en mí no hay nada bueno, pero creo que tú eres mi guardador, mi santificador, y que me mantendrás alejado del pecado», Dios nos mantendrá lejos de éste.

Éstas son las siete pruebas para descubrir si una experiencia, una enseñanza o un milagro son de Dios. Le exhorto a seguir adelante y someterlo todo a prueba. Si Dios ha hecho algo por usted, déle las gracias de todo corazón, y busque las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. El lugar allá en lo alto es mejor que cualquier lugar aquí abajo. Y en

este ancho mundo no hay nada que sea tan maravilloso como cuando miramos su rostro y le vemos como Él es. Si hablar con Él aquí es maravilloso, ¡cuánto más lo será hablar con Él sin que medie ningún velo!